

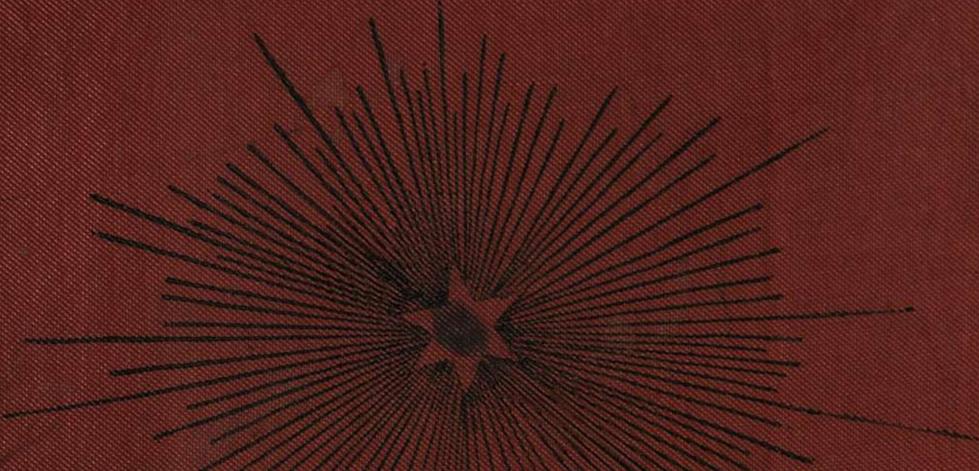
EL
MUNDO
ILUSTRADO

TOMO I

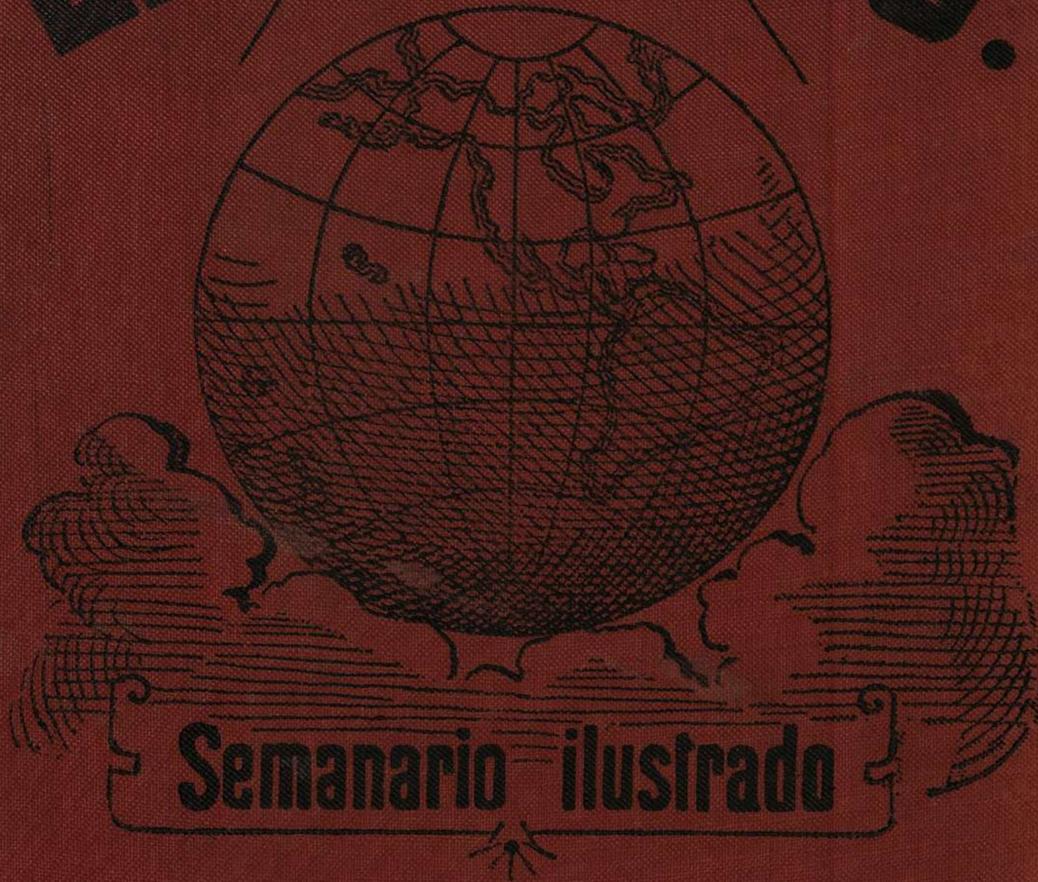
1898

Z-3943

Z - 3943



EL MUNDO.



MEXICO.

Federico Garcignera

Yare

Puerta Puente N. 15 at 7
Las hijas de S. Silvestre

~~R - R - 3555~~

2 - 3943

EL MUNDO.

MN22
0406

TOMO. I

MEXICO, ENERO 2 DE 1898.

NUMERO I.



En Chapultepec

Política General.

1897-1898

Cuando fatigados de la ardua brega en que nos hemos ocupado todo el año, volvemos la vista hacia las sombras del pasado ó la tendemos hacia las tinieblas de lo porvenir, hállase nuestro espíritu como suspenso entre dos abismos, el abismo de lo que fué que ya no nos pertenece y el abismo de lo que será del que queremos adueñarnos.

Vano delirio, intento vano: si no tenemos á nuestra disposición la ley y la medida de los acontecimientos, si no contamos con la noción de causa que encadena los fenómenos sociales lo mismo que relaciona los astros en el espacio y los átomos en la materia, nos perderemos en un dédalo de vagas lucubraciones, é hijos de la fantasía, nuestras creaciones y conceptos tendrán el brillo y el esplendor de las obras de imaginación, pero no la firmeza y la consistencia que tienen las obras engendradas por la meditación y el razonamiento.

Al perderse en la eternidad el último minuto de un año, creemos haber llegado al fin de una jornada, y nos sentamos á descansar buscando alivio en el fatigoso viaje de la vida. Presa la humanidad de los apetitos y deseos que la impulsan, de las pasiones que la agitan, de las angustias que la martirizan, cree encontrar al fin de una revolución solar, una solución de continuidad en el espacio y en el tiempo, como una gota de agua á su insaciable sed, como una dulce caricia á su cuerpo fatigado. Medita, y piensa y siente el peso de los acontecimientos que fueron, é intenta penetrar con mirada escrutadora, en las oscuras sombras que la cercan.

* *

Epoca de transición la nuestra, edad de desencantos la que atravesamos, período de crisis el que corremos, no podemos tener como en los siglos pasados ideales hermosos que nos alienten, concepciones apocalípticas que nos seduzcan, impulsos extraordinarios que nos den vida.

La columna luminosa que guiaba á los israelitas en el desierto en busca de la Tierra prometida, ya no brilla delante de nuestros ojos; los sueños eternos del arte, que empujaba á los helenos al engrandecimiento de su raza que se extendió desde las columnas de la fenicia Gades hasta las ondas revueltas del sagrado Ganjes; no forman ya parte de nuestro equipaje intelectual; la fe inquebrantable que en los principios de nuestra era llevaba los mártires á las arenas del circo, los ascetas á las soledades del desierto y los apóstoles á las playas de países remotos, ya no enciende nuestros corazones; la santa esperanza, el ardiente amor que iluminó á Pedro el Ermitaño, armó el brazo de los cruzados y llevó la Europa cristiana á la formidable lucha con el Oriente para rescatar el sepulcro de Cristo, ha tiempo que se apagaron en nuestras almas; las dulces inspiraciones de los trovadores medievales, los arrobamientos románticos de los caballeros que soñaban con su Dios, con su Rey y con su Dama, las enagenaciones celestiales de los místicos que se perdían en la inmensidad de cielos azules y serenidades infinitas; los fieros arrebatos de los hombres del 93 que con la piqueta al hombro derribaron el antiguo régimen, socavaron los cimientos de las viejas sociedades, destruyeron las bases de instituciones seculares, pensando dar á la humanidad nuevos rumbos, nuevos horizontes, nuevas creencias que les sujeriera su ardiente fantasía..... todo ha pasado entre nosotros. Vacíos están nuestros templos, desmantelados los olímpicos, convertidas en pavesas las caducas teogonias y en el esfuerzo de suprema angustia, la raza de Adán se debate sin fe, sin creencias, sin guía pero roídas las entrañas por una sed insaciable, por una hambre que nada satisface, carcomido el corazón por el buitre feroz de Prometeo. En medio de la desolación y de la ruina que la rodea, heridas las alas pero no destrozadas, vuela, vuela en busca de algo que llene ese vacío en que se pierde su alma

* *

Y entre tanto la fiera lucha en que se debaten los grupos humanos, no cesa un punto. Sangre y exterminio, odio y rencor, envidias y rivalidades formaron el legado que recibiera el año que hoy termina, y las mismas contradicciones, los mismos problemas, idénticas luchas deja para lo porvenir al perderse en la noche eterna de los tiempos.

Celosa Europa de la competencia que en el orden económico le hace la inmensa producción de los Estados Unidos y el asombroso adelanto del país del Sol Naciente, quiere olvidar por un momento sus rencillas anteriores, pretende buscar el remedio á los males que la amenazan en el interior, y se fatiga en vano creyendo que las tarifas de Dingley son la causa que más de cerca compromete su bienestar general.

Cierra los ojos ante los defectos tradicionales de su organización, no ve el desequilibrio fundamental que existe en el repartimiento de la riqueza, no atiende á la pesada carga impuesta á las colectividades con la costosa mentira de la paz armada, que es en realidad una guerra sin batallas, no oye los clamores del obrero esclavo del taller y de la máquina, ni escucha los gemidos del minero perdido en las profundidades de la tierra; y como cierra sus ojos á todas estas claridades, solo mira su ambición y pretende en alianzas imposibles, oponerse á la fuerza de las cosas.

A veces la dolorosa experiencia le enseña con hechos palpantes lo funesto de su error: un fanático de aquellos que derribaron la figura escultural de Sadi Carnot, tallada en mármoles pentélicos, amenaza al Rey de Italia y hiere de muerte á Cánovas del Castillo, que era como la viva encarnación de la monarquía española.

Se alzan cadalsos, se levantan patibulos donde van á expiar su crimen esos desdichados, señalados por la

suerte para ejecutar los tremendos fallos del anarquismo. Pero la úlcera está viva, la llaga está abierta y esas cauterizaciones parciales, esas amputaciones de miembros aislados y corrompidos de la sociedad, no bastan á purificar el organismo que lleva en su seno los gérmenes de esas manifestaciones morbosas.

* *

¿Qué importa que el emperador Guillermo, que vale que el primer ministro de Austria convoquen á los pueblos europeos á una liga continental, para resolver el problema económico, para dar solución á la cuestión social? ¿Qué importa que la reina Victoria en la espléndida apoteosis de su jubileo, congrege en magnífica fiesta á los representantes de pueblos y naciones de toda la redondez de la tierra, si en aquellas conferencias, si allí bajo las augustas bóvedas de la Catedral de San Pablo, se sienten las palpitaciones del odio y se adivinan los estremecimientos del rencor entre los mismos congregados?

Allí está la infeliz Grecia sacrificada en aras del miedo á la universal conflagración, en favor del Imperio Otomano. Juzgó posible el rey Jorge realizar la manumisión de Creta, soñó con un pedazo más de tierra en sus dominios y otro florón en su corona, esperó en la ayuda de los poderosos, y los poderosos le volvieron la espalda y lo abandonaron a su destino implacable, preparado por las predicaciones de los demagogos ilusos, y alentado por las enseñanzas de los filo-helenos en la Europa cristiana. Ya no sonó el cañón Navarino, no resucitó el héroe de Mihionlongss y Grecia fué humillada por las huestes semibárbaras de Edeh-Bajá.

* *

Allí está también el continente negro donde se dan cita las ambiciones británicas, las expansiones alemanas, las concupiscencias francesas; allí están las regiones inexploradas del Africa, para engendar la pesadilla, la manía del kilómetro cuadrado que se ha apoderado de las naciones europeas. En la alta Abisinia, por donde avanzan imperturbables las columnas inglesas, el Dahomey donde se tropiezan britanos y franceses, el Egipto, eterna manzana de la discordia entre los pueblos colonizadores, se puede provocar en un momento dado el choque formidable con que quiere terminar nuestro siglo, por la posesión de un pedazo de terreno, si antes no estalla por la competencia mercantil.

Y si esto no fuera bastante, volviendo la vista hacia el extremo Oriente, en aquellas comarcas que fueron el sitio de los ruidosos triunfos del Japón sobre el Celeste Imperio, en aquellas aguas agitadas de tormentas, tintas en sangre de los hijos de Confucio, se han dado cita los potentados de Europa, y el primero, el soberano de Alemania, ha levantado orgulloso su estandarte, confiando á su hermano la gloria de esta aventura.

Dado el primer paso, todas las ambiciones se desbordan contra China que ofrece espléndido botín. Se habla ya de su repartimiento, se murmura de la formación de factorías extranjeras, que abran á los pueblos occidentales francas las puertas del inmenso comercio de sus populosas muchedumbres. Por un puerto que toma Alemania, Rusia extiende como un aro conductor el ferrocarril transiberiano, toma á su cargo la Manchuria casi se apodera de Corea y en Puerto Arturo desafía á todos sus rivales.

¿Que poco tranquilizadores son todos los comienzos del año futuro!

* *

Sólo América, la libre América sigue tranquila su natural evolución y su progreso, aunque á veces se sienta agitada por sacudimientos atávicos en la parte que corresponde á la raza neolatina.

Es verdad que Guatemala se ha sacudido en terrible y rápida convulsión; que un torpe criminal—que no tiene su filiación entre los Casserio y los Angioliti—hirió de muerte al Presidente del Uruguay, y otro fascineroso, por herir al jefe de la república del Brasil; derribó al ministro de la Guerra que lo acompañaba, pero estos son hechos aislados. Por lamentables que sean, no tienen su origen en la organización misma de nuestro modo de ser político y social; y no entorpecen la marcha majestuosa de todas las naciones del continente que caminan en pos de su grandeza, guiadas por sus modernos ideales sintiendo solo los lamentos de Cuba que aún se debaten en lucha tremenda por su independencia y libertad. Si la autonomía prometida é implantada al comenzar el nuevo año á la hermosa Antilla, bastara á satisfacer los deseos de los cubanos, la situación de América se manifestaría en un himno gigante á la libertad y al progreso.

DR. CONSTANCIO PEÑA IDIÁQUEZ.

31 de Diciembre de 1897.

¡AÑO NUEVO!

... Y allá se fué el buen viejo, el trágico Lear, con su blanca barba revuelta y su amplia túnica rasgada. Allá se fué el trémulo anciano, en la alta noche, cuando la campana de la iglesia vecina ha volcado al espacio sus vibraciones sonoras y, en el hogar, se apura la última copa del año... allá se fué.

Mientras, los astros pálidos se cuelgan; mientras, los *wilis* danzan y los duendes de la atmósfera negra se descuelgan; y en las vagas claridades del nuevo día la rebelde esperanza se esfuerza en tejer la eterna historia de la vida, la persistente leyenda de la eterna quimera.

¡Año Nuevo! ¡Año Nuevo!... Y ya quisiéramos haber penetrado en el solitario templo y haber colocado nuestra ofrenda en el altar perfumado; ya quisiéramos rasgar esas tinieblas y ahondar ese misterio. Vivir anticipadamente, precipitar en una hora la rítmica corriente que vibra en nuestro ser, adelantar unas cuantas horas en el reloj de la existencia, sobornar al tiempo, echar leña á la máquina, hacer que la caldera estalle á fuerza de presión. ¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

¿Para qué? La vida pasa como una desconocida á nuestro lado.—¿Es bella? Lo ignoramos.

¿Es acaso amable? ¿Es joven? ¿Es vieja?

No lo sabemos. Por saberlo hemos corrido tras ella, infatigablemente, sin reposo, hasta que en una revuelta del camino nos sentamos á descansar á la sombra de un sauce que entolda un sepulcro.

Pero el año se impacienta, llama á las puertas de la vetusta casa desmantelada, trae su tarjeta de visita y sus regalos relucientes. Por él son esas picantes sonrisas y esas curiosas miradas que sorprendéis en vuestra vuelta por el *boulevard*; por él cantan himnos los espíritus y la palabra santa, la que redime y vivifica, se prende en todas las almas y germina en todas las conciencias. ¡Buen Año Nuevo! Tu tienes razón, porque eres la imperecedora *alegría de vivir*, que sobrenada por encima de todas las tragedias humanas.

* *

Ya en esta Navidad no habréis leído uno de esos cuentos de incisiva ternura, dulces en la apariencia pero con amargos dejos de ironía, que el escritor más exquisito de los modernos novelistas franceses daba á la estampa, de tiempo en tiempo, como para hacer olvidar que se iba muriendo poco á poco.

De estas narraciones espontáneas y francas, de estas páginas bien olientes y sinceras, es *El tesoro de Arlatán*, en donde el autor de *Los Reyes en el destierro* derramó toda la luz de esas resplandecientes tierras meridionales, de las que estaba impregnado el espíritu del narrador. Nadie como Alfonso Daudet para impresionar la retina del público, con esas vívidas claridades de las comarcas del sol, de esas claridades de matices variados, desde el rojo de la sangre hasta el rosa atenuado de la flor del durazno, con las que un gran poeta, Federico Mistral, ha escrito un poema en el que las estrofas parecen colores que vibran: *Mirreya*.

Nadie como el ilustre recién desaparecido para decir sencillamente todas esas cosas dolorosas, esas inmensas desdichas, que, al pasar por su pluma, tomaban un aire de ingenuidad punzante y desgarradora. Sus novelas tenían el sello de una incurable dolencia. Parecía un *enfermo de la vida*—Y de ella iba herido el tierno novelista, y por eso su frase, acerada y pulida, se clava en nosotros que ignoradas celdillas, y desgarras quién sabe qué ocultas fibras. Y por eso también, era Daudet un autor *feminista*, un predilecto de ese auditorio refinado y sutil, que gusta de todas las delicadezas: hasta de la del dolor.

Era para ese público Daudet un excelente amigo que le contaba trágicos sucesos en galante forma. Y por un extremado prodigio de impresionismo, por algo de lo que Bourget llama la *intelectualización de las sensaciones*, todos los hechos que Daudet relata tienen el sabor acre de la realidad vívida.

Ahora, ya os explicais, porque este hombre, que acaba de morir, había muerto hacía ya algunos años, vencido, aniquilado, exangüe—sin la sangre de la idea—por ese trabajo angustioso y persistente de sufrir con todos los sufrimientos, amar con todos los amores, llorar con todas las lágrimas. Ahora os explicais por qué cayó en plena lucha, y de su pluma, fatigada y convulsa, no brotaron, de tiempo atrás, esas páginas sugestivas y punzadoras que antaño lo llevaron al puesto que ocupó.—¿Pero es posible que aquel hombre, que joven hemos conocido los que todavía somos jóvenes, el de la revuelta melena merovingia y la partida barba nazarena, haya podido sentirse tan breve fatigado y que terrible enfermedad se adueñara de aquel sistema nervioso, hasta deprimirlo anticipadamente y condenarlo á la inacción, que es la muerte de los cerebrales?

¡Daudet está agotado! ¡Daudet ha acabado! se oía decir, cada vez que uno de los nuevos obreros del arte lanzaba al público alguno de sus tradicionales volúmenes.—Pero despues de haber vivido tanto, Daudet tenía el derecho de morir.

Y he aquí que ha muerto.

*
**

Pero si los muertos, como en la balada alemana, *van de prisá*, los que aquí nos quedamos, en espera de aplazar el vencimiento desconocido, hemos, como todos los años, celebrado este fin de 1897 con esas sabrosas charlas que preceden á la noche de Navidad.—La crónica ha dado cuenta oportuna de las *Posadas*; ella os ha dicho cómo se reunieron en un salón un grupo de señoritas y una parvada de *ellos* y dieron de vueltas hasta que la anémica luz del alba tornó diáfanos los cristales de las ventanas.

Tiene esta claridad del nuevo día un como honesto pudor que se recata; parece que huye de la fiesta, que repugna entrar en el amplio *hall* en donde el color brinca y corretea en deslumbrantes irisaciones. La acobarda el brillo de los espejos, el resplandor de los candiles, el tintineo de las copas y la ola musical que se desprende de la caja del piano.

Ella surge para los que sufren, para los que esperan con la angustiada frente apoyada sobre la lisa superficie de los cristales, y le dicen á la noche: «No te vayas no es tiempo todavía.» Para éstos el alba es un sudario blanco que va envolviendo los horizontes.

Y avanza, avanza, despertando los ruidos ocultos, animando los rumores adormidos, mientras en la cabecera del lecho de la que amais la vida se va anublado á medida que la luz crece. Entonces quisiérais inundar de sombras el espacio; llenar de nuevas estrellas el firmamento, detener el día. porque aquel día os trae el trágico dolor de una vida que se os evade.

Y el día sigue su aparición radiosa y los últimos parpadeos de los astros se esfuman en el lago azulado de los cielos. ¡Cómo pasais y repasais entonces el rosario de los recuerdos, vosotros los que habeis vislumbrado estos terribles amaneceres, después de una larga noche insomne, escuchando el rumor de una respiración fatigosa, asíendoos de cada debil esperanza, en tanto que á lo lejos, á largos intervalos, escucháis un grito perdido como el chirrido de un ave perdida en un bosque desierto! . . .

Pero la fiesta prosigue, y corretea por el *hall* espacioso, irradian los candiles, y en las ventanas la primera claridad del día torna diáfanos los cristales.

¡Es el Año Nuevo! el desconocido amigo que llama á vuestras puertas y os trae su tarjeta de visita.

OBERÓN.

En Tierra Yankee

Notas á todo vapor.

COLON-CERVANTES

En una pequeña, pero elegante casa de la ciudad alta se han arreglado los hispano-americanos de N. York un casino, un club, que aquí dicen, y nos cupo la buena suerte de asistir á su primera reunión de invierno. Entre los socios, los mexicanos están en minoría; abundan los españoles, los sud-americanos, los cubanos. Ahora retraídos. Pero todos parecen patriotas; á nosotros todos nos parecieron mexicanos, con todos fraternizamos. Es muy bello esto de creer, durante ese largo espacio de la vida de un mortal que se llama una noche de baile, que todos los hombres somos hermanos, que todos los latinos formamos un pueblo, que de nuestras patrias particulares podemos remontarnos, al compás de una habanera, á una patria ideal que nos es común. A la luz del alba ¡ay! se dibujan en el horizonte lejano el águila azteca, parada sobre las rocas gigantescas que sirven de urna al Uzumacinta y abajo la serpiente anillada de la América central atisbándose recelosas, y sobre las vertientes andinas del Pacífico, Chile y el Perú, ensayando una reconciliación perpetua sobre el cadáver de Bolivia, y Argentina tendiendo su Pampa hasta la punta austral del continente en donde la expansión chilena le saldrá al paso y disponiéndose á disputar el triunfo al futuro crecimiento del Brazil, en el curso y en la desembocadura de sus ríos gigantescos, el Uruguay y el Paraguay. Y aquí, en la boca del Golfo, la tragedia siniestra y convulsiva de una lucha entre padres heroicos é hijos dignos de sus padres. Y esta es la historia de todos los ensueños, solo es cierta la lucha, sólo es verdad la muerte.

El amor mismo, la fuerza que atrae los cuerpos y las almas para engendrar la vida, ¿qué es más que el supremo esfuerzo y por consiguiente el dolor supremo? Aquí reina, aquí está, invisible y presente bajo las especies de la belleza y la juventud; lo aspiran, lo sienten, lo comulgan, esos cuerpos que ondulan al compás de la música, esas miradas encendidas ó iluminadas ó adormecidas en un cipúsculo azul como el de la mañana ó negro como el de la noche, y las bocas entrea-

biertas y los senos palpitantes y las frases breves ó lánguidas y, sobre todo, esa fusión mágica de la mujer, la luz, el diamante, la flor, la seda y la música, que producen en el cerebro una impresión sola, al grado que no se sabe, si no es descomponiendo y desatando la emoción, si las luces son diamantes, si los diamantes son miradas, si las flores son bocas, si las mujeres son flores y si la música es la respiración rítmica y el aliento de este organismo efímero pero intensamente vivo de deleite y poesía.

Alguna señoras mexicanas había allí, todas buenas y amables por extremo; allí reconoci á aquella elegantísima amazona que los jóvenes de mi tiempo veíamos codiciosos y admirados cruzar por las calles de México, entre la envidia, porque era muy hermosa, y la sorpresa, porque era muy atrevida, de las señoritas encerradas en sus jaulas de cristal en el flamante paseo de la Reforma, ahora convertida en una matrona de porte regio y suntuoso que, en compañía de su sobrina encantadora y dulce como un ángel de Botticelli, hace á los mexicanos los honores del consulado de México, el último día de cada semana; allí cerca de ella las señoras de L. de S. m., del cónsul de España, un cortés y fino caballero de origen mexicano, la deliciosa señora de G., hija de nuestro buen amigo Lameda Díaz y otras que en este momento olvido, formaban un grupo amabilísimo en aquella encantadora isla latina perdida en el oceano sajón.

Las muchachas revoloteaban, reían y bailaban sin descansar: Teresa L., una abeja de oro lijera y susurrante, María I. un silfo de balada, risueño y tenue, la linda señorita A. hija de un opulento minero de Sonora, eran, con la sobrina del Cónsul, las representantes de México en el sarao. Había también espléndidas jóvenes sud-americanas; cubanas muy pocas; las cubanas suelen tener la piel del color de la pátina que el sol y el aire salino ponen en el oro y los ojos como dos gotas de mar verde iluminadas por la luna, y la boca, revelación de la vida y la sangre tropical, roja y jugosa como la carne del mamey, y el cuerpo cimbrante como las palmas que Torroella cantó. Pero cuando son blancas y rubias y altas, son incomparables como esta señorita que pasa ante el ocular de mis recuerdos y que es de la familia de nuestro buen amigo Cuyás, (Kalendas) que es el alma de esta sociedad, hombre inteligente, activo y simpático como pocos.—Había también, algunas lindas americanas bailaroras intrépidas y gallardas, flirteadoras espirituales y peligrosas, que me tomaron por profesor de castellano, lengua que proclamaban adorable, y que en los labios sanguíneos y puros de estas doncellas, parecía compuesto de rígidos esdrújulos, que flotaban como girones abigarrados de sonoras banderolas arrolladas en derredor del acento de la antepenultima sílaba. Yo, bajo los auspicios del Gobernador de San Luis, que apuesto y un tanto soñoliento, inclinaba ante aquellas hermosas su uarcial figura tomé en serio mi papel de maestro.

*
**

Este mismo grupo del Colón-Cervantes se reunió en un pequeño teatro de la ciudad alta con objeto de despedirse de una joven socia, que había perdido recientemente á su padre y que iba á ingresar en una compañía dramática para ganarse la vida. Todos aprobaban esa determinación; aquí ningún modo de trabajo deshonor, excepto el que tiene por materia prima la honra misma. Todos reconocían que aquella simpática muchacha tenía para el teatro facultades distinguidas y aplaudían su decisión valiente de tomar un puesto peligroso en la lucha por la vida.

Y era cierto; tenía facultades escénicas, que Cuyás el Director habilísimo de la *troupe* del Colón-Cervantes, había cultivado *con amore*, la joven beneficiada. En una pieza compuesta *ad hoc*, por el espiritual cronista del *Diario de la Marina* de la Habana, pudo lucir la actriz futura, no solo esas facultades, sino la facilidad y propiedad extrema con que podía expresarse en tres idiomas á la vez: el francés, el inglés y el español.

Aquí es común esto entre las jóvenes hispano-americanas; mexicanitas conozco yo en New York que hablaban el inglés con soltura maravillosa ¿qué raras veces una inglesa ó una francesa llega á hablar el castellano, á pesar de permanecer largos años entre nosotros, con la exactitud y el acento propio con que nuestras paisanas dicen el inglés ó el francés y con frecuencia ambos idiomas? Es verdad que al salir de los labios de las mexicanas adquieren los vocales exóticos y hasta los españoles cierta insinuante dulzura como las mariposas, se levantan de las corolas de las flores con las alas orladas de miel.

En esta reunión teatral de los hispano-americanos tuve ocasión de conocer y de hacerme amigo (quien lo conoce tórnase amigo suyo en el acto) del eminente hombre de letras sud-americano D. Nicanor Bolet Peraza. Un literato no presuntuoso es una ave tan rara, que aquel escritor tan efusivo, tan simpático, tan hondamente americano y tan altamente latino me dejó admirado y encantado. Mucho suyo había leído, le debía yo frases y conceptos exquisitamente benévolos y le estaba profundamente agradecido. Hablamos largo de México, de sus escritores, de sus poetas que conozco perfectamente, de nuestro infortunado amigo Gutiérrez Nájera, cuya muerte ha enlutado para siempre la lira nacional «No, me decía Bolet Peraza, no diga usted la lira nacional, diga la lira de América; Gutiérrez Nájera es nuestro, lo reclamamos y lo aclamamos todos. Lo amamos y lo ensalzamos todos cuantos hemos concebido para los pueblos latinos de este continente, un ideal común, cuantos sin cesar los conocamos á un unánime *sursum*» Me despedí de él con cierta emoción; ¿nos volveremos á ver?

*
**

Abajo, debajo, en el piso subterráneo, en la sala de billar, en el bar, reunidos en derredor de los vasos de cerveza, de los *cock-tails*, del licor de gengibre, entre espesas nubes de humo de tabaco, los muchachos bebían y pasaban, los hombres serios bebían y se sentaban y hablaban de negocios, de política ¡ay! de política

ca internacional. Cómo podrá resistir Venezuela los avances de Inglaterra sobre un territorio que es por herencia de España, venezolano? (Aún no hacia sonar Mr. Cleveland la gran campana de alarma de la doctrina Monroe de *alarma* en todos sentidos). Y, luego, Cuba. ¿Qué actitud tomará el Ejecutivo, cuál los poderes legislativos? ¿Cómo permitir que esta guerra, cada vez más sangrienta siga indefinidamente? Que impidan, no aparentemente, sino de veras los americanos las expediciones filibusteras, y la insurrección morirá falta de parque y de dinero, decían los españoles y los españolizantes. La opinión predominante allí y en todos los círculos sociales era ésta: ha llegado la ocasión de resolver el problema cubano; á todo trance será resuelto esta vez ó; lo resuelve España ó lo resuelven los Estados Unidos; en América no puede haber más que pueblos libres y Cuba lo será. Sí, pero solo una política *sensiblera* puede querer que esta libertad sea obra de los Estados Unidos; esto equivaldría en realidad á la anexión de la Isla y los que nos llamamos latinos no podemos ver tranquilamente la absorción del mundo antillano por la raza sajona que tiene fines y medios esencialmente distintos de los nuestros. Estas, poco más ó poco menos, eran las opiniones que ahí oímos y de que pudimos tomar nota. Por regla general la nota dominante en todos los círculos sociales de la unión, es esta: Cuba debe ser independiente y debe ser, no de los Estados Unidos, ¡oh! no, sino formar parte de los Estados Unidos. No una colonia, sino un estado de la federación americana. Y eso es indeclinable. Y este sentimiento que es general, casi unánime, según pudimos observar, va en un *creciendo* de exaltación á compás de la exaltación española; eso en el pueblo. Los móviles humanitarios sobre que se frasea tanto en discursos y artículos, son una soberana añagaza; esto solo es cierto en el corazón de algunos señores y estudiantes; lo que aquí hay es una formidable codicia; lo que aquí existe es el mismo cinico apetito que determinó al Congreso Americano á aceptar la anexión de Tejas, que al segregarse de nosotros había hecho lazar por sus *cow-boys* un girón del territorio de Tamaulipas. La verdad es que Cuba es un gran *bussines*; hace cincuenta años que el entonces ministro Buchanan autorizaba al plenipotenciario Saunders á ofrecer cien millones de duros á España por la siempre infiel Isla; cinco años después la oferta subió 200 millones y ahora mismo si pudiese haber de parte de España una intención manifiesta de discutir semejante proposición el gobierno americano ofrecería lo mismo ó más con el reconocimiento de la deuda cubana por añadidura, ¡si será negocio!

Por eso el gobierno tiene la firme decisión de facilitar, con la libertad, la americanización de la Isla; este es el pensamiento, apenas disimulado, es el de *derrière la tête*, como los franceses dicen. Si su actitud ha sido hasta hoy reservada y en apariencia correcta, depende de que aquí una preparación para la guerra es muy lenta y muy pública; pero, según informes que creo buenos, esta preparación quedará completa en el curso de 98; entonces la amonestación amistosa á España, se convertirá en aspérrima intimidación, y el coloso levantará la voz formidable para formular un insolente *ultimatum*. Y los españoles no pueden forjarse ilusiones; una guerra por Cuba, que empezaría por hacer de Cuba misma la prenda pretoria que asegurase los gastos de la guerra, sería aquí enormemente popular. Un puerto bombardeado, una ciudad saqueada, dos ó tres centenares de buques mercantes pillados en la mar por los corsarios, son alfilerazos en el cuerpo del coloso; solo servirían para irritarlo, ni lo desangrarán, ni lo rendirán. Verdad es que España perdiendo á Cuba con honor, es decir, luchando, perderá casi nada, si se atiende á la incurable situación de la Isla mientras sea española. Pero la guerra con los Estados Unidos, si enriquecerá con nuevos episodios heroicos, los heroicos anales españoles, cavará tal abismo financiero á los pies de la monarquía, que no bastarán á colmarlo las ruinas seculares del trono.

Hay ciertamente, mucho de admirable, no ya en el esfuerzo y la abnegación sorprendentes del pueblo español arrojando su sangre y su oro, en vacilar y sin contar, á la insaciable hornaza tropical de Cuba; sino en la política de Cánovas del Castillo, colocándose resueltamente en un extremo de la cuestión y sosteniendo con intratable y soberbia entereza la doctrina absurda de que debe considerarse á Cuba como parte integrante del territorio nacional, de modo que no es una cuestión colonial, sino de integridad territorial la presente. Desde el primer ministro español hasta nuestro excelso y venerado Castelar, todos los hombres de Gobierno en la Península se han encastillado, en esta especie de dogma de orgullo que euadra á maravilla con la índole del pueblo español, pero que saca la cuestión de su quicio. La doctrina natural y racional es esta otra. Cuba es una colonia; toda colonia es una nación embrionaria, toda metrópoli debe cuidar del crecimiento de su hija, de hacer de ella una nueva y completa manifestación en el mundo de su espíritu, de sus ideales y de sus intereses, si posible fuere. Planteado así el problema, la autonomía no será nunca una solución definitiva, es cierto, pero llevará á ella, por un pacto libremente consentido. La aceptación del consejo del Conde de Aranda, habría evitado los abismos de sangre de las guerras de insurrección en América: la política de O'Donuju, comprendida y aprobada en las Cortes liberales de 1822 habría salvado el prestigio de España en el Nuevo Mundo.

No importa; desde un punto de vista eminente, el error mismo de esta guerra antillana, tiene una filosofía estoica y rígida, pero soberanamente consoladora: en pleno fin de siglo, del siglo más egoísta y más positivista de la Historia, dos considerables grupos humanos, espontáneamente se sacrifican por dos altísimos ideales; si un juez regula en su arbitrio supremo la finalidad del mundo moral, hagamos votos porque esos dos ideales en conflicto, se refundan en uno solo de libertad y de justicia.

*
**

La mañana del domingo siguiente á una de estas fiestas (que son invariablemente en sábado) me diriji

á la casa de mi buen amigo el Sr. Smithers. Allí comí en familia, una simpática, por extremo simpática familia. La señora, joven aún y hermosa, su hermana María, la espiritual muchacha de que hablé antes y una docena (creo que sí) una docena de muchachos discurredores, traviosos y que á pesar de saber inglés hablan castellano y son aficionados á los poetas españoles como Becquer y escuchan embelesados á Juan Peza en sus tiernas elegías del hogar. Habíamos de una familia sinaloense, ahora radicada en México, cuya amistad nos era cara á ellos y á mí del jefe de la familia, excelente amigo, de la admirable señora que la preside, de su bella hija, de los muchachos tan amables y tan buenos.....

Un cubo de estos que se llama *una casa* en N. York puede alojar comodamente á un burgués de recursos distribuida como la de mi anfitrión de aquel domingo. Un piso, bajo el suelo, para el carbón, las tomas de agua, la base de los calefactores etc.; encima otro piso que toma luz por sus ventanas sobre el nivel de la acera, allí están las cocinas y el comedor; encima dos ó tres saloncitos para recibir, para fumar, los otros dos pisos altos para dormitorios, y así se puede tener una casa en ascensión constante hasta el cielo.....

Llovió todo aquel día; en la melancólica tarde me fui á instalar á la *batería*. No hay ensueño duradero sin un mar presente ó presentido, que prolongue dulcemente el alma y la difunda en lo infinito. La mar estaba tranquila y suavemente acariciadora con rumores de cristal en las olas lentas.... Las nieblas se recogían en inmensas bambalinas que quedaban colgando del cielo..... Los *ferrys* cruzaban silenciosos la bahía como geológicos cetáceos de fierro y humo se adivinaban los contornos de las islas; la Libertad parecía un gran fantasma (¡ay! eso es) y más allá de su silueta espectral se abría un arco de misterioso azul..... Un rayo de sol en agonía tocó todo aquella, que vivió y palpó un instante en desleimientos de oro.... Después palideció todo y por la puerta azul voló mi espíritu como un celaje impregnado de mis nostálgias y mis lágrimas.

JUSTO SIERRA.

La verdad, es como la luz: por más dificultades que se la opongan, nunca le falta por donde penetrar, aún á los lugares más escondidos.

NUESTROS GRABADOS

La Señorita Fanny Cañedo.

Hace tiempo engalanamos las columnas de *El Mundo Ilustrado* con la copia de una fotografía en que aparecen en grupo encantador, las hermanas Sritas. Luz y Fanny Cañedo, de Mazatlán. Ahora hemos tenido á nuestra disposición otro retrato de la Srita. Fanny, y no hemos vacilado en copiarlo también por ser verdaderamente artístico.

Las corridas de toros de Mazzantini.

No habíamos querido ocuparnos en *El Mundo* de este espectáculo que, en tésis general, no aplaudimos, por más que constituya hoy por hoy la *great attraction* en la capital; pero advertimos en la primer corrida que la aristocracia de México lo favorecía plenamente con su presencia y desde ese momento creímos justificado dedicarle algunas páginas. En efecto. Nuestro semanario es y ha sido siempre para la gente elegante é ilustrada de México, por consiguiente debe ser un eco de las reuniones y espectáculos á que concurre la misma.

Resueltos pues á dedicar algunas páginas á esas corridas lo hemos hecho reuniendo el mayor número posible de espléndidas fotografías y coleccionándolas después, de tal suerte que constituyen una colección completa de cuadros de una corrida y no hay suerte que en ellas no esté perfectamente sorprendida.

Aunque por su colocación podría juzgarse que son ilustraciones del artículo «Una corrida de Toros en España» no es así. Fueron tomadas directamente por nuestros fotógrafos en la Plaza de Bucareli durante las últimas corridas.

Su publicación significa un esfuerzo que no dudamos apreciarán nuestros lectores.

La igualdad ante la embriaguez

Reas ha trabajado dos cuadros del más profundo realismo, sugestivos en alto grado y que hallarán nuestros lectores en este número.

¿Conque puede haber un punto de contacto entre el dandy y el pelado, conque hay determinada hora, determinado momento en que el miembro del Jockey, el sportman elegante, el lagartijo del bulevard, se asemejan, más aún, se igualan al infeliz andrajoso que se abita de pulque en una taberna?

Sí, señor y este prodigio lo realiza el alcohol, que mata todas las finezas, destruye todas las capas sugestivas de la urbanidad que recubren al caballero, y pone á la vista la parte vil de su individualidad: la bestia.

DAMAS MEXICANAS



Srita. Fanny Cañedo.

[DE MAZATLAN]

Quando en el pelado el alcohol despierta los malos instintos, el pelado vocifera, insulta, y riñe.

Quando en el hombre decente el alcohol despierta los malos instintos, el hombre decente vocifera, insulta y riñe.

Nada vale el precedente de una existencia que empezó en pañales de lino, siguió en colegios aristócratas y se deslizó en salones elegantes.

El alcohol lo arrasa todo; es el que iguala; el nau-seabundó conservador.....

Oh! á cuántas reflexiones se presta ese cuadro!

Por lo que ve á las actitudes, á la localidad, á la expresión, juzguen los inteligentes.

La mañana.

Eos, llamada más comunmente la aurora es hermana del sol; y no bien ha terminado este su viaje nocturno al través del Río Oceano, Eos lo despierta besándole los párpados y corre á preparar en el Oriente su salida triunfal. Abre con sus dedos de rosa las diáfanas puertas del día; y reclinándose luego en una nube que se tiñe de oro y carmín, aguarda impaciente, hasta que entre la grata armonía de las celestes esferas, se oyen los relinchos de la fogosa cuádriga que tira del carro deslumbrante del sol. Ante la divina presencia de su hermano, se extremece ella de íntima felicidad y suben del corazón á sus ojos abundantes lágrimas que, apenas brotadas, son recogidas en las alas de los cefiros quienes vienen á rociar alegres con ellas las flores. Se la representaba volando, con grandes alas, y derramando rosas sobre la tierra, y también flotando en los espacios, con una antorcha en la mano y acompañada de su hija la Estrella de la mañana.

Esta última alegoría es la que aparece en nuestro grabado de hoy.

Eos, emblema de belleza, de frescura y de juventud llegó á cautivar el corazón del glorioso Marte; y celosa entonces Venus, obtuvo del Padre Jove que se la condenara á vivir constantemente sintiendo los estragos de amores renovados todos los días.

Pero alguna vez Eos pudo escapar á la sentencia, pues habiéndose enamorado de Titón hijo de Laomedonte y hermano de Priamo, lo arrebató en su carro de rosas y la llevó consigo á la Isla de Delos donde los unió secretamente Himeneo. Así corrieron para los amantes años de incomparable felicidad creciendo tanto su ternura, que llegó á conmover á las Parcas las cuales concedieron á Titón la inmortalidad.

Quando lo supo la vengativa Venus ya era tarde para retirarle la gracia; pero como solo se le había concedido inmortalidad pero no acompañada de juventud, consiguió de Jano que lo envejeciera rápidamente.

Quando Eos lo encontro viejo y feo lo abandonó y tornó á ser la enamorada y bella diosa de la inconstancia y de la veleid.

La estrella del Sport.

Quando se secan las fuentes, y enmudecen los nidos, y huyen del campo las corolas y el sol anémico se envuelve en su capa de nubes, desciende sobre la tierra el llanto de las estrellas y se congela en el ambiente que está formado de tristes suspiros y cae la nieve menudita y tenaz, y cubre unas tumbas y abre otras. ¡Con qué tristeza la ven caer, la anciana octogenaria que ya no tiene calor bastante para luchar con ella y el joven tísico que va á exhalar la vida en un golpe de tos!

Y la nieve cae menudita y lenta, y envuelve los campos en un sudario blanco y brillante.

Todo esta triste? No: la alegre y vigorosa criatura que ama las emociones del *Sport* y que sabe que las hijas de Ryan, las Sirenas de los mares del Norte se bañan en hielo fundente y retozan arrojándose bolas de nieve, la estrella del Norte, con los labios y las mejillas teñidas en ráfagas de aurora boreal, la niña blanca y pura, calza sus pequeños patines y se lanza sobre el sudario brillante y blanco y sonríe mientras la nieve cae lenta y menudita.

En la hoja iluminada que repartimos con este número la *Estrella del Sport*, lleva á los abonados al *Mundo Ilustrado*, nuestra felicitación de año nuevo.

Salud, amables lectores!

Viaje original de novios.

William Robertson, domador de caballos y gran tirador, de Chattanooga (Tennessee) se casó con la joven Cythia Kenna, y llevado de sus aficiones al *sport*, le propuso, después de verificada la ceremonia comenzar la luna de miel haciendo un viaje en globo.

Aceptó la novia, y ante miles de personas se elevó un aereostato llevándose á los recién casados.

Pero la mujer, en cuanto se despreedió del suelo, presa del mayor pánico, perdió la cabeza, y creyendo que estaba á flor de tierra saltó desde la barquilla cuando ya estaba á cien pies de altura.

Afortunadamente cayó de cabeza en el río Tennessee, de donde fué sacada en el acto y vuelta á la vida.

El, que ya se creía viudo, subió, mal de su grado, hasta unos mil pies de altura con el globo. Este se deshinchó poco á poco, bajó gradualmente y en cuanto tocó al suelo corrió Robertson en busca de su mujer, á quien no pudo de momento preguntar muchos detalles, pues los entusiasmados espectadores colocaron á la pareja en una plataforma y no la dejaron bajar hasta que, satisfecha su curiosidad se retiraron todos, comentando las escenas que habían presenciado.

Notas de los editores

Hecho está el supremo esfuerzo: este número del *Mundo Ilustrado*, es en nuestro concepto lo mejor que por hoy puede producirse en México, pues lo hemos hecho á todo costo y con el más ardiente deseo de agradar á nuestros lectores.

En cambio, estamos satisfechos de la aceptación que hasta la fecha han tenido nuestros trabajos y ofrecemos no d'smayar ni un solo día para sostener y mejorar si es posible nuestro periódico.

Tenemos pendiente de reparto el completo de la novela *Por honor del nombre*, y daremos un buen número de páginas con el número del día 9, ó el siguiente, por estar combinando la manera de distribuir los diversos obsequios que haremos.

Las grandes planas de patrones que hemos ofrecido para la sección de modas, se repartirán con el número siguiente ó con el del 16 del corriente.

Con este número adjuntamos un hermoso cromo á cinco tintas, hecho en nuestros talleres especialmente para los subscriptores de EL MUNDO.

El Año Nuevo.

Un año más! Con risa ó con gemido,
El puerto, apenas, fatigado alcanza
Peregrino el mortal, cuando se lanza
De nuevo al porvenir desconocido.

Quién lamenta en el viaje el fin perdido,
Quién vislumbra un tesoro en lontananza;
El joven ve la dicha ó la esperanza,
El viejo ve la tumba y el olvido.

Nauta es el hombre, el año, mar obscuro
Donde tal vez Fatalidad traidora
La sirte oculta del dolor futuro

Naufragio horrible ó playa salvadora
Nos aguarden, el piélago inseguro
Piende la nave con altiva prora.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



HECHO EN MEXICO PARA
"EL MUNDO" POR J.E. MEYER.

LA ESTRELLA DEL SPORT.

DAMAS MEXICANAS



Srta. Guadalupe Gómez Pliego.



Srta. Dolores Gómez Pliego.

De Mexico

(Fotografías de Steadman & Trager, especialistas en Kodac.)

LA VISION DE LA MONTAÑA.

Para "El Mundo"

Era una noche tibia,
serena, silenciosa;
La luna iba subiendo
por el espacio azul;
Los astros difundían
su lumbré misteriosa
Velados entre nubes
de vaporoso tul.
Brillaban de los Andes
los picos altaneros
Al recibir á mares
la lumbré sidereal,
Y al lejos semejaban
fantásticos guerros
Cubiertos de armaduras
de fúlgido cristal.
Dormido estaba el condor
en su gigante nido
Colgado entre las grietas
del árido peñón;
Y se escuchaba apenas
el áspero mugido
Con que el volcán anuncia
las iras de Plutón.
De pié sobre la cumbre
granítica de un monte,
Miraba yo los astros
en la extensión rodar,
Cuando de pronto, un ángel,
cruzando el horizonte,
Sobre un peñasco, vino
sus alas á plegar.
Era su veste blanca,
dorados sus cabellos,
De pudorosa virgen
la seductora faz;
Brotaban de sus ojos
purísimos destellos
Cual la azulada estela
de exhalación fugaz.
¿Quién eres tú—le dije,—
visión encantadora,
Que desde el alto cielo
llegaste junto á mi?
¿Eres acaso el ángel
que por las noches llora
Las lágrimas heladas
que en las corolas ví?
Allá, cuando en los días
de mi niñez pasada,
Su manto de luceros,
la noche, al desplegar.



Srta. Juana Soto.

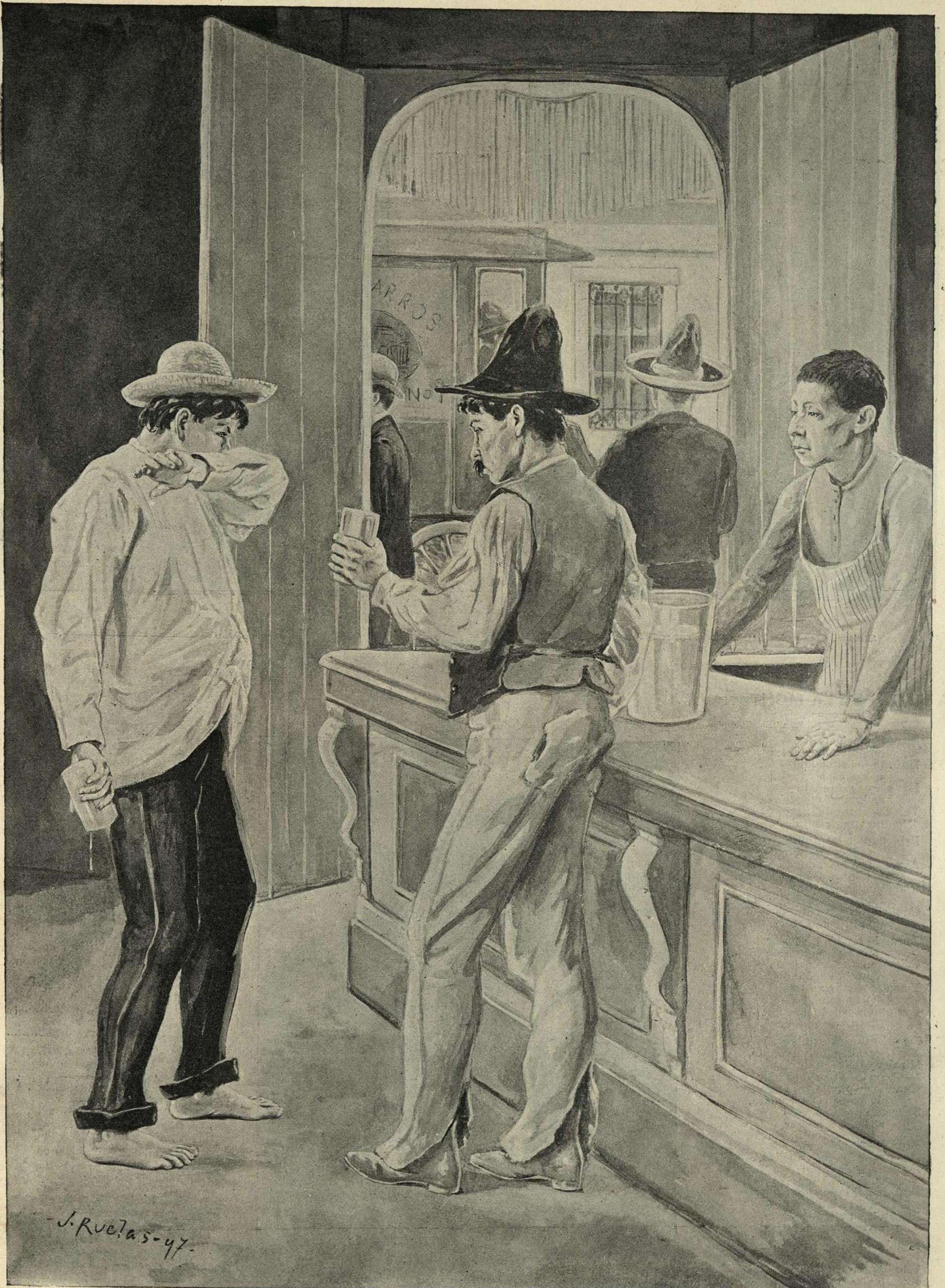
(DE MÉXICO)

(Fot. Torres Hermanos.)

Sirviéndonos de templo
su bóveda argentada
Y los paternos bosques
de perfumado altar,
Al lado de mi madre,
con ella repetía
Sus rezos, confundiendo
las voces de los dos,
La voces que, cual ecos
de dulce melodía,
En alas de los vientos
mandábamos á Dios.
He visto muchas veces
en la tiniebla obscura,
Bajar hasta la copa
del gigantesco ombú,
O de mi cuna en torno,
radiante de hermosura,
Cerniéndose en los aires,
un ángel como tú.
Después, cuando los días
de mi niñez pasaron,
Y de la duda el viento
mi dicha se llevó,
Tan sólo negras sombras
á mi alrededor vagaron;
El ángel de áureas alas
ya nunca retornó!.....
Visión encantadora,
que el azulado velo
Rasgaste, luminosa,
del alta inmensidad,
¿Eres memoria acaso
de mi perdido cielo,
Reminiscencia vaga
de mi primer edad?
Entonce el ángel blanco
de célica mirada,
Tras los azules velos
despareciendo fué,
Y al irse de los aires
por la región callada,
«¡Yo soy el genio,
dijo, de la divina fé!»
Y desde aquella noche,
cuando la acerba duda,
En horas de tristeza,
me hiera el corazón,
Reanudo con los astros
mi conferencia muda,
Y torna á visitarme
la fúlgida visión!

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

(Uruguayo)



LA IGUALDAD ANTE LA EMBRIAGUEZ.

(Por Ruelas.)

(Número 1.)



LA IGUALDAD ANTE LA EMBRIAGUEZ.

(Por Ruelas.)

(Numero 2.)

LA PRINCESITA DE LOS LIRIOS ROJOS

Erase una austera y fría princesita que contaba apenas diez y seis años; tenía ojos grises de águila coronados por cejas altivas, y era tan blanca que sus manos parecían de cera y sus sienes de mármol; se llamaba la princesa Audovera.

Su padre era un viejo rey guerrero, siempre ocupado en lejanas conquistas cuando no batallaba defendiendo las fronteras de su reino, y ella habitaba en un claustro en medio de las tumbas en que yacían los reyes de su raza; la princesa había quedado sin madre el mismo día de su nacimiento.

El claustro en que había estado durante los diez y seis años de su vida, se hallaba situado entre la sombra y el silencio de una selva secular cuyos caminos solamente el rey sabía; de modo que la princesa no conocía en el mundo más hombre que su padre.

Aquel era un lugar severo al abrigo del paso de los bohemios; en él no penetraba más que la luz del sol y eso tamizada y triste á través de la bóveda espesa que formaban las frondas de las seculares encinas.

Al morir la tarde, la princesa Audovera salía algunas veces del recinto del claustro, y se paseaba á pasos lentos escoltada por dos hileras de monjas procesionistas: iba seria y pensativa, como abrumada bajo el peso de un secreto grave, y tan pálida que parecía á punto de morir.

Una larga túnica de lana blanca bordada con grandes ramazones de oro, caía desde sus hombros hasta el suelo prolongándose en extensa cauda; un aro de plata cincelada sugetaba en sus sienes un ligero velo de gaza azul que atenuaba el brillo de su opulenta cabellera, rubia como el pólen de las flores y como la llama de los cirios del altar.

Tal era su vida; tranquila y con el corazón lleno de anhelante alegría, como otras esperan á su prometido, esperaba ella en el claustro el regreso de su padre y era su pasatiempo y el más grato de sus pensamientos, imaginarse las batallas, sus peligros y la agonía de los príncipes acuchillados á quienes vencía su rey.

En torno de ella, en Abril, florecían las altas colinas llenándose de primulas y trinitarias que se cubrían de barro y de hojas muertas al llegar el Otoño; y siempre fría y pálida bajo su túnica de lana blanca bordada de oro, en Abril como en Octubre en Junio ardiente como en Diciembre helado, la princesa Audovera pasaba silenciosa al pie de las encinas marchitas ó reverdecidas.

En Estío tenía siempre en las manos grandes lirios blancos brotados en el jardín del claustro, tan blancos y tan ténues como ella misma y que se les habría tomado por hermanos suyos. En Otoño eran digitales las que estrujaba entre sus dedos, digitales violáceas recogidas en los prados, y la rosa enferma de sus labios semejaba la purpura vinosa de esas flores; y ¡cosa extraña! no las deshojaba nunca sino que las besaba con frecuencia como maquinalmente, en tanto que sus dedos parecían hallar placer en despedazar los lirios en flor. Una sonrisa cruel entreabría entonces su boca y se habría dicho que cumplía algún rito obscuro correspondiente, á través de los espacios, á alguna mala acción lejana. Y en efecto, los pueblos lo supieron más tarde: era una ceremonia de sombra y de sangre. A cada flor tocada por la princesa virgen, correspondía la muerte y el sufrimiento de un hombre. El anciano rey lo sabía bien y encerraba en un claustro ignorado lejos de los lazos del amor esa virginidad funesta; y la princesa cómplice lo sabía también y por eso era su sonrisa cuando besaba los digitales ó desgarraba los lirios entre sus dedos implacables.

Cada lirio deshojado era un cuerpo de príncipe gallardo ó de joven guerrero caído en la batalla, y cada digital besada era una herida abierta que dejaba libre paso á la sangre de los corazones. La princesita había olvidado ya el número de sus lejanas victorias. En los cuatro años que llevaba de conocer el secreto, había prodigado sus besos á las venenosas flores rojas y había despedazado sin piedad los cándidos lirios. Ayudante misterioso y verdugo de su padre, derrochaba el esfuerzo de sus dedos y el color de sus labios para producir incontables muertes. Todas las tardes el capellán del Convento, un anciano barnabita ciego, recibía la confesión de sus faltas y la absolvía, seguro de que las faltas

de las reinas no condenan sino á los pueblos, y que el olor de la sangre es un incienso al pie del trono de Dios.

La princesita no tenía ni remordimientos ni tristeza; de pronto se sentía purificada por la absolución y luego, en los campos de batalla, bajo cielos cárdenos al morir la tarde, soldados y príncipes heridos incorporándose sobre muñones destrozados y sangrientos, estertores, agonías, todo eso halaga el orgullo de las vírgenes. Las vírgenes no tienen horror á la sangre como las madres que siempre están temblando por sus hijos. Audovera además, había heredado la implacable ferocidad de su padre.

Una tarde, sin que se supiera cómo habría podido llegar al ignorado monasterio, un miserable fugitivo vino á caer á la puerta dando un grito de niño espantado, y cubierto de sudor de polvo y con el cuerpo taladrado por siete heridas. Más por terror que por piedad las monjas lo recogieron y lo llevaron á descansar en la cripta de las tumbas.

Se puso á su alcance una cantarilla de agua para que bebiera á satisfacción, un hisopo de agua bendita y un crucifijo que lo ayudara á bien morir, porque ya agonizaba con el pecho oprimido por las angustias de la muerte. A las nueve en el refectorio, la superiora hizo rezar por aquel infortunado el oficio de difuntos y las monjas un poco conmovidas ganaron sus celdas cayendo en el sueño después todo el convento.

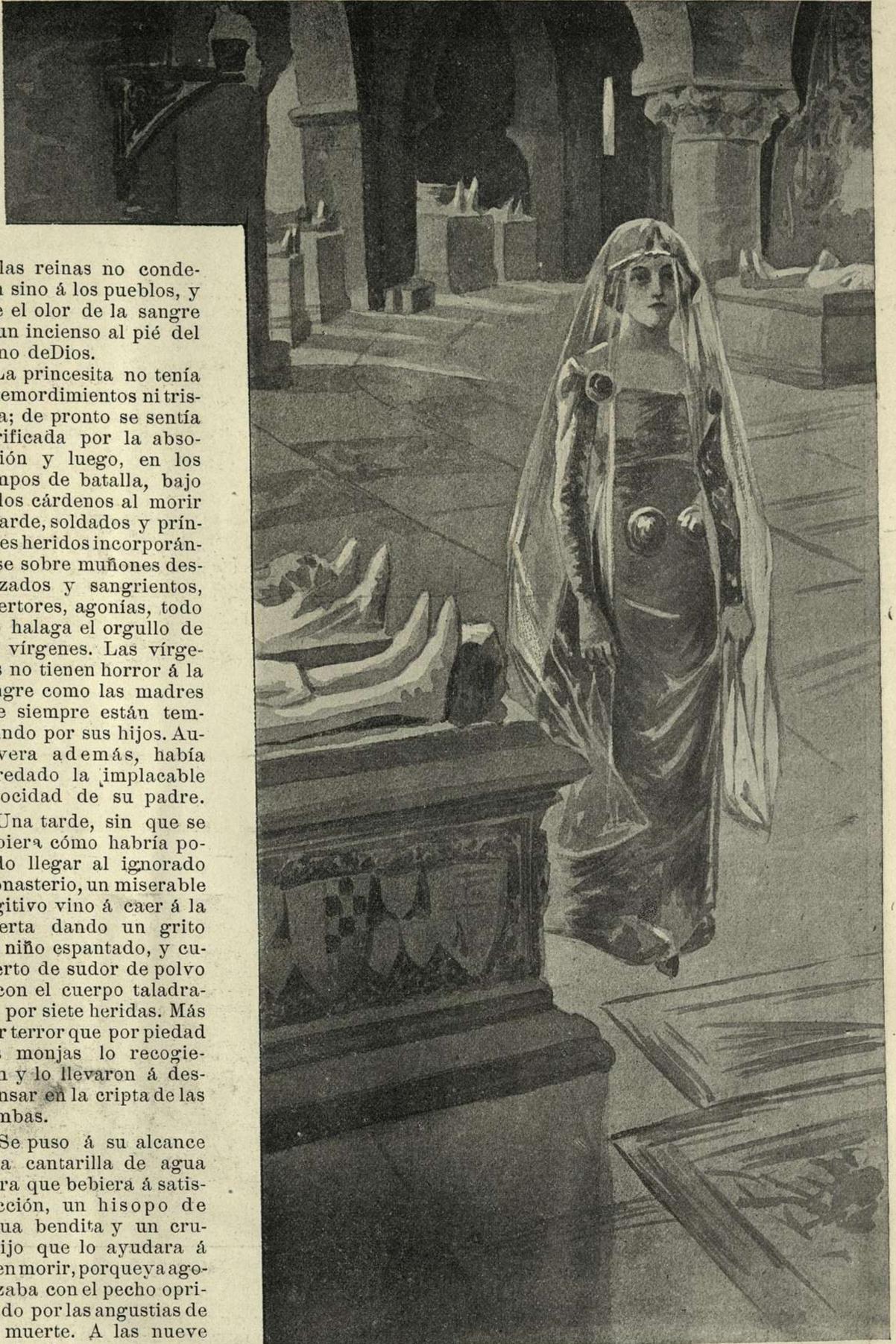
Unicamente Audovera no dormía, pensando en aquel fugitivo á quien había entrevisto al atravesar el jardín, conducido por dos monjas viejas, y una idea la atenaceaba: el agonizante era de seguro algún enemigo de su padre, alguno que pudo escapar á la carnicería del combate, como el último despojo de un naufragio arrojado á las playas del Convento. La batalla debió librarse en los alrededores, más cerca de lo que las monjas suponían y la selva estaría á esas horas llena de otros fugitivos, de otros miserables ensangrenta-

dos y quejumbrosos, y toda una muchedumbre, destrozada y repugnante de mutilados llenaría antes del alba el recinto del claustro en donde sería acogida por la indolente caridad de las monjas.

Corría entonces el mes de Junio y extensas platabandas de lirios embalsamaban el jardín. La princesita descendió y entre los elevados pinos que bañaba la luz de la luna y levantaban sus ramas húmedas como herradas lanzas, se puso lentamente á deshojar las flores.

Pero ¡oh misterio! empezaron á oírse suspiros y estertores, sollozos y gemidos; y las corolas, bajo la presión de sus dedos, tenían resistencias y palpitaciones de carne. Hubo un momento en que Audovera creyó sentir que caía en su mano algo caliente que podía ser como lágrimas, en tanto que el olor de los lirios singularmente cambiado, desagradaba y se volvían pesados, con sus nectarios llenos de un incienso deletéreo.

Aunque se sentía desfallecer en esta tarea, la princesita proseguía su obra de muerte, decapitando sin piedad, deshojando sin intermisión calices y botones; pero mientras más flores destruía más brotaban, y se puso todo el jardín como un inmenso trigal de altos lirios rígidos, erguidos, un verdadero



ejército de picas y alabardas abiertas á la luz de la luna en cuádruples pétalos. Horriblemente fatigada pero presa de un vértigo, de una delirante rabia de aniquilamiento, la princesa seguía rompiendo, destrozando, haciendo añicos, cuando la paralizó una visión extraña.

De un haz de flores más altas, surgió con transparencia azulada el cadáver de un hombre, los brazos extendidos en cruz, los pies crispados y uno sobre el otro, la cabeza coronada de espinas y brillando en la noche las heridas del costado,

las manos y los pies. La princesa despavorida reconoció en la visión al miserable fugitivo recogido esa tarde, al agonizante de la cripta de las tumbas.

Entreabriendo sus párpados lívidos fijó en ella sus ojos sin luz y con una voz de amargo reproche la dijo:

—¿Por qué me has matado? ¿Qué te había yo hecho?

Al día siguiente, las monjas encontraron á la princesita Audovera, tendida en una senda á la

entrada del jardín, estrechando muchos lirios contra su pecho, fría, inmóvil, más pálida que nunca, muerta.

Al rededor del cadáver, todos los lirios se habían puesto rojos, y rojos siguieron siendo y seguirán, hasta el fin del mundo, en aquel jardín.

Así murió la princesa Audovera, la de los ojos grises de mirada de águila, la que fué tan blanca, que sus manos parecían de cera y su frente de mármol.

JUAN LORRAIN.



LAS NUEVAS IDEAS.

PROGRESOS DE LA ASTRONOMIA.

Con el título de *Les derniers progrès de l'astronomie*, acaba de publicar Camilo Flammarion un estudio en que traza los últimos descubrimientos llevados á cabo en Marte, Júpiter, Saturno, Venus, el Sol, la Luna y los nuevos movimientos de la Tierra.

Respecto de Marte ha observado Flammarion que los supuestos mares del planeta, no son sino refracciones del hielo en la atmósfera, como lo demuestra el no reflejarse sobre esa mancha que se suponía de agua, la luz solar. Marte se transforma misteriosamente cada año que trascurre. Ahora la gran mancha en forma de V que se denomina mar del Sablier, extiéndese y cubre el lago Moeris que á su vez ha ido á unirse al mar. Dedúcese que la naturaleza difiere allí tanto de la nuestra, que todavía pasarán muchos años sin que demos con el problema que nos oculta la vida de aquel planeta.

Júpiter, por su parte, ha revelado al observador que, en efecto, se halla en el periodo primordial, en su génesis. De modo que no es todavía sólido, sino líquido ó gaseoso muy denso: un oceano de sustancias calientes desconocidas, en la superficie del cual se forman escorias, islas y solidificaciones parciales. El movimiento de rotación de ese planeta es diverso, dependiendo de la latitud de sus zonas y el Ecuador, como ocurre en el sol. En el Ecuador su velocidad es de 12.500 metros por segundo.

Actualmente Júpiter se halla cruzado por una banda ancha rojiza con puntos negros y otras dos sonrosadas.

Saturno está igualmente atravesado por bandas iguales, aunque menos marcadas. También se ha advertido la separación de los anillos que encierran al planeta.

Recuerdo de las fiestas de Cuernavaca.



CUERNAVACA.—El General Diaz saliendo de la casa que habitó Maximiliano.
(Fot. hecha para «El Mundo» por C. Alvarez y Cia.) México.

Acerca de Venus ahórase duda de que una parte esté siempre iluminada por el sol, y la otra en perpetua obscuridad, como se ha sostenido por Schiapaselli.

Hablando del sol todos los astrónomos convienen en que á medida que el tiempo transcurre van desapareciendo las manchas que lo obscurecían en determinados puntos, é irán disminuyendo hasta 1899.

También se ha calculado que la velocidad del sistema solar es de unos quince kilómetros por segundo en su movimiento ascensional.

En las observaciones hechas sobre la Luna, se ha conseguido fotografiar objetos de 700 metros de diámetro, y Gaudibert confía en obtener pruebas de objetos que solo midan 300 metros.

Pero vengamos de nuevo á la Tierra después del paseo brevísimo que hemos dado por esos mundos de Dios.

Todos saben que el planeta que habitamos es juguete de once movimientos. Ahora se ha descubierto el duodécimo, el del polo terrestre que hace variar constantemente las latitudes. Las últimas observaciones demuestran que el polo ó extremidad del eje de rotación del globo cambia ligera pero perpetuamente, por la circulación de los océanos y de la atmósfera.

RICARDO.

—LOS—

MAS FUERTES.

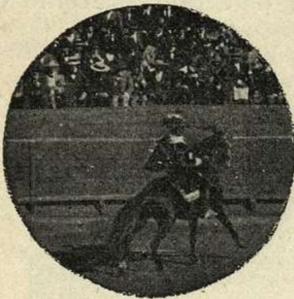
La preciosa novela de Clemenceau que comenzamos hoy á publicar, ha sido expresamente traducida para nosotros.

Los grabados que la ilustren, saldrán de los talleres de

«EL MUNDO»

Una corrida de toros en España

Suena el clarín: cuatro guardias del circo, á caballo, con sombrero y plumas á lo Enrique IV, capa negra, jubón, botas y espada, salen por la puerta de debajo del palco real y con paso lento dan la vuelta á la pista. La gente despeja, cada uno va á su puesto y la arena queda limpia y sin estorbos. Los cuatro caballos se colocan dos á dos ante la puerta, cerrada todavía, que se halla frente al palco del rey. Diez mil espectadores tienen allí puestos sus ojos y el silencio es general: de allí ha de salir la cuadrilla, todos los toreros de gran gala, que han de presentarse al rey y al pueblo. Suena la música, se abre la puerta, resuena una nutrida salva de aplausos y avanza la cuadrilla. Van á la cabeza de ésta los tres espadas. Frascuelo, Lagartijo, Cayetano, los tres famosos, vestidos con el traje de Figaro del Barbero de Sevilla, de seda, de terciopelo amarillo, encarnado, azul, cubiertos de alamares, franjas, galones de oro y plata que casi cubren todo el vestido y envueltos en anchas capas amarillas ó encarnadas, medias blancas, franja de seda, una trenza en la nuca y un sombrero de pelo.



El Alguacil partiendo la plaza

Vienen después los banderilleros y los capeadores, formando un grupo, y cubiertos también de oro y plata; detrás los picadores á caballo, dos á dos con la larga pica en la mano, con sombrero gris, bajo y de anchísimas alas, una recamada chaqueta y pantalones

das se fijan en la puerta de la cual ha de salir el toro; todos los corazones palpitan; reina en la plaza un silencio profundo; sólo se oye el mugido del toro, que avanza de encierro en encierro, en la obscuridad de su vasta cárcel, gritando así: «¡Sangre!» «¡sangre!» Tiemblan los caballos, palidecen los picadores; transcurre un instante, suena el clarín, se abre la puerta: un toro enorme sale á la pista y un grito formidable, salido á la vez de diez mil pechos, le saluda. Empieza la carnicería.

¡Ah! no es necesario ser de pastaflores: en aquel momento se queda uno blanco como un cadáver.

Solo recuerdo confusamente lo que sucedió en los primeros momentos, porque á decir verdad, yo no sabía donde tenía la cabeza. El toro se abalanzó contra el primer picador, retrocedió después; volvió á hacer presa y arremetió contra el segundo; si hubo lucha no lo recuerdo: á los pocos instantes el toro se lanzó contra el tercero; después corrió hasta el centro de la plaza, paróse allí y miró.... Yo también miré y me cubrí la cara con las manos. Toda la parte de la arena que el toro había recorrido se hallaba cubierta de sangre: el primer caballo yacía en tierra, abierto el vientre y las entrañas fuera; el segundo, con el pecho abierto por ancha herida de la cual manaba un chorro de sangre, iba tambaleándose de un lado para otro; el tercero, tendido en el suelo, hacia inauditos esfuerzos para levantarse; los chulos, presurosos, levantaban del suelo á los picadores, quitaban la silla y las bridas del caballo muerto, procuraban poner de pie al herido, y una gritería infernal salía de todos los ámbitos de la plaza. Así empieza generalmente el espectáculo

Los picadores son los primeros que reciben el choque del toro, le esperan á pie firme y le clavan la lanza entre cabeza y cuello en el momento en que la fiera se baja para arremeter y clavar los cuernos al caballo. Es necesario advertir que la lanza solo lleva una pequeña punta que no puede abrir una profunda

tira; los intestinos del pobre animal salieron y quedaron pendientes como un saco hasta tocar al suelo; el picador queda montado. En lugar de desmontarse, el picador, viendo que la herida no era mortal, espolé el caballo y fué á colocarse más lejos, esperando un segundo ataque. El caballo atravesó la pista con los intestinos colgando, pisándolos al andar y estorbando con ellos su propia marcha. El toro le siguió algunos instantes y después se detuvo. En aquel momento sonó el clarín: era la señal de retirarse los picadores. Abrióse una puerta y desaparecieron al galope uno tras otro; quedaron en la arena dos caballos muertos y aquí y allá charcos de sangre que los chulos cubrían de arena.

Después de los picadores vienen los banderilleros. Para los profanos ésta es la parte más divertida del espectáculo, porque es la menos cruel. Las banderillas son dos flechas de cerca de dos cuartas de largo, adornadas con papel de color y armadas de una punta de metal fabricada de tal modo, que una vez que ha penetrado en el cuerpo, es imposible arrancarla; el toro, al agitarse y sacudirla, hace que penetre más y más.

El banderillero coge dos flechas de esas, una en cada mano, se coloca á unos quince pasos delante del toro y lo provoca, levantando las manos y gritando. El toro se lanza contra él; el banderillero á su vez corre al encuentro de la fiera; ésta baja la cabeza para clavarle los cuernos en el vientre; y el torero aprovecha este movimiento para plantarle las banderillas en el cuello, una á cada lado, y se pone en salvo saltando



Salida de la cuadrilla.—Fotografía de C. B. Waite hecha para «El Mundo»

de amarilla piel de búfalo, forrados con planchas de hierro, inmediatamente después los chulos, ó servidores, vestidos con sus ropas de gala. Todos atraviesan la arena majestuosamente, dirigiéndose hacia el palco del rey.

No puede imaginarse nada más pintoresco que aquel espectáculo. Hay allí todos los colores de un jardín, todos los esplendores de un cortejo real, toda la alegría de una banda de máscaras y toda la majestad de un ejército de guerreros. Entornando los ojos sólo se ve una nube de oro y plata.

Todos son hombres bellísimos: los picadores, altos y fornidos como atletas; los otros ligeros, esbeltos; de formas intachables, tez morena y ojos grandes y fieros; figuras de gladiadores antiguos vestidos con el lujo de príncipes asiáticos.

Toda la cuadrilla se detiene delante del palco del rey y saluda; el alcalde hace la señal de que pueden empezar; desde el palco tira á la arena la llave del toril, donde los toros se hallan encerrados; un guardia del circo la recoge y la entrega al guardián que se coloca junto á la puerta, dispuesto á abrirla.

El grupo de toreros se deshace: los espadas saltan la barrera; los capeadores se distribuyen por la arena agitando sus capas amarillas y encarnadas; los picadores, unos se retiran esperando que les toque el turno, mientras que los otros, espoléando los caballos, se colocan á la izquierda del toril, á la distancia de unos veinte pasos los unos de los otros, dando la espalda á la barrera y lanza en ristre. Aquellos son momentos de agitación, de ansiedad indescriptible; todas las mira-

herida, y los picadores deben tener una mirada serenisima, un brazo de hierro y un corazón sereno; y no siempre aciertan; es más, lo frecuente es que no acierten; y entonces el toro clava sus cuernos en el vientre del caballo, y el picador da con su cuerpo en tierra. Pero corren los capeadores, y mientras el toro saca sus pitones de las entrañas de su víctima, agitan la capa ante sus ojos, le distraen y hacen que les persiga dejando seguro al caído para que los chulos le socorran, poniéndole en la silla, si el caballo puede tenerse en pie todavía, ó llevándole á la enfermería, si es que se ha roto la cabeza.

El toro parado en mitad de la pista, con sus cuernos ensangrentados, mira jadeante á su alrededor, como diciendo: «¿quedan más víctimas to lavia?»

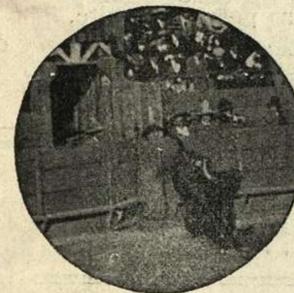
Un enjambre de capeadores corre á su encuentro y le rodea: le provocan, le enfadan, le hacen correr de un lado á otro, sacuden la capa ante sus ojos, se la pasan por sobre la cabeza, huyen en rápida carrera para volver á provocarlo, huyendo de nuevo en seguida, y el toro persigue á uno y á otro hasta llegar á la barrera, y allí da cornadas furiosas contra las tablas, escarba el suelo, da unos cuantos saltos, muge, vuelve de paso á clavar los cuernos en el vientre de los caballos muertos, se esfuerza en saltar la barrera y recorre la arena en todas direcciones. Durante este tiempo han entrado otros picadores para reemplazar á los que han quedado sin caballo, colocándose á distancia unos de otros, á ambos lados de la música y del toril, esperando que el toro les embista. Los capeadores le llaman hacia ese lado; el toro, al ver el primer caballo, corre hacia él con la cabeza baja. Pero esta vez su ataque no tiene éxito; la lanza del picador le hiere en la espalda y le detiene; el toro se obstina, empuja, pero envano: el picador se mantiene firme, el toro retrocede, el caballo se ha salvado, y resuena una tempestad de aplausos, saludando al salvador. El otro picador no fué tan afortunado: el toro le atacó, sin que tuviera tiempo de clavar la lanza; los formidables cuernos penetran en el vientre del caballo con la rapidez de una espada, se ensaña con la víctima y al poco rato se re-



La primera pica.—Fotografía de C. B. Waite hecha para «El Mundo»

apresuradamente de lado. Si se detiene, si le falta el pie, si duda un solo instante, queda ensartado como un sapo. El toro muge, resuella, se enfurece y persigue á los banderilleros con espantosa furia; en un instante todos han saltado la barrera, la arena queda vacía. La bestia salvaje, con la boca llena de espuma, los ojos inyectados en sangre, destrozado el cuello, escarba la tierra con furor, se tira contra la barrera, pide venganza, quiere matar, necesita carne. Nadie se atreve á desafiarla; los espectadores gritan:

—¡Adelante! ¡Valor! ¡Otro banderillero!
Y éste se adelanta y clava sus flechas; después un tercero, y de nuevo el primero. Aquel día le clavaron ocho. La infortunada bestia, cuando sintió la dolorosa impresión de las dos últimas, dió un mugido prolongado, espantoso, terrible y lanzándose á la persecución de uno de sus enemigos, le acosó hasta la barrera; la saltó y cayó con él en el corredor antes citado. Los diez mil espectadores se levantaron á la vez, exclamando: «¡Está herido!» Pero el banderillero había salido de la suerte sin un rasguño. El toro corrió adelante y atrás entre las dos barreras, recibiendo una lluvia de palos y puñetazos, hasta que dió con una puerta abierta; salió á la arena y la puerta se cerró tras él. Entonces banderilleros y capeadores volvieron á rodearlo; uno de ellos, pasando por detrás, tiróle con violencia de la cola y desapareció como el rayo; otro corriendo, le enreda la capa en los cuernos; un tercero es tan audaz que le coge con la mano la ensangren-



Salida del toro.



La última pica.—Fotografía de C.B. Waite hecha para «El Mundo»

tada divisa; un cuarto, el más temerario de todos, planta una lanza en el suelo en la misma línea que ha de seguir el toro, corre y da un salto por encima de la fiera, cae al otro lado y tira la lanza entre las piernas del animal estúpido. Y hacen todo esto con rapidez de prestidigitador y gracia de danzante, como si jugaran con una oveja. Durante este tiempo la muchedumbre hace retremblar el circo con carcajadas, aplausos, gritos de alegría, admiración y terror.

El clarín suena de nuevo: los banderilleros han terminado su suerte. Tócale el turno al espada. Este es el momento solemne, el desenlace del drama. El público se calla, las damas sacan la cabeza del palco y el rey se levanta.

El célebre Frascuelo, teniendo en la mano la espada y la muleta, que es un pedazo de trapo colorado sostenido por un pequeño palo, pisa la arena, se adelanta hasta el palco real, se quita la montera y ofrece al rey en frases poéticas, el toro que va á matar, tira luego su montera al aire como diciendo: «¡Venceré ó moriré en la lucha!» Y con su brillante cortejo de capeadores, avanza resueltamente hacia el toro. Entonces es cuando empieza una verdadera lucha cuerpo á cuerpo, digna de un canto de Homero. De un lado la bestia con sus terribles cuernos, su fuerza prodigiosa, su sed de sangre, fuera de sí por el dolor, ciega de cólera, horrible, espantosa; de otro un joven de veinte años, vestido como un bailarín, á pie firme, sin otra defensa más que una ligera espada. ¡Mas de diez mil miradas están fijadas en él! El rey le prepara un regalo. ¡Su querida está allí en un palco, y le mira ansiosa! ¡Mil damas tiemblan por su vida!

El toro se para y le mira: él á su vez mira al toro y agita ante sus ojos el trapo colorado. El toro baja la cabeza para arremeter, el espada se ladea, los formidables cuernos rozan su chaqueta, levanta la muleta y el bicho hiere en el vacío. Una tempestad de aplausos resuena en tendidos, gradas y palcos. Las damas miran con sus gemelos y exclaman: «¡Ni siquiera está pálido!»

Se restablece el silencio: no se oye ni una palabra, ni un murmullo. El audaz torero juega con la muleta ante el furioso animal; se la pasa por sobre la cabeza, al rededor del cuello: por entre los cuernos; hace que el toro adelante, retroceda, salte; se hace embestir diez veces y otras tantas escapa de la muerte por un ligero movimiento; deja caer la muleta y la recoge á la vista del animal; se ríe en sus propias barbas, le insulta, le provoca, juega con él. Mas de repente se para, se pone en guardia, levanta la espada y calcula un golpe: el toro le mira; permanecen quietos un instante y se lanzan uno contra otro al mismo tiempo. Uno de los dos ha de morir. Diez mil miradas corren con la rapidez del rayo de la punta de la espada á las puntas de los cuernos; diez mil corazones se agitan con ansiedad y terror; los rostros todos están inmóviles; no se oye ni respirar; la inmensa muchedumbre parece petrificada..... ¡Este es el instante terrible! El toro arremete y el torero hiere. Un solo grito agudo, seguido de inmensos aplausos, se oye de todas partes; la espada ha penetrado hasta la empuñadura en el cuello del toro; la fiera tambalea, y echando por la boca un río de sangre, cae de repente al suelo.

El tumulto entonces es indescriptible: la multitud parece frenética. Todos se levantan, gesticulan y dan voces furiosas; las damas agitan sus pañuelos, aplauden y saludan al torero con el abanico; suena la música; el espada vencedor se acerca á la barrera y da la vuelta á la plaza. A su paso, de las gradas, palcos y tendidos los espectadores, locos de entusiasmo, le tiran á puñados los cigarrillos y arrojan á la arena cartas, bastones, sombreros, todo cuanto les viene á mano. Pocos instantes después, el afortunado torero tiene el brazo lleno de regalos y pide auxilio á los capeadores. Devuelve los sombreros á los admiradores, da las gracias, responde como puede á los saludos, á los elogios, á los nombres gloriosos que le tributan de todas partes y llega por fin ante el palco del rey. Este saca del bolsillo una petaca llena de billetes de Banco y se la tira; el torero la coge en el aire y el público prorrumpen en entusiastas aplausos.

Durante este tiempo la música ejecuta la marcha fúnebre del toro, se abre una puerta y salen por ella

al galope cuatro soberbias mulas con hermosos penachos, borlas y cintas amarillas y encarnadas, guiadas por unos cuantos *chulos*. Son las mulas de arrastre que se llevan uno á uno los caballos muertos y por último el toro, para dejarlo en una pequeña plaza vecina, donde le espera una horda de pillétes que mojan los dedos en su sangre, siendo después desollado y vendido.

La plaza queda libre, suena el clarín y retumba el tambor. Un segundo toro sale de su encierro; ataca á los picadores, revienta caballos, ofrece su cuello á los banderilleros y muere á manos del espada; y así un tercero y un cuarto, hasta seis.

¡Cuántas emociones, temblores y sobresaltos durante el espectáculo! ¡Cuántas veces palidece uno demente! Pero vos, extranjero, vos sois el único que allí tembláis: el muchacho que junto á vos se encuentra, ríe á carcajadas; la joven sentada frente á vos está loca de alegría; la dama del palco vecino dice que nunca se ha divertido tanto.....

Necesario es ir á la plaza para aprender el idioma. ¡Oh, qué gritos y qué exclamaciones! Mil distintas voces saludan la aparición del toro: «¡Hermosa cabeza!» «¡Qué preciosos ojos!» «¡Este sí que hará correr sangre!» «¡Anda que vales un tesoro!» Y le dedican palabras de amor. Si ha muerto un caballo: «¡Bueno!» le dicen. ¡Ved lo que le ha sacado del vientre! Un picador yerra el golpe, pone la pica donde no debía, ó le falta valor para recibir el empuje, ¡infeliz! más le valiera no haber nacido, por que aquello es un diluvio de injurias que ha de escuchar impasible. «¡Gandull!» «¡Embustero!» «¡Anda á la cuadra!» «¡Asesino, hazte matar!» Y todos se levantan para señalarle con el dedo y amenazarle con los puños cerrados. Pero no para aquí la cosa; pues no falta quien pase á vías de hecho arrojándole á la cara cáscaras de naranja y puntas de cigarro!

Cuando el espada mata al toro del primer intento, escucha palabras de enamorado delirio: «¡Ven aquí, ángel mío!» «¡Dios te bendiga, Frascuelo!» y otras por el mismo estilo. Y le tiran besos y le llaman, y le tienden los brazos como para abrazarle. ¡Qué profusión de epítetos, de palabras galantes, de proverbios! Cuánto fuego y cuánta vida!

Pero sólo he narrado la muerte de un toro, y la verdad es que durante la corrida suceden mil distintos accidentes. Aquel mismo día, un toro metió los cuernos en el vientre de un caballo, levantó en alto cabal-

gadura y ginete, los paseó en triunfo por la plaza y los arrojó por último al suelo como un saco de patatas. Otro toro hirió á cuatro caballos en pocos instantes; un tercero se revolvió con tanta furia contra caballo y picador, que este, al caer, dió con la cabeza contra la barrera, perdiendo el sentido. Lo llevaron á la enfermería. Pero no por esto, ni por una herida grave, ni por la muerte de un torero se interrumpe la corrida. El programa lo dice, y no se falta á él por nada del mundo: si uno muere, queda otro para reemplazarle.

El toro no ataca siempre: hay algunos cobardes ó recelosos, que llegan hasta el picador, se detienen y huyen después de un rato de indecisión; otros de carácter tierno y bondadoso, no responden á las provocaciones, dejan que el picador llegue hasta ellos para plantarles la pica en el cuello y retroceden moviendo la cabeza como diciendo: «¡Si á mí no me gustan esos juegos!» Y al huir se vuelven de pronto para mirar con aire de sorpresa el grupo de capeadores que le persiguen, y no parece sino que exclama: «Pero ¿qué demonios quieren ustedes de mí? ¿Les he hecho acaso algún daño? Entonces, ¿porqué no me dejan en paz?»

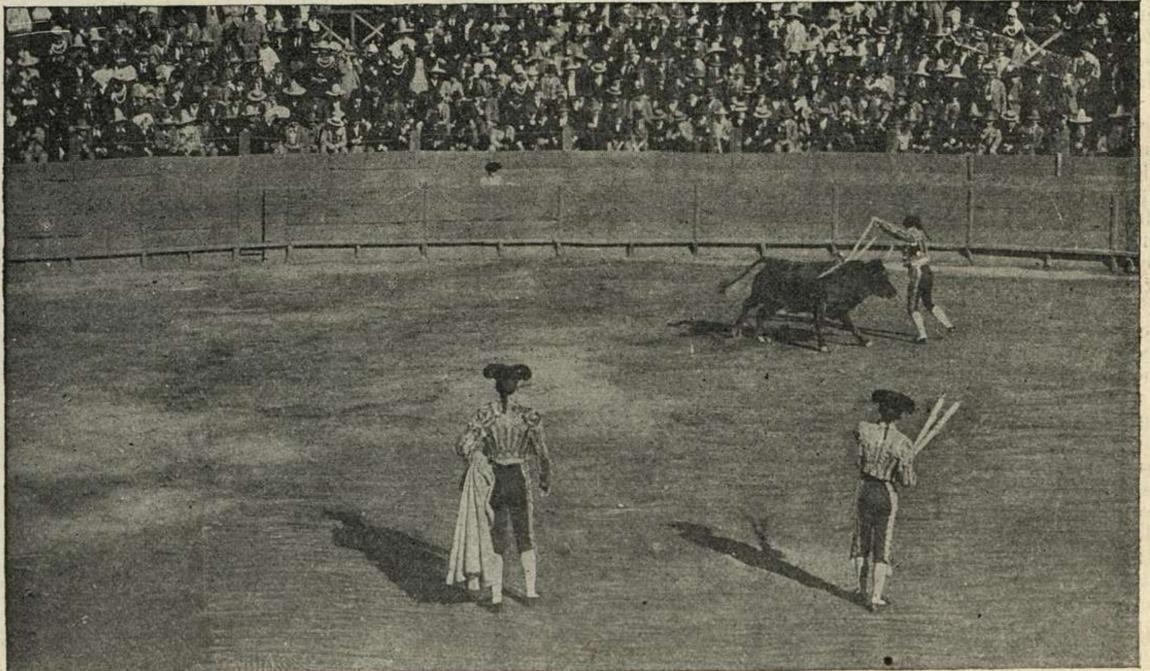
Mas el público, que no se ablanda tan fácilmente, se desata en imprecaciones contra la sensible bestia, contra el empresario y contra los toreros. Y algún *dilettante* del toril da la voz de «¡Banderillas de fuego!» y los espectadores de sol responden á la consigna, y luego los de sombra, y las damas de los palcos, y toda la plaza en peso, y ya no se oye más voz que: «¡Fuego!» «¡Fuego!» Aquel grito va dirigido al alcalde, que es quien manda y dispone. Las banderillas de fuego sirven para enfurecer al toro; son banderillas con uncohe-te que estalla cuando la punta del dardo penetra en las carnes del toro y quema la herida, causando un dolor atroz que enardece é irrita al animal, haciendo que de cobarde se vuelva temerario, y de tranquilo furioso.

Como he dicho ya, es necesario el permiso del alcalde para clavar las banderillas de fuego; si el alcalde niega el permiso, todos los espectadores se levantan y entonces la plaza ofrece un golpe de vista curioso. Vense diez mil pañuelos que se agitan como las banderolas de diez regimientos de lanceros, y desde los palcos hasta la arena se forma una línea blanca que ondula. Y resuenan con mayor fuerza que antes las voces de «¡Fuego!» «¡Fuego!» «¡Fuego!» Entonces cede el alcalde; pero si se obstina, desaparecen los pañuelos y se levantan los puños y los bastones, desatándose el público en injurias: «¡No sea usted necio!» «¡No se burle usted del mundo!» «¡Banderillas al alcalde!» «¡Fuego al alcalde!»

La agonía del toro es horrible por que á veces el torero no sabe ó no puede precisar el golpe y la espada penetra hasta la empuñadura, pero desviándose del camino que debía seguir para llegar al corazón. Y entonces el toro corre por la plaza con la espada metida en el cuerpo, regando el suelo con su sangre, lanzando espantosos mugidos, saltando y dando mil vueltas atribuladas por verse libre de aquel martirio. En aquella carrera impetuosa la espada se desprende de la herida alguna vez; pero en otras penetra más en ella causando la muerte de la fiera.

Muy á menudo el espada ha de dar una segunda estocada, á veces una tercera, y por acaso una cuarta. El toro pierde un torrente de sangre, manchando las capas de los capeadores; y de sangre se llena el espada y se baña la barrera, y la sangre corre por todos lados, y los espectadores, indignados, cubren de injurias al torero. Alguna vez el toro, gravemente herido, cae al suelo, pero no muere y allí se queda inmóvil, erguida la amenazadora cabeza, como si dijera: «¡Venid asesinos, si os atreveis!» La lucha ha terminado; entonces un hombre misterioso salta la barrera, se acerca con paso furtivo, se coloca detrás del toro, y aprovechando el momento oportuno, le clava un puñal en la cabeza, que le penetra hasta el cerebro, y el animal muere. El golpe no siempre es acertado; el hombre misterioso debe repetirlo dos, tres, hasta cuatro veces; pero si tal sucede, la indignación del público estalla como una tempestad, y le llaman ladrón, gandul, asesino, y le desean la muerte, y si lo tuvieran entre manos lo estrangularían como á un perro.

A veces el toro, herido de muerte, vacila un instante antes de morir, y vacilando se aleja á paso lento del lugar donde ha sido herido, para ir á morir en otro si-



¡Villita poniendo un par de banderillas.—Fotografía de C. B. Waite hecha para «El Mundo»

ALSOL

Resplandece, celesté llamarada!
Mana fulgores, centelleante esfera!
Irradía, pupila nacarada;
Que en cada vibración de tu mirada
Se adivina la mano que te hiciera!

Indiferente á la terrena vida
Que se aprovecha de tu clara lumbre,
En tu curva gigante y extendida
Giras veloz. molécula perdida
Enmedio á la estrellada muchedumbre!

Luz y calor en olas derramando
Alimentas un mundo y otro mundo,
Y vas en curso cadencioso y blando
Con tu radiosa escuadrana navegando
Del éter en el piélagro profundo.

Tu has visto á los planetas producirse
Brotando de tu seno en otros siglos,
Con las galas vitales revestirse
Y más tarde veráslos extinguirse
Y transformarse en tétricos vestigios.

Mientras indiferente y altanero
Prosigues en tu ruta misteriosa,
La humanidad lanzando el lastimero
Sollozo de su vida postrimero
Inerte y fría se hundirá en la fosa.

Mas tu también, celeste llamarada
De asiento servirás á otros vivientes;
Y convertido en sideral morada,
De dicha oirás la alegre carcajada
Y los gemidos del pesar dolientes.

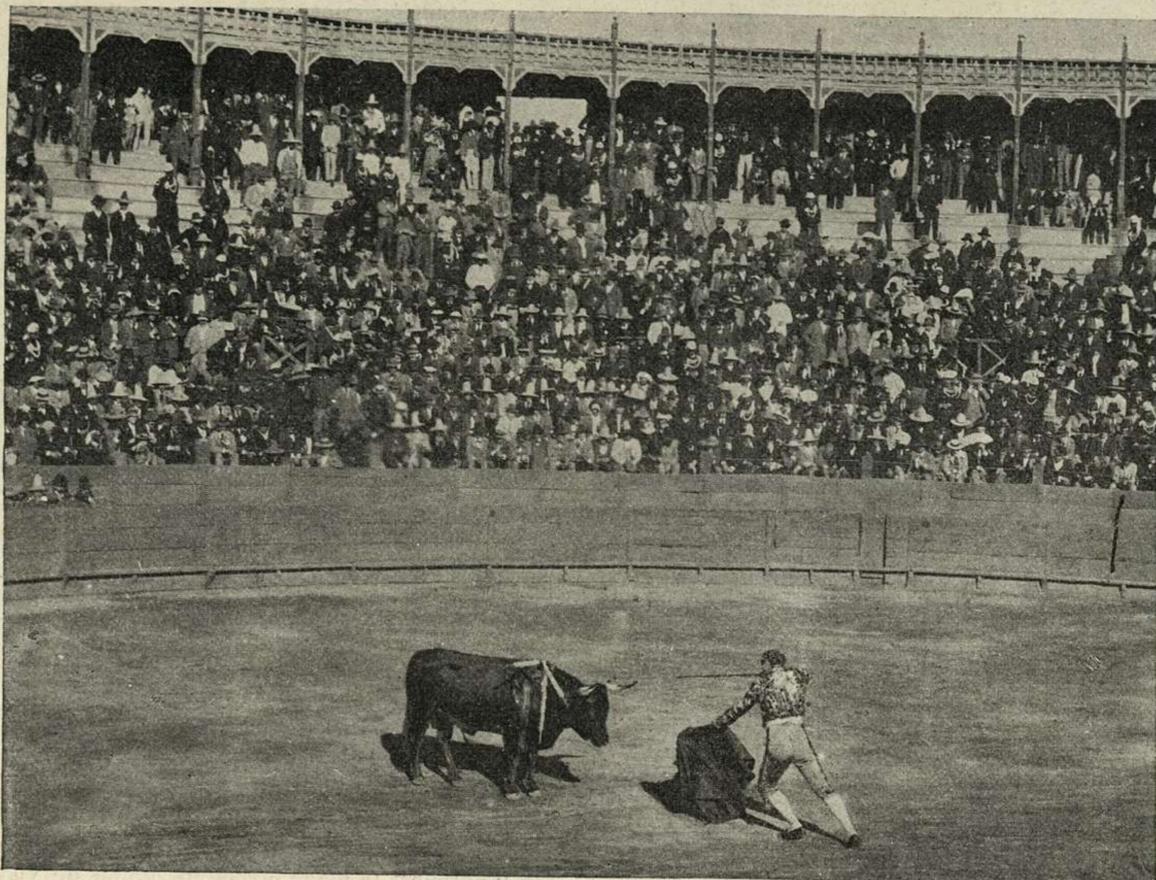
Y después, abatido y apagado,
Cuando no puedas mantener la vida,
El firmamento cruzarás helado
Como siniestra sombra del pasado,
Tu fuerza ya gastada y consumida.

Y si con otra esfera el choque fuerte
No te anima otra vez. obscuro y frío
Tu marcha seguirás, siendo tu suerte
Cual imagen sombría de la muerte
Rodar eternamente en el vacío.

O faltando cohesión á tu organismo
Como á marchita y deseada brizna,
Quien sabe, ¡oh sol! si en sordo cataclismo
Desgranado en el fondo del abismo,
Te desharás en cósmica llovizna.

E inadvertida pasará tu ausencia
En el espacio sideral fecundo;
Por que en la inmensidad es tu presencia
La del grano de polvo. . . . y tu existencia
En el tiempo infinito, es un segundo. . . !

AGUSTÍN MANUEL DOMINGUEZ.



Mazzantini dando una estocada.—Fotografía de C. B. Waite hecha para «El Mundo.»

tio apartado; los toreros le siguen paso tras paso como un cortejo fúnebre, á cierta distancia. El público sigue con la mirada todos aquellos movimientos, cuenta sus pasos y mide el progreso de la agonía. Un profundo silencio acompaña sus últimos momentos y su muerte tiene algo de solemne y misteriosa. Hay toros indomables que no doblan la cabeza hasta el momento de dar el último suspiro; toros que echando por la boca torrentes de sangre amenazan todavía; toros que, heridos por diez estocadas y casi sin sangre en las venas, levantan aún el cuello con soberbio movimiento y hacen retroceder á sus perseguidores hasta el centro de la plaza; toros que tienen una agonía más espantosa que su primer furor, que se ensañan con los caballos muertos, sacan astillas de la barrera, pisotean con ira las capas esparcidas por la arena, saltan al callejón y dan vueltas á la plaza con la cabeza enhiesta, desafiando con la mirada á los espectadores, cayendo por último para levantarse de nuevo y morir rugiendo.

La agonía de los caballos, menos larga, es más dolorosa. Algunos salen de la brega con una pierna rota; á otros el toro les atraviesa el cuello de parte á parte; otros heridos en el pecho, mueren instantáneamente sin perder una gota de sangre; otros, ciegos de espanto echan á correr en línea recta, van á dar de cabeza contra la barrera y caen muertos; otros se agitan por largo espacio en un lago de sangre antes de morir; otros, heridos, desangrándose, perdiendo las entrañas, destrozados, galopan aún con desesperada furia, se lanzan contra el toro, caen, se levantan y luchan todavía, hasta que los sacan del circo desgarrados, pero vivos; y entonces les meten los intestinos dentro, les cosen la herida y sirve la pobre bestia para otra vez. Otros, cobardes, cuando ven que el toro se dirige á ellos, tiemblan de pies á cabeza, retroceden, se impacientan, relinchan, resistiéndose á la muerte: ¡y éstos son los que más lástima inspiran! A veces un solo toro mata cinco; á veces también en una sola corrida mueren más de veinte, y los picadores se cubren de sangre, el circo queda sembrado de entrañas humeantes, y los toros se fatigan de tanto matar.

También los toreros tienen sus momentos fatales. Los picadores, á veces, en lugar de caer bajo el caballo, caen entre el caballo y el toro, y éste entonces se precipita sobre ellos para matarlos; el público lanza un grito; pero un capeador arriesgado cubre con la capa los ojos de la bestia feroz y con riesgo de su propia vida salva la de su compañero. Con frecuencia en vez de arremeter contra la muleta, más avisado el toro, arremete contra el espada, le busca, le embiste, le persigue, le obliga á tirar el arma y ponerse en salvo, saltando la barrera, pálido y tembloroso. Alguna vez le empuja con la cabeza y le tira al suelo; el espada desaparece entonces entre una nube de polvo y la muchedumbre exclama: «¡Lo ha matado!» Pero el toro pasa; ¡el espada se ha salvado! A veces el bicho llega de improviso hasta él, lo levanta con la cabeza y lo tira por un lado. Y no es raro que el toro no deje que el hombre pueda precisar la estocada; el matador nunca lo encuentra de frente, y como, según el reglamento, solo puede herir en tal dirección y de tal manera, el torero se fatiga por mucho tiempo inútilmente, y al fatigarse se expone y corre cien veces el peligro de hacerse matar. Durante este tiempo el público alborota, silba, le insulta, hasta que el pobre hombre, desesperado, resuelve matar ó morir y dirige la estocada como puede. Entonces, ó sale con bien, y es levantado hasta las nubes, ó le falta el golpe y se ve vilipendiado, escarnecido y ha de sufrir que le tiren cáscaras de naranja, así sea el más intrépido, el más hábil, el más célebre torero de España.

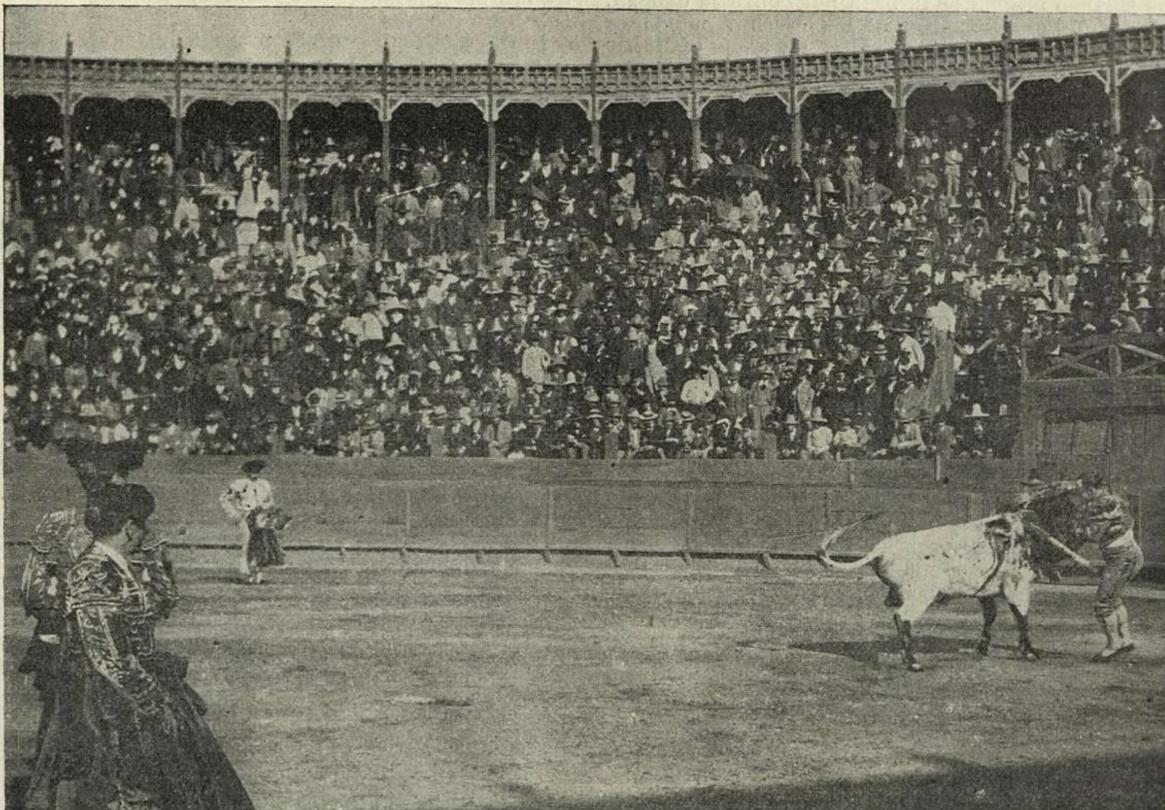
También en el público se suceden mil pequeños incidentes durante el espectáculo. De tiempo en tiempo ocurre una riña entre dos espectadores. Como la gente se halla allí muy apretada, los vecinos reciben al-

gún palo; éstos á su vez levantan el bastón y descargan garrotazo de ciego; el círculo de los golpes se extiende y pronto la riña se hace general en todo un tendido.

Algunas veces es un grupo de jóvenes alegres que se vuelven todos á la vez, gritando, «¡Ya está ahí!...» —¿Quién?—Nadie; pero todos los vecinos se levantan, los que están más lejos se suben en los bancos, las damas se asoman á los balcones, y en un abrir y cerrar de ojos toda la plaza se halla en movimiento. Entonces los bromistas se ríen sonoramente; sus vecinos, por no pasar plaza de engañados, les hacen eco, se ríen en los balcones, en los tendidos, en las gradas y diez mil personas ríen.

En resumen: es inexplicable la impresión que este espectáculo deja en el alma. Es una mezcla, una confusión de sentimientos de la cual es imposible sacar nada en claro. Hay momentos en que, dominado por el terror, uno quisiera salir de la plaza, jurando no volver á ella en los días de la vida; pero hay momentos también en que, reanimado, maravillado ebrio, uno quisiera que el espectáculo no terminara nunca. A lo mejor os parece que os vais á desmayar; pero de repente lo mismo vos que vuestros vecinos, os echáis á reír y prorrumpís en gritos y aplausos. La sangre no circula por vuestras venas, pero os exalta el maravilloso valor del hombre; el peligro os oprime el corazón, pero la victoria os causa inmensa alegría; poco á poco esa fiebre que agita á la muchedumbre se apodera de vosotros, hasta el extremo de que os desconocéis, porque sois otro, porque vosotros mismos sentís accesos de cólera, de ferocidad de entusiasmo; y os sentís fuerte y audaz, y la lucha enardece vuestra sangre y el brillo de la espada os causa temblor.

EDMUNDO DE AMICIS.



Mazzantini intentando sacar la espada.—Fotografía de C. B. Waite hecha para «El Mundo.»

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 1.

Termina un día de Diciembre. Un sol pálido que se desmenuza en luz helada entre la bruma, penetra temblando la fronda seca de los árboles. Silbidos del cierzo vienen de los barbechos abandonados y de las hojas amarillas que se obstinan en no caer. Silenciosos cuervos bajan de las alturas en vuelo rápido para ganar la desnuda selva, y la tierra sonora arroja al vacío del cielo, los últimos ecos de la labor, el retintín de las herramientas que se guardan, el paso lento de los caballos, el gemido de las ruedas, un grito de alguien que llama, un balido quejumbroso, una canción lejana y el graznido de esos pájaros oscuros que anuncian la venida de la noche.

En una colina, Puy-Maufray alza la torrecilla cuadrada de su iglesia.

En los techos elevados, en los muros descoloridos, aun se prenden algunos rayos fugitivos del astro moribundo; y las espirales de humo azulado que brotan de las chimeneas recuerdan que ya se acerca la hora de la cena. El campesino las ve con ojos alegres, aviva el paso pensando en la fuente de sopa y en las delicias de la velada y del descanso, donde habrá conversaciones gratas, dulces recuerdos, risas alegres, en tanto que se oye que mujidos amorosos vienen de la caliente oscuridad del establo. Las ventanas se iluminan y al lado del camino, la herrería con la puerta abierta, desata una ancha franja de luz roja y chispeante, entre la cual se agitan sombras pavorosas.

Hombres y bestias, caminando con paso tardo, emergen fantásticamente al pasar por allí, en una apoteosis de incendio, para hundirse á poco otra vez en las tinieblas.

A los golpes sordos sobre el hierro enrojecido, responde el repique vibrante de la bigornia.

Brazos desnudos hacen volar los martillos que caen dando forma á la masa de fuego, de donde brotan deslumbramientos de chispas. Y cuando el hierro resistente vuelve á la fragua para una nueva prueba, los demonios formados en círculo, jadeantes, oyen el gruñido del fuelle que respira con aliento de tempestad, y esperan, con las manos en el mango del martillo que vuelva el metal á presentarse á sus golpes. Este es el momento de la conversación y del brevísimo descanso. Entonces vienen á charlar, el alegre bromista, el arrendatario que vuelve de la granja, el vecino de enfrente; y cambian las noticias del día y hacen del antro del herrero de la aldea, un centro de novedades corrientes sobre todas las materias dignas de atención.

Acababa de ponerse el hierro en la fragua de Puy-Maufray: Pedro Queté, con la mano izquierda frente á los ojos y una escobita en la derecha rociaba de agua el fogón, cuando un rumor de botas ferradas en el camino, hizo que la reunión mirara para afuera.

Dos cazadores, con sus fusiles en bandolera y seguidos de sus perros, salieron de la sombra y cortaron en marcha rápida el haz de rayos luminosos.

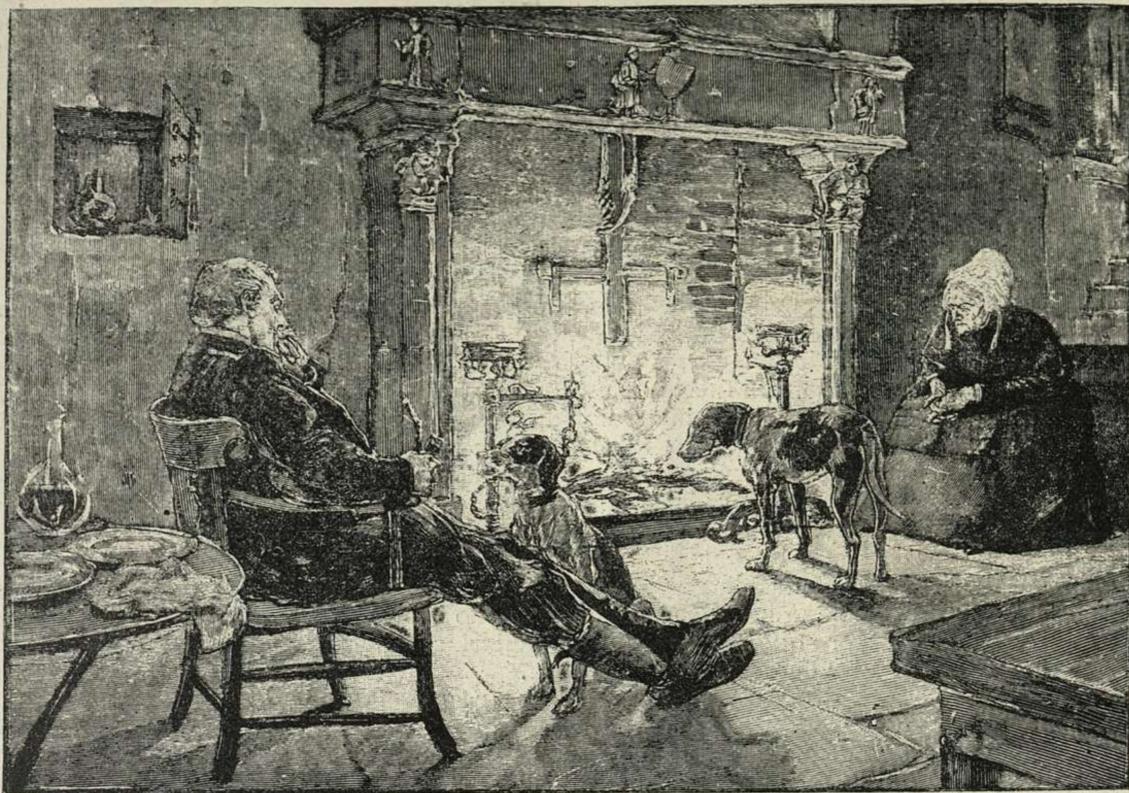
Esta aparición momentánea fué bastante para que todos conocieran á los transeúntes. Pedro con su escoba en la mano se detuvo sin decir nada. Los otros sonrieron tontamente como hacen los campesinos siempre que quieren disimular sus pensamientos, y se empezaron á fijar en los mandiles de cuero salpicados por las quemaduras de las chispas.

—El señor Enrique regresa tarde hoy, dijo alguno á media voz.

—Lo encontré al amanecer, que batía el soto de Touchus y no se quedó sin cazar su buena liebre. No siempre se tiene esa fortuna.

—Siempre fué buen tirador.

Todavía pasa en el monte días enteros.



—Pues ya tiene sus sesenta años y está tan fuerte.....

—Sin embargo, algo ha cambiado últimamente.

—¿Qué le pasa?

—No se sabe. Cada hombre lleva siempre algo dentro.

En tanto que se cambiaban estas frases, los dos hombres seguían su camino. Eran el Marqués de Puymaufray y su ayuda de cámara, todavía vigorosos los dos, marchando con paso firme y sin decir una palabra. Llegados á las últimas casas, doblaron á la derecha para internarse en las neguras de una avenida de encinas seculares. Decadida de su antiguo esplendor, la avenida no presentaba mas que enormes restos de monstruos dislocados, desgarrados, rotos por el huracán, el rayo, ó los golpes no menos impios de la edad. Pero la tierra tiene á veces para sus hijos envejecidos, inagotables fuentes de rejuvenecimiento; de las raíces carcomidas brotaban troncos jóvenes retorciéndose entre los árboles muertos y pugnando por lanzarse al espacio y á la luz. Y los troncos vecinos se alegraban también, con ese esfuerzo supremo de lo que se siente decaer.

La pendiente rápida precipitó el paso de los cazadores al llegar al valle en que á la vaga luz de la luna, se distingue la silueta del castillo.

A los cinco minutos de marcha el cielo se cubrió de pronto, pues los cazadores entraron bajo un bosque espeso. Mas allá del foso lleno en parte de piedras, aparecía la gran muralla del castillo flanqueada por dos torres abandonadas, donde parecían danzar esqueletos de árboles enanos que semejaban un ejército de gnomos azotados por el viento de la noche. Dos arcos designales "el grande y el pequeño" ostentaban sus puertas desvencijadas que empujadas por el servidor se abrieron temblorosas, acojiendo con un gemido senil la vuelta de su señor. Los perros se lanzaron dando alegres ladridos por el patio, como anunciando el regreso para activar los preparativos de la recepción.

El Marqués y su criado, siempre silenciosos, atravesaron el puente de piedra del canal y penetraron en el patio de honor todo lleno de yedra y jaramagos salvajes. A la derecha en la antigua capilla, ahora convertida en establo, se oía que balaban los carneros. A la izquierda está el corral de la aves y la huerta donde las eras de papas, el trigo, la avena y las legumbres, han sido substituidas por los abrojos.

Tras el cuadrilátero de sus fosos de agua fangosa alza el descolorido castillo, entre la niebla gris su inexpresiva fachada de tres pisos con ventanas enverjadas lúgubramente negras.

El puente levadizo cuyos postes oscilantes están desde hace dos siglos empotrados en el muro, se adhiere á la bóveda coronada de almenas que dá acceso á la fortaleza. Frente al puente levadizo,

limitando el patio interior, la alta muralla de la primer época de la construcción eleva todavía sobre montones de escombros su triple fila de aspilleras. La ruina arroja de entre las cuarteaduras, con monstruoso culebreo de raíces, un olmo gigantesco que destaca entre las paredes vetustas un gran penacho de gloria en que palpita, á cielo libre, la alegría de las canciones aladas.

A la izquierda y al lado del Castillo desierto hay construcciones de distintas épocas acomodadas para la habitación. A la derecha, un melancólico edificio cubierto de bóvedas y taladrado por dobles ventanillas en lo alto del muro, termina la union de las dos torres de defensa. Antes había allí cuarteles y prisiones; ahora graneros vacíos y gallineros.

A los ladridos de los perros habían contestado gritos agudos sobre las ramas.

Un pavo real hizo vibrar su

graznido estridente, los gallos enronquecidos cantaron, y luego el tumulto cesó de pronto, en tanto que el amo acostumbrado desde la infancia á esta salutación nocturna, aparecía en el salon principal que estaba cubierto con gruesos cortinajes de invierno.

Desembarazado de su abrigo de pieles apareció el Marqués á plena luz. Es un hombre de sólida complexión, robusto aún y cuyo rostro pálido y enflaquecido contrasta con su apariencia de decisión nerviosa y de vigor muscular. Cabellos blancos recortados coronan una de esas frentes despejadas que tanto sorprenden en las medallas de la antigüedad; ojos grises y tristes dulcifican la energía de sus rasgos fisonómicos; una sombra de tristeza le envuelve, y parece como que se resiste á dolorosas obsesiones.

Sin duda que hace treinta años era un hermoso caballero resuelto y altivo, valiente en las batallas y arrebatado en el amor. Pero ha pasado el tiempo y está solo frente á la chimenea del hogar que abandonó para la lucha por la vida y al cual vuelve ahora y no lo cambiará sino por la tumba.

—No hay cartas? preguntó con voz conmovida.

—No ha venido nada, contestó con acento apenado una anciana de cofia blanca.

Nada! El Marqués permanece pensativo mientras sus perros á quienes las egoístas voluptuosidades de la ceniza caliente no hacen olvidar sus simpatías, lo observan con atención y siguen la mirada de sus ojos grises que perdida en el vacío parece implorar de lo desconocido quién sabe qué socorro. Y sigue pensando abstraído cuando se sienta á la mesa que sin ruido arregló la anciana y pensando toma el Marqués algunos bocados, en tanto que la servidora lo contempla con amistosa ansiedad.

Luego el Marqués enciende su pipa y con el entrecejo fruncido, los ojos medio cerrados, inmóvil, se envuelve en nubes de humo perfumado.

El tiempo corre, la pipa se apaga sin que nada haya turbado el silencio de aquella melancólica soledad.

—Entonces, dijo una voz clara provista al mismo tiempo de audacia y timidez. ¿Qué pasa hoy señor Enrique?

Es que la anciana ha venido al ángulo negro que se dibuja entre el muro y la chimenea, y desde allí dirige su pregunta.

El Marqués abre los ojos y contesta como hablando consigo mismo: hoy estamos lo mismo que ayer, lo cual es bastante.

—Demasiado, señor. ¿Pero que va á ser de nosotros si pierde Ud. el valor?

—Me quejo acaso?

—Lo preferiría yo, y no que Ud. se mata sin decir ni una palabra.

—Tengo mis tristezas como todo el mundo. ¿Tú no sueles tenerlas?

—Yo no tengo mas tristezas que las de usted, que amo como no ama ninguno y que hoy adora á la muerta en una viva que es una especie de vetaleta libre á todos los vientos. Mi anciana madre que fué su nodriza de usted y que le dió su corazón con su leche, se lo dió en los días de mayor ventura: amar es abrir la puerta á los dolores, y usted le respondió: cuando llegue la hora pagaré mi deuda y sabré sufrir como estoy sabiendo gozar.

—Tienes razón. Soy un cobarde.

—Es usted desgraciado y nada mas. Lo peor es que ni yo ni nadie podemos nada contra el infortunio de usted.

Yo tengo la culpa porque no he sabido hacerme amar de esa niña. ¿Cómo hacerle comprender lo que debe siempre ocultársele? Ella me decía: padrino, si todo el mundo me ama riendo, por qué usted me regaña siempre? Y no es que yo regañara sino que trataba de hacerle comprender lo tonto de la vida que se obstina en llevar y que ya comprenderá cuando empiece á sufrir. Pero entonces yo tal vez no estaré allí para ayudarla y suspirará por mí y me amará, demasiado tarde.

—No se ha pronunciado aun la última palabra. Apesar de las apariencias, la niña es buena y tiene á quien heredárselo; su madre á los veinte años tenía un corazón amoroso y tierno. No hay que desesperar: usted prometió vivir para ella y es necesario vivir y luchar hasta que Dios considere la prueba terminada. ¿Es culpa suya si está en manos de un padre (como ella le dice) siempre listo para satisfacer sus caprichos y abismarla con sus millones que son perniciosos para él y para todos, mientras usted está lejos sepultado en este castillo que al fin nos servirá de tumba?

Puymaufroy, se levantó bruscamente.

—Basta por hoy, dijo. Todas las noches oigo el mismo inútil discurso, después de la misma batalla perdida. Estoy cansado: mañana iré á Santa Redegunda, pues hace tres días que estoy sin noticias y sobra ese tiempo para hacer tonterías irreparables. Buenas noches, Naneta; tal vez estaremos más contentos mañana.

—Usted no lo cree señor Enrique, pero la alegría vendrá si somos valientes. Ensayemos y duerma usted para estar fuerte mañana.

Y Naneta llevando dos candelabros de cobre precedió á su hermano de leche bajo la bóveda por donde sube la escalera de piedra, dirigiendo una última mirada al marques con los ojos enrojecidos á fuerza de contener las lágrimas. Luego entró sin ruido al cuarto vecino, desde donde velaba siempre el tesoro de adhesión á que estaba ligada su vida.

Cuando quedó solo aquel hombre abatido, cansado del cuerpo y del alma, se hundió en el sillón más cercano para seguir lentamente el curso de sus crueles pensamientos; evocó el fantasma de la muerte, murmuró un llamamiento de socorro en lo negro de la noche y en lo profundo del vacío y se admiró de que nadie le respondiera. Luego se dirigió al lecho que lo estaba invitando al sueño y al olvido. Allí nació, allí la muerte deseada debería venir á buscarle. Entre tanto él probó todas las alegrías de vivir; amó con el amor más grande y ahora en su decaimiento y en su soledad, brillaban aún los esplendores del pasado. En su amada encontró el ideal.

Más vale la paz de esa muerta tan llorada que los infortunios con que paga el Marqués sus dichas robadas. Y si la muerta hubiera quedado para siempre en el maravilloso pasado! Pero no, ella revivió en la niña cruel que inconscientes vengadores de faltas ignoradas alejan siempre del Marqués! Todos los días ante sus ojos un poder superior martiriza, mata con refinamiento de crueldad á la niña cuya mirada le llama y no la puede socorrer. Esa joven y hermosa criatura de quien lo apartan implacablemente la ley y el mundo es su sangre, el amor de su vida, y ve con dolor que la sociedad y los millones á que ella no tiene derecho la corrompen sin que pueda salvarla gritándole: hija mía! otro usurpa el nombre de padre realizando una venganza inconsciente.

Cien veces el pensamiento se revuelve encarnizado contra el insondable problema, y cien veces el recuerdo obstinado aviva las heridas por donde se está escapando la vida. Y agotada luego la fuerza necesaria para el sufrimiento, viene con cierta pesadez abrumadora, el precursor bendito del gran descanso de la tierra, el sueño divino, y arrulla con caricias de bienestar al dolor abatido. Sobre el lecho de figuras olímpicas que fué la alegría de su infancia y que recibirá su última mirada, Enrique de Puymaufroy duerme al fin y

se recobra de los tormentos de hoy, preparándose para los tormentos de mañana.

Entre tanto á través de los sombríos corredores y de las chimeneas de los salones desiertos, el viento feroz de las ruinas hacía resonar en prolongados sollozos, el monstruoso juego de tubos de órgano en que se habían convertido las viejas murallas.

El buho doloroso lanzaba su áspero graznido insultando á la noche: el gallo inquieto llamaba impaciente á la aurora y la tierra siniestra y sombría esperaba.

II

El Marques Enrique Lepastre de Puymaufroy, había seguido brillantemente el curso de los últimos años del segundo Imperio. Sus duelos, sus aventuras galantes, le habían hecho célebre en Longchamps, en los castillos, en los teatros, en San German y las Tullerías, que se habían mezclado con infiltraciones del oro acuñado internacional. En lo más fuerte de este carnaval de locura, tan bruscamente interrumpido por los cañones del sentimentalismo alemán, Puymaufroy estaba en todo el esplendor de sus conquistas. Entonces corrió á poner su pecho frente á los cañones con la celeridad alegre con que acudía á las citas de las damas, y se batió como un león y rehusó luego la recompensa que se le ofrecía, diciendo que su generación había hecho bastantes males para que él se pudiera vanagloriar del valor vulgar de defender á la patria.

—Convenido, soy un heroe, respondía amargamente á los que creían halagarlo hablándole de la campaña, pero soy un heroe en derrota. Condecoraciones, cintas, artículos de periódico, no me consolarán del dolor de ver á mi país despojado por delitos de estos tiempos. ¿Que vale la herida que recibí, junto á las de la patria que no se pueden cerrar!

Como por aquellos días el Marques ya estaba arruinado y se retiró á lo que le quedaba de sus tierras, sus amigos se dijeron filosóficamente: desapareció!

La vida insustancial de placeres que Puymaufroy se imputaba como delictuosa, tenía á lo menos para él, la excusa de una juventud de huérfano.

Su padre, antiguo gentil hombre de cámara de Carlos X, gran amigo del vino blanco y de las mujeres bonitas, murió de un accidente en una cacería, sin haber llegado á saber que estaba en momentos de tener un heredero. Su madre nacida de un Panetier, criatura fea y pesada, hija de un proveedor del ejército murió á los tres días del parto despues de haber dorado por algunos días el blason del Marqués y de haber asegurado la continuación de la raza. Llenado este deber de plebeya millonaria conforme á los acuerdos del mercado conyugal tomó su lugar gerárquico en la bóveda mortuoria de los Puymaufroy. Un viejo tío, de nobleza dudosa, nombrado tutor legítimo, aunque lamentaba el nacimiento del Marquésito que arruinaba sus seniles esperanzas, se instaló en el castillo para velar por el sobrino en compañía de un abad que le dió el obispado de Nantes y de Naneta primera, la nodriza, traída de sus tierras de Vertou con Naneta segunda entre los brazos.

Catorce años sin historia. El niño creció entre la nodriza y el abad amado por la una, vapulado por el otro, consolado por la hermana de leche, y sermoneado á gritos por el tutor de nariz chata, y ojos amarillos, y que estaba siempre haciéndole molinetes amenazadores con un bastón de puño de oro.

Apesar de este imponente aparato no era malo el caballero Vertprée. Solamente que la miseria unida al orgullo de la sangre lo había vuelto avaro, y por por eso le causó una gran alegría, administrar á su antojo los millones del proveedor, puestos al sol bajo la forma de bienes nacionalizados, y hasta perdonó á su sobrino su intempestivo nacimiento. Pronto se encariñó con el niño á su manera, divirtiéndole y luego concibió entre dos partidas de básiga la idea de hacer de él un verdadero gentil hombre. Sobre esto, tuvo en la mesa de juego graves conferencias con el abad.

—Señor Caballero, decía este, no hay en el mundo más que un camino; haremos de nuestro joven Marques un cristiano muy perfecto, temeroso de Dios, siervo de la Iglesia, fiel á sus deberes con aquellos que el cielo ha puesto bajo su dominio y capáz de combatir con el hierro y el fuego á esos perturbadores que amamanta en nuestros calamitosos tiempos la libertad de la herejía.

—Ud. jugará mal, replicaba, pero habla bien. Solamente que mientras Ud. cuida el alma, es ne-

cesario tener presente que á mí me corresponde velar por el honor y la altivez de una raza encargada por Dios de la defensa del altar y del trono. Usted forma el espíritu de este niño, yo su corazón. No le llene Ud. la mollera con las tonterías de la ciencia y yo me encargo de lo demás.

Estas conversaciones cien veces interrumpidas por disputas sobre las brisacas y los tantos del juego, no llevaban trazas de terminar.

No había miedo de que el abad quebrantara las recomendaciones de su buen compañero, porque todas «las porquerías de todos los sabios» como decía el caballero, le eran perfectamente desconocidas. Sabía del latín lo que un padre necesita saber, estaba por el estilo en historia y geografía con extrañas nociones sobre los tiempos mitológicos; su mayor ambición era verter este tesoro en el intelecto de su discípulo, pero Enrique era espantosamente rebelde á las enseñanzas de un martilleo cuya sola presencia bastaba para poner en derrota los vagos deseos de ciencia que á veces lo estimulaban y crecía su mayor afición al sistema de educación de su tío. Muy grave éste en su poltrona, poniéndose por lujo para el caso unas inútiles antiparras de oro, se dedicaba á precaver á su dócil alumno contra el peligro de aprender algo.

—Enrique, hijo mío; tú eres el Marqués de Puymaufroy y no hay muchos con título semejante. Todos los días aumento tus bienes que es necesario cuidar como un primer deber hacia la casa. ¿Me prometes cuidarlos?

Con una inclinación de cabeza, Enrique muy conmovido prometía.

—Está bien. Mientras tengas este castillo que algún día será restaurado, y las granjas y los bosques y los prados, no habrá necesidad de que te ocupes más que de defenderte contra los errores del siglo.

Los doce años de Enrique no se despabilaban entre las penosas revueltas de esta elocuencia; pero cuando el sermón llegaba á «los errores del siglo», él alistaba el oído sabiendo bien lo que iba á seguir. Era una larga letanía en preguntas y respuestas sobre las cosas que no se deben conocer.

—Los hombres de ahora quieren saberlo todo. Blasfeman y hacen revoluciones; son unos bandidos. Vamos, Enrique, tú amas á los bandidos?

—No, decía el chico enérgicamente.

—Muy bien, hijo mío. El Abad te ha dicho seguramente cómo tentó el demonio á nuestros primeros padres con el fruto del árbol de la ciencia. Pues, bien, el demonio sigue tentándonos con el mismo fruto. Ofréceme resistir.

Enrique hacía un gesto que significaba que resistiría.

—Así está bien: yo he resistido, y mírame. ¿Qué necesidad hay de romperse uno la cabeza con libros embusteros?

—¡Ninguna! exclamaba el Marques.

—¿De qué sirven todas esas necedades de gas, péndulos y termómetros?

—Me río de todo eso.

—¿Te interesan los buques de vapor y las locomotoras y todas esas máquinas que hacen tanto ruido y tienen tan mal olor?

—El escolar se encojía de hombros en señal del más alto desprecio.

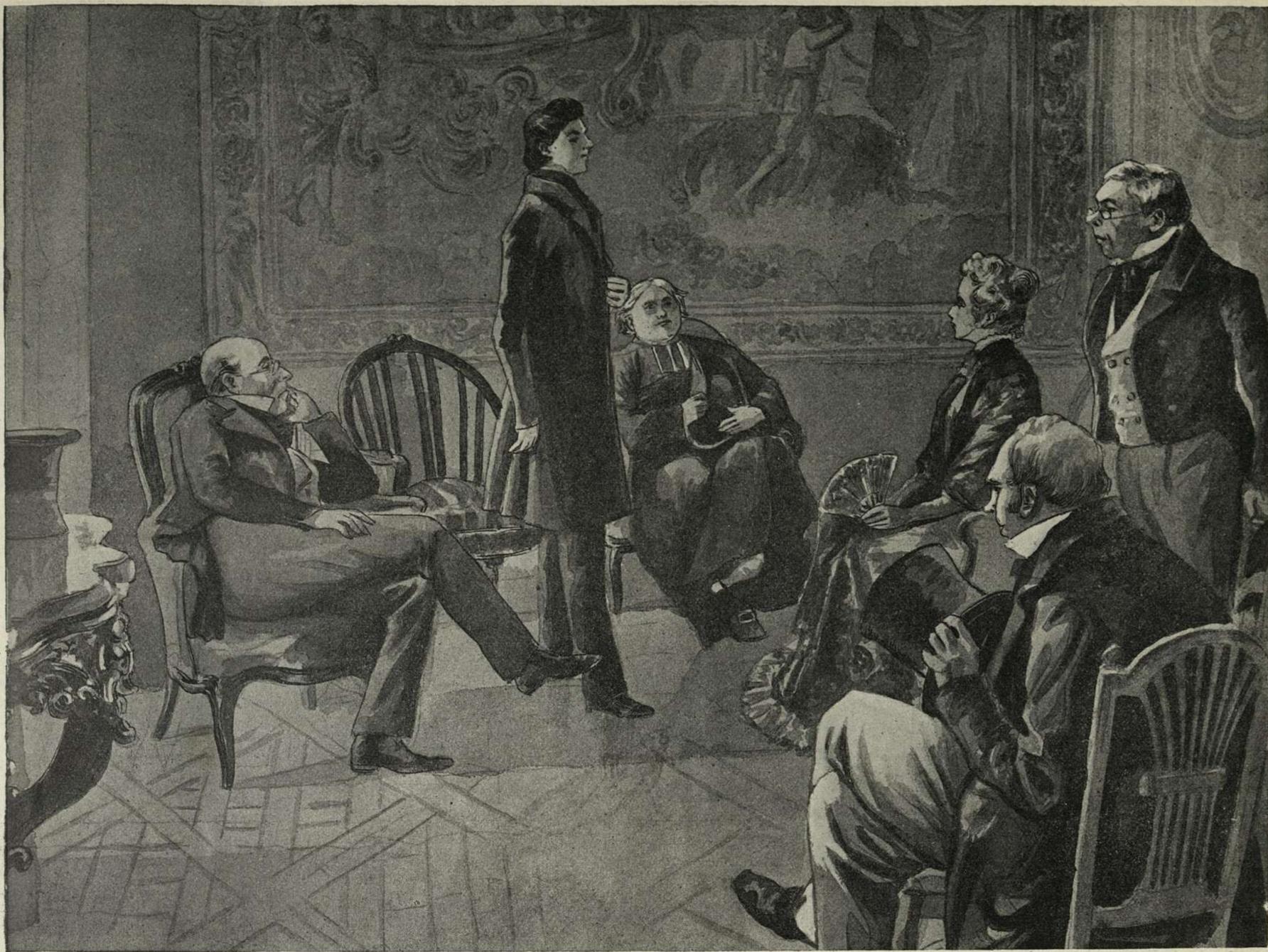
Entonces, concluía el viejo golpeando el suelo con el regatón de su caña, eres un bravo chico que sirves á Dios, amas á tu prójimo, demuestras gratitud á tu tío que te hará un gentil hombre y al Abad que acaso te enseñará geografía y otras cosas inútiles pero inocentes. Estoy contento de tí, ven á darme un abrazo.

Estas lecciones producían sus frutos. Bajo la vigilancia de la nodriza elevada al rango de aya, el niño crecía alegre é insensible á las tentaciones científicas de Satanás.

El Abad, hombre bueno en el fondo apesar del martilleo que empleaba por conciencia de su misión docente y el imponente Caballero con sus preceptos para la vida, no despertaban en Enrique sino sentimientos de una respetuosa consideración y por eso se arrojaba á los brazos de su queridísima Naneta que le acariciaba, le mimaba, le adoraba y era para él todo un mundo de benevolencia y de amor.

Las bretonas son sentimentales, de corazón obstinado, de voluntad serena, y un instinto de su naturaleza las impulsa á la adhesión incondicional. La historia de esta, se concentraba en una palabra: amor.

Amaba á su niño con la pasión perfecta de las almas que se entregan sin correspondencia, con la



alegría de colaborar sin esperanzas de recompensa al bien de quién sabe que Puymafray del porvenir cuyos gestos seran el orgullo de la historia. A esta obra meritoria, asociaba á su hija á quien amaba con igual ternura, subordinándola y amoldándola á sus honrados propósitos. Y fuerte con este deber de alta maternidad que se había impuesto libremente, con el desinterés más absoluto, la humilde mujer hacía dominar sus decisiones sin ruido, por la energía tranquila del sentimiento.

El caballero no gustaba de disputar con ella y el Abad le rendía las armas estupefacto de oírla hablar autoritativamente sobre los designios de Dios. Y eran un gran recurso para el huérfano esos brazos siempre tendidos, ese corazón siempre abierto. Con su hermana Naneta, protectora, confidente y auxiliar en toda aventura, el niño riente y dulce se dejaba llevar á los lazos de seda de esa ternura infinita y entregaba su debilidad infantil á esa fuerza ingénuo cuyo encanto siempre presente lo envolvía, lo reconfortaba con inconsistentes esperanzas para el porvenir.

El Campesino y el niño se parecen: las mismas tendencias para sentir, para conocer y para querer, mal desoralladas, rebeldes á los esfuerzos laboriosos del espíritu, ardientes hasta lo maravilloso y que aparecen en su sencillez ansiosas del socorro de una voluntad que se les imponga. Enrique oyendo con la boca abierta los prodigiosos relatos de los cuentos de Perrault, los milagros del Evangelio y las aventuras del pequeño Victor, le parecía ligarse con los protagonistas en una armoniosa unidad. Y se iniciaba en las labores del campo, cavaba, plantaba, sembraba, rastrillaba en su jardín privado, trataba bien á los animales hablaba á los bueyes que regresan de la labor echando humo por las narices, se holgaba con las pacas de heno, con las gavillas amontonadas, se encariñaba con la tierra que alegra y que proporciona los alimentos y se hacía rústico de alma y de cuerpo, aumentando cada día su piedad hacia los seres—hombres ó bestias—á quienes veía sufrir.

El carpintero escarbando la madera para hacer

zuecos, el carrocerero fabricando sus ruedas de olmo, el herrero haciendo pasar su voluntad del martillo, al fierro le parecían obreros divinos, dueños de los secretos de la tierra.

El Caballero le veía y le oía contento de que fuera conociendo el mundo sin necesidad de libros, el Abad le hacía tocar con el dedo la bondad de Dios que se manifiesta hasta en los dolores que son nuestras pruebas, y el universo le parecía encantador.

¡Breve ventura de la infancia!

Tantas dichas no podían prolongarse. Enrique tenía catorce años cuando el Abad procedió á convencer al caballero de Vertprée (cuya avanzada edad había motivado la debilitación de sus energías) de que tres ó cuatro años en el Colegio de Jesuitas de Poitiers forman el indispensable complemento de la educación de un gentil-hombre.

La separación fué cruel. Naneta grande y Naneta chica y Enrique para quien hasta entonces el mundo terminaba en la aldea cercana, lloraron á mares. Se computaron escrupulosamente las épocas de vacaciones, se consolaron como pudieron con protestas y ofrecimientos, y un día, el enorme coche salió gimiendo á tropezar y balancearse sobre los guijarros del camino.

A pesar de las seducciones de un lenguaje acaramelado, los buenos padres encontraron el alma del joven Enrique silenciosamente cerrada. En lo más profundo de esa alma, Naneta había depositado un tesoro del cual solo ella tenía la llave. Con todo su celo, los maestros se fueron desilusionando de un alumno que no estaba obligado á presentar exámenes, y esta circunstancia feliz permitió á Enrique mariposear al acaso en el mundo nuevo de los libros. Preguntaba, aprendía y se formó así por su propio esfuerzo una mediana cultura de conocimientos incoherentes. Acababa de cumplir diez y ocho años, cuando su tío súbitamente murió. Al día siguiente de los funerales se celebró un Consejo de familia en el gran salón del Castillo, bajo las tapicerías mitológicas donde divinidades jóvenes sonreían con respetuosas actitudes, á los venerables pelucones que ha-

bían descendido de sus cuadros, para deliberar sobre la suerte del último retoño de los Puymafray. La deliberación se compuso de un monólogo. Una viejecita vestida de verde y agitando con autoridad sus manos largas huesudas y enguantadas, dijo:

—Enrique, hijo mío, nos hemos reunido para cumplir nuestro deber hacia la noble casa de los Puymafray. Ha llegado la hora de tomar una resolución grave. Tu raza (ahora es tiempo de que lo sepas) ha tenido sus grandezas y sus miserias. Después del gran día en que uno de tus abuelos salvó la vida al Rey Felipe Augusto, según tradición verbal que te transmito, todos tus antecesores han sido soldados. Los Puymafray sirviendo á su Rey han hecho (ayudados por otros, lo concedo), han hecho la Francia!

¿Por qué, pues, uno de ellos parece degenerar de tan altos destinos? ¿Cómo en estos tiempos de vergüenza y de error un Puymafray llega hasta á desoir la voz del honor y deja en su nombre una mancha que si la tuviera el mío, sería borrada con mi sangre. Yo no puedo dar mi sangre, Enrique, pero tu puedes dar ó á lo menos exponer la tuya. Heredero de los Puymafray te corresponde rescatar, si es posible el error de uno de ellos.

Enrique impresionado por tan solemne aparato, sorprendido por la revelación inesperada de que estaba manchado su nombre, oía sin comprender, tratando de adivinar en su angustia de qué crimen se le hacía responsable. La palabra rescate fué de pronto una iluminación. Muchas veces había oído al abad disertar con su tío respecto al origen de la fortuna de los Panetier. Fue muy rápidamente ganada, decía el padre. ¡Dios sabe cómo!

Y aunque se ganara legítimamente, de todos modos es pecaminosa puesto que se adquirió al servicio del usurpador.

No es esto todo. A las tierras de Puymafray se han añadido bienes nacionalizados que en rigor son de la Iglesia. ¿No es horroroso pensar en esto? Es necesario ofrecer un rescate pródigo por medio de donaciones piadosas. La Iglesia tiene sus misericordias. . . .

(Continuará)

Prólogo.

Aquel domingo, por la mañana,
La cuna vino del almacén,
Y el colchoncito de blanca lana
Para la cuna, llegó también.

Junto del lecho de los esposos
El tibio nido se colocó,
Y con encajes voluptuosos
La colgadura se le formó.

¡Qué buen domingo! ¡qué hermoso día!
A punto estaba de oscurecer,
Y alegre Clara, se divertía
Los cortinajes en componer.

Aquí las colchas, recién sacadas,
Blancas y tibias, de su baúl,
Y encima puestas dos almohadas
Transparentando su fondo azul.

Sobre la cuna, la cruz bendita
Con una palma pequeña al pié.
Y al otro lado, la virgencita
Que para el niño guardada fué.

Vino la noche, la casta cuna,
Ya concluida, puesta quedó;
Y un apacible rayo de luna
Entre sus ropas se acurrucó.

Abriendo Clara su costurero,
En la mesilla puso el quinqué,
Mientras, fumando rico veguero,
Alegre, Carlos tomaba el te.

Junto á la mesa, Clara cosía,
Y el buen esposo fuera de sí,
La suelta cuna lento mecía,
De gozo lleno, diciendo así:

—Verás, mi alma no se equivoca,
Yo te lo digo, será mujer.....
Tendrá tus ojos, tendrá tu boca,
Cual la del sueño que tuve ayer.

Los ojos negros, grandes, rasgados;
Castaño el pelo también tendrá,
Y de sus labios, tan encarnados,
La misma fresa se encelará.

Cuando nos venga, luego, muy luego,
Cuando la mande nuestro buen Dios,
Como hace frío, junto del fuego
La velaremos siempre los dos.

Verás, mi vida, como sonrío
Por las mañanas al despertar;
Verás, mi cielo cómo se engríe
Y con los ojos nos quiere hablar.

Irá creciendo; la llevaremos
Los dos del brazo por el jardín,
Y vueltos niños, retozaremos
Hasta que Vesper salga por fin.

Será muy bella..... ¡Si ya la veo
Causando siempre la admiración,
Siendo de todos vivo deseo,
Y sólo nuestro su corazón!

He de ponerla tu mismo nombre.....
—No—dice Clara—¡qué loco estás!
¡Si lo presiento! ¡Si será hombre!
¡Rubio, gallardo, ya lo verás!

A esta alcoba le falta abrigo,
Ya los balcones mandé ajustar,
Que por la puerta, por el postigo
Un soplo de aire se puede entrar.

Será tan débil..... ¡El pobrecito
Irá cobrando fuerzas después;
Pero cubriendo su cuerpecito
Calentaremos sus blancos pies.

Y su cabello rubio, rizado,
Yo con mis manos alisaré,
Y entre mis brazos apisionado
Sin que me entienda le charlaré.

Verás al verlo cómo reímos:
Por las alfombras gateando irá
Y cuando advierta que le seguimos,
Verás si sabe decir *papá!*

Cuando se acueste, como una loca
Un beso largo daré en su sién,
Dos en el cuello, tres en la boca
Cinco en los ojos, diez..... hasta cien.

Como cristiano, desde pequeño
Sus oraciones sabrá rezar:
¡Ver me parece con cuánto empeño
Su media lengua quiere ensayar!

Y así diciendo Clara soñaba
Tan á lo vivo su porvenir,
Que de alborozo llena, cantaba
Como si el niño fuese á dormir.

Luego siguiendo con ansia rara,
Ambos hablaban como en tropel;
—¡Tus mismos ojos!—¡Tu misma cara!
¡Si será ella!—¡Si será él!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.



LA MANANA.

(Véase el artículo «Nuestros Grabados.»)



LA MODA

TOMO I.

MEXICO, DOMINGO 2 DE ENERO DE 1898

NUMERO 1.



Sombrero Carlix.

CRONICA DE LA MODA.

El eco de la última pandereta fué á morir entre las molduras del artesanado; la flor última, que yacía muerta en la alfombra, fué barrida por la escoba de la sirvienta y arrojada después al arroyo, donde, pisoteada por los frisones del landó, oprimida por el caucho del biciclo, profanada por el pie del transeunte, fué perdiendo pétalo tras pétalo, estambre tras estambre, hasta que trituraron su tallo, aquel tallo, gala del verde, envidia de la esmeralda que se enredó á la blonda de un corpiño y participó del calor leve de un seno.

Y el año nuevo llegó lleno de promesas, con la fantasmagoría perpetua que le forma séquito ideal.

Los hombres, cuando el primer rayo pálido del sol de Enero ha teñido de oro su frente, pretendiendo sondear el arcano del futuro, se preguntan si en las sombras de mañana habrá relámpagos de luz.

Las mujeres despiden con pena ese mes de Diciembre que fué tan pródigo en fiestas y repasan en la memoria las fiestas que vendrán.



Figura 1.

Y unos y otras, engañados por esa división convencional del tiempo, que les sugiere la idea de una etapa del todo nueva en la vida, cuando no es más que la continuación de la anterior, se prometen el cambio de destino sin pensar como el poeta que

*Ay! el cambiar de destino
solo es cambiar de dolor!*

Las mujeres empero, no juzgan al año nuevo como una etapa diferente, sino como una colección de periodos, relacionados, no ya con cambios de suerte, no ya con mejoramiento de destino tan solo, sino primaria y principalmente con variación de modas.

Un abrigo, un género, la forma de un sombrero, limitan y separan para ellas las estaciones y los meses.

Enero es frío, demasiado frío, y hay que pensar en la forma del abrigo. El terciopelo y el boa son los símbolos de este mes.

Febrero, tiene vientos helados que barren el polvo de las calles y lo arrojan á los rostros. Debemos preocuparnos de los velos, más nutridos y mejor ajustados para que las rosas de la tez, más delicadas, ay! á ve-



Figura 2.

ces que los pétalos de aquella flor abandonada de que hablábamos al principio, no se marchiten.

Marzo tiene ya hálitos tibios; empieza la profusión de los pétalos, se multiplican los nidos que se empollarán en Mayo. Los árboles echan renuevos; en Abril estrenarán vestido. Trajes de media estación, sedas leves; la paja empieza á sustituir al fieltro, los guantes claros á los oscuros.....los velos espacian sus mallas, y los corpiños se ajustan menos á los bustos.

Abril y Mayo... Primavera. Hay rondas de brisas y conciertos de nidos; ya los árboles van á estrenar ropa. Muselinas serias para el templo donde la Virgen sonríe á los niños que riegan perfumes y desgranar flores ante su altar, muselinas claras para el paseo..... Sombreros leves de formas caprichosas y muchas flores naturales en el corpiño.....

Junio, Julio, Agosto y Septiembre.....calor.

El sol chorrea fuego calcinante. Los árboles apenas mueven sus hojas. La aristocracia emigra. Las villas de Coyoacan, Mixcoac, San Angel y Tacubaya, abren en toda su amplitud sus rejas de hierro. Los jardineros no



Figura 3.

se dan punto de reposo para ordenar aquella flora loca que revienta en todos los macizos; el agua límpida canta en los pilones de mármol y regada de pétalos espejea en el baño; llegan del campo rudos perfumes.....Muselinas leves, siempre floradas, encajes diáfanos en el corpiño, sombreros amplios cuya forma no tiene más adorno que cintas y flores, luengos trajes de amazonas, para campear en alas del caballo férvido por la llanada; coquetas ropas de baño cuajadas de blondas y lazos rosados ó azul pálido; rebozos de seda á grandes rayas, que se cruzan sobre el pecho como las cintas del uniforme de un dragón y luego se enredan al talle gracil, llenos de matices.



Figura 4.

Meriendas al amparo secular de los árboles; soirées intimas en que el piano y el violin desgranar sus notas....

Y un caballero que asoma entre los árboles, ginete en brioso alazán y se pierde rápido en el llano..... Es el ensueño.

Octubre, el cielo se pone azul, de un azul profundo, límpido y tranquilo, de un azul *enfoncé* como dicen los franceses. La naturaleza tiene la augusta me-



Figura 5.

lancolia de una madre que acaba de alumbrar, según la hermosa expresión de d'Annunzio, *muertas caen las hojas de las ramas, y yacentes sobre los surcos, semejan un enjambre de mariposas muertas*

Se impone el traje de media estación; se impone el calor del nido del bulevar; hay que tornar á la metrópoli que se anima singularmente, quedan en el fondo del ropero los arreos del campo. El gros y el satin sustituyen á la muselina; el fieltro á la paja; el abullonado de raso al ramo de flores.

Noviembre y Diciembre..... Los lutos primero; las fantasías después. Las coronas muestran todas sus pompas de porcelana, de terciopelo y de seda en los aparadores. Hay que pensar en los muertos. Ellos ya no tendrán mas variación que el renacimiento de las primaveras á que suceden las blancuras y las desolaciones de los inviernos.....

Después, Navidad con todos sus atavios, con toda la fantasía de sus abrigos, esos abrigos que se aman



Figura 6.

tanto no solo porque calientan sino porque son tan bellos.....

He aquí pues el año de la mujer.

Ella no se pregunta, cuantas prosperidades traerá el nuevo año? Unicamente interroga: Qué variaciones traerá la moda?

—Muchas amiga mia, ya lo vereis.

Por lo pronto el invierno ha decepcionado y no poco á nuestras elegantes que habiendo hecho ya *inmente* la elección entre los trajes que la moda les proponía graciosamente, hanse encontrado con que el frío ese poético huésped lleno de melancólicas gracias, no llegaba ó cuando menos se mostraba con benignidades tales que más bien parecía una primavera disfrazada.

Esto no está bien, ¡oh buen viejo Invierno! Las estaciones deben ser tal cual han sido siempre; de otra suerte muchos géneros, muchas pieles, muchos som-



Figura 7.

breros, ideados ó preparados por manos blancas y aristócratas, se exponen á permanecer en el rincón perfumado del ropero de caoba, ó en el más perfumado aún de la imaginación de una dama elegante.

Tal ha sucedido ahora en muchos casos. Hay gruesas sedas ya cortadas, al lado de gentiles y blandas aplicaciones de pieles, en sus cajas de cartón, esperando que al buen viejo Invierno se le ocurra barrer la atmósfera con su soplo helado, y desencadenar los cierzos agudos y cortantes.

Acaso *papá Enero* haga cumplida justicia á vuestros deseos, señoras mías, acaso sea más galante que ese Diciembre rabo verde, que por enamorar algunas flores que el Otoño no se atrevió á matar, se ros ha disfrazado de Tenorio, ha entibiado sus hálitos, se vistió de sol, tiñó el cielo de un azul digno de Abril, y cátales de Don Juan, besando corolas é impidiendo con solicitudes femeninas, dignas de la señorita Primavera, que las flores se mueran de tisis, que los verdes palidezcan, que las savias se paralicen y los cielos velen su cristal con leves brumas.



Traje parisiense de recepción, de terciopelo con bordados y aplicación de pieles.

Papá Enero. es preciso que tú quites á muchos ánimos la mala impresión que ese tío siempre asmático y hoy remilgado y galanteador que se llama Diciembre ha hecho nacer.

Mas como pudiera suceder ^{**} que las cosas cambiaran, que esta engañosa primavera nos volviese la espalda,

que este solapado invierno se resolviese por fin á mostrarse tal cual ha sido siempre, cosa que va presintiéndose si atendemos á las últimas noches pensemos amigas mías en el mañana con elegante cautela.

Desde luego se impone la preocupación de las salidas de baile. Enero suele ser bullicioso y anuncianse tales ó cuales matrimonios, tales y cuales fiestas

que pondrán en actividad la imaginación femenil. Que aconseja el buen tono respecto de las salidas de baile, que ha aconsejado siempre mejor dicho?

Como las toilettes de interior, estas prendas piden los colores más claros, las formas más fantaseadas y más elegantes.

Por ejemplo:

Una pelisse de paño azul celeste, con guarniciones de plumas del mismo tono. Adornos de pasamanería seda y oro. Puede reemplazarse la guarnición de plumas, un poco costosas, por mongolia.

Visita de peluche verde-agua, guarnecida de encajes blancos ó de piel de zorro argentada, según que se quiera algo barato ó algo costoso.

Un gran collet de terciopelo coral, bordado de zibeline, de grandes aplicaciones de bordado de oro; pero esos bordados costosos pueden reemplazarse por galones colocados de arriba abajo, siguiendo los pliegues y formando abanico.

Salida de ópera. Una gran muceta detenida en el talle, de velutina blanca bordada de Chinchilla. Un manteau de abate de guipure veneciano, se une al cuello de chinchilla, y vuelve por delante con el brillante ornato de una pasamanería de perlas.

Sin contradicción, lo que hay más cómodo es la muceta que roza menos las toilets.

Todos los colores son adoptados, así como todas las telas elegantes, terciopelo, peluche, satín, drap y todos los adornos *flou* (graciosos y ligeros): pieles, encajes, plumas.

Hay algunos encantadores y tan frágiles que solo con guardarlos en unión de los trajes se descomponen y marchitan; he aquí por qué es inútil gastar en estas salidas de baile y de teatro grandes cantidades. Empero tales prendas deben ser siempre elegantes como todo lo que se refiere, oh amigas mías, á vuestra graciosa persona.

Con unos cuarenta pesos y con la ayuda de vuestra costurera ó de una obrera á jornal, podréis obtener una salida de baile ó de teatro, muy coqueta. El forro debe ser siempre de seda suave, surah ligero, ó marceline. Así, cinco metros de género á unos tres pesos metro lo que hace quince pesos, otro tanto de forro á siete reales ó un peso metro lo que hace cinco pesos y lo

Imaginaos si no sería bello un paseo en carruaje, después de la cena por la Avenida Juárez y la Reforma, profusamente iluminadas y qué fantástico aspecto tendrían los sombreros, los abrigos, los trajes, cómo brillarían los ojos, cómo florecerían las sonrisas á la luz pálida de los focos.

Si la nueva empresa de la luz eléctrica iluminase cuando menos mejor que la actual nuestro paseo!

**

La muerte de la linda señorita Paz Algara y Terremos ha llevado el luto—siquiera sea mitigado—á nuestros hogares elegantes.



Cuepo para vestido de paseo.

Con que también los reyes mueren! decía en una de sus más formidables oraciones fúnebres el gran Bossuet.

Con que no basta,—diríamos nosotros.—ser bella.—Abrirse apenas á las albas de la vida, ser rica, ser buena y ser feliz para desarmar á la muerte?

Conque es preciso á veces

... partir en pleno día,
cuando el sol resplandece en su jornada,
cuando todo en el pecho ama y confía,
y la vida, Julieta enamorada,
nos dice: No te vayas todavía?



Talle de un vestido de fantasía.

demás para el adorno, os es suficiente. Podeis, es cierto dar á una prenda así triple ó cuádruplo precio. Esto depende de la hermosura del terciopelo ó del peluche, de la longitud de la salida, (hoy la moda las pide luen gas), y sobre todo de la riqueza de la guarnición.

**

La Reforma está en su apogeo, á pesar de que la Obreira Mayor siempre tarda en sus tareas, para aplanar una gran zona de la calzada tendió unos morillos que impedian el libre tránsito de los carruajes salvo en una línea demasiado angosta. Esto por lo demás ha contribuido á la belleza del paseo, pues los carruajes encauzados por una zona más angosta, formaban dos filas inmensas y nutridísimas que á la luz de los focos que se encendían luchando con las llamaradas del crepúsculo, y con el fondo bellamente decorativo de los palacios de la banda derecha del paseo, bien iluminados, daban á éste un aspecto del todo parisiense.

Y á propósito de alumbrado, viene aquí á cuento recordar un proyecto que es lamentable no se haya realizado. Tratábase de que las grandes casas de comercio de nuestra principal avenida, dejasen encendidos y abiertos sus aparadores cuando menos hasta las diez de la noche. Si á esto se agregase un buen alumbrado en la Reforma, se lograría acaso prolongar el paseo hasta hora más avanzada y aunque muchas familias, en las bellas noches de primavera paseasen por la calzada. De esta suerte nuestra aiteria principal ganaría inmensamente en animación y no presenciáramos ese espectáculo de soledad que desde que cae la noche se advierte en nuestra metrópoli.

México, que en el día tiene visos de población europea, por la noche se convierte en un poblachón triste y silencioso. Un resto de vida se concentra en las tandas y en tal ó cual café, mas solo sirve para hacer más notable el general silencio.



Traje corte de sastré

Menandro afirmaba que los amados de los dioses mueren jóvenes! Más ay, esto no puede consolar á los corazones huérfanos. Ciertamente es que la tumba que disuelve y transforma, también inmortaliza y que la vida que se extinguió en primavera sigue, en nuestra mente siendo joven, perennemente joven, como nos imaginamos á Hero y Leandro, á Amelia y á la pen-

sativa María; pero por esto mismo queda en el espíritu la dolorida impresión de una aurora rota, de una flor helada en botón y repetimos con un poeta:

*Cuanta melancolía
causa ver seca ya la flor tan blanca!
la vida de las flores dura un día
pero más triste llanto nos arranca
ver marchito el botón que aun no se abría.*

**

En París hanse registrado dos notas de sensación. la muerte de un dentista americano y la aparición de un sombrero revolucionario.

Un dentista americano? dirás amiga mía, haciendo un delicioso mohín despreciativo.

Si, señora. pero un dentista de reyes y de reinas: Mr. Evans, que ayudó nada menos que á la fuga de la Emperatriz Eugenia cuando el trono de Napoleon III se derrocaba y soplaban vientos de horror para Francia.

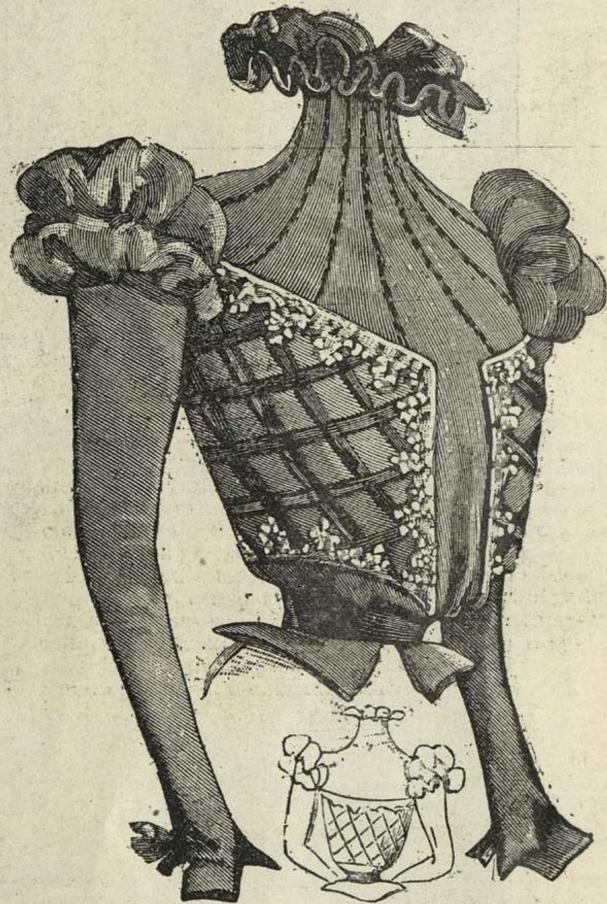
Y con este propósito ha surgido una vez más en las conversaciones parisienses la delicada figura de esa bella condesa española que, reina por la hermosura, supo cautivar el corazón de un Emperador y sentarse sobre uno de los tronos mas poderosos del mundo.

Eugenia es bella aun, su rostro de medalla encuadrado por dos *bandeaux* de cabellos blancos, no se marchita. Sus ojos tienen la misma dulzura imperiosa que sometía corazones.

Cuéntase que una vez en una recepción de las Tullerías, á raíz de ciertos conceptos injuriosos para Eugenia vertidos en un folleto que hizo ruido, por el socialista Rochefort, la Emperatriz exclamó:

—En mi país se estilaba que los caballeros salgan á la defensa de las damas ultrajadas. Qué, no habrá en Francia un hombre que sepa defender á su soberana?

—Estoy á vuestras órdenes señora, dijo una voz vi-



Traje de visita

ril; la del periodista Paul de Casagnac, que desafió á Rochefort.

El duelo efectuóse en condiciones tremendas, pero Rochefort se salvó de la certera bala de Casagnac, merced á una medalla que su mujer le había prendido sin su consentimiento, en el forro del chaleco, sobre el corazón.....

**

En cuanto al sombrero es un sombrero ideal, nada menos que un tricorno coquetísimo, un sombrero napoleónico que ha recibido el nombre de toca *Emperador* y que fijado en la medianía de la cabeza, dejando escapar hacia la frente y hacia la nuca el caudal de los rizos, produce el efecto más gentil que pueda imaginarse. Se hace de seda acordonada gruesa, y se unen sus dos porciones perfectamente iguales, con terciopelo ó seda más delgada; exactamente como las de una mitra. Lleva armazón de cartón grueso y en la especie de diadema en que termina, ábrese un penacho de pluma de pavo rizada. En la parte anterior, sobre la seda que es negra, lleva una guía de perlas.

Naturalmente los ejemplares se multiplican y hay quien los lleve de colores oscuros.

Es esta una de las prendas más bellas que se hayan visto y está llamada á una boga prodigiosa.

**

Y las corridas de Mazzantini continúan concurridísimas. En la última los palcos estaban llenos y vimos á numerosas familias conocidas.

He aquí algunos nombres: Sra. Romero Rubio de Díaz, familia de la Torre, familia Redo, familias Zaldivar, Landa, Jiménez, Llamado, Gutiérrez, Peralta, Night, Chaussal, Barron, Braniff y Mercado.

Y ahora, amigas mías, hasta luego.

ROXANA.



Traje de paseo.

DIFERENTES PEINADOS

La moda en cuestión de peinados tiene á veces tales caprichos que no todos son aceptables, á trueque de funestas consecuencias. Las damas de la corte sin pensar en *más tarde* pintan sus cabellos tornándolos rubios ó negros según su capricho, sin reflexionar que la sabia naturaleza organiza con tal regularidad sus obras, que pone en armonía íntima el color del cabello con la expresión del semblante y sobre todo con el de los ojos; y cuando suele descuidarse lo hace con tanta gracia, que en vez de enmendarla se debe agradecer por ser una distinción en favor de aquella rubia de ojos negros ó viceversa. Así se ve constantemente la *nieve de estío* aparecer sobre cabezas jóvenes á causa de los líquidos empleados para mejorar sus cabelleras, cuando con muy poco trabajo podrán dar á su rostro el mayor atractivo, estudiando únicamente el peinado que, como antes dije, armonice con su semblante y expresión particular. Para esto damos hoy diversos modelos, todos salidos de la mejor peluquería y adoptados indistintamente por las más elegantes señoras.

Número 1. He aquí un peinado sencillo, pero que por su misma sencillez se aduna á todos los rostros. En lo alto de la frente un puf de menudos rizos, el resto del pelo ligeramente ondulado y recogido en torsales que recibe una peineta de jaspe.

Para una niña á quien aún no se le riza el cabello naturalmente puede dividirse por detrás en cinco gajos que se atarán desde la mañana envolviéndolos en una cinta; y la parte de cabellos que circunda la frente ondúlase con el fierro en tres ó cua-

tro aguas rizando sus puntas para reunirlo con el de atrás, como lo indica el número 2.

Las lindas morenitas pueden también hacerse dos rayas á los lados de la frente, llevando hacia atrás el pelo ondulado para atarlo sobre la cabeza con un listón y dejarlo caer con el resto del cabello en grandes bucles, como los que ostenta nuestra figura número 3.

El número 4, de aire más aristocrático, es también sumamente sencillo pues ha cortado menos pelo para rizarlo sobre la frente y, aunque ondulado el resto de la cabellera, está toda en lo alto de la cabeza con un moño del que salen tres torsales, quedando un poco fuera de la peineta de carey con que se adorna.

El número 5 no se adaptará á todas las fisonomías pero hará más lindas á algunas

Este lleva un puf de rizos sobre la frente y algunos leves rizitos amparan el cuello; el resto del cabello ondulado en aguas muy leves, se reúne sobre la cabeza en amplios torsales: completando el tocado una bellísima peineta de carey obscuro ó rubio, enriquecida con diamantes y acompañada de un *aigrette* de pluma.

El número 6 es un peinado tan sencillo cuanto gracioso, y tiene la ventaja de favorecer á la que menos tenga que agradecer de la naturaleza. Este consiste en rizar el pelo en pequeños bucles sobre la frente, ondulando el resto, que se lleva en bandas flojas sobre el vértice de la cabeza, donde se reúne el pelo de la parte posterior ondulante y flojo, sujetándolo todo con una cinta que se oculta bajo grandes bucles.

Número 7. Este es un peinado exclusivo para las morenas, llevándolo sencillamente en el día y adornándolo para la noche con una hermosa peineta española. La raya está á la izquierda y los cabellos ondulantes, llevados por un soplo á la derecha. El moño se divide en tres cocas que terminan por rizos y en medio de la frente un bulecito de mágico efecto.

No hay más que elegir entre estos numerosos modelos el género que mejor convenga á las líneas y aire del rostro. Esta es cuestión de gusto que dejo á la elección de mis bellas lectoras.



Traje para niña de 10 á 11 años.



Traje de calle, número 1.

Traje de calle, número 2.

TRAJE. CORTE DE SASTRE

La tela de este vestido es paño arrasado color beige claro. Su forma es blusa, espalda sin costura, amplia y sujeta por un cinturón de terciopelo marrón. Una costura bajo el brazo. Delante igualmente blusa, ésta cortada en solapas opuestas que se cruzan sujetándolas con un botón punzante. Chorrera de encaje saliendo del cuello, que es derecho, con forro de terciopelo. Basca pendiente del cinturón. Mangas con ligero bullón, y volante de encaje que cae sobre la manga.

TRAJE DE VISITA

Este modelo que ofrecemos á nuestras lectoras, ha sido de general agrado y el cuerpo está hecho de terciopelo beige cuerpo blusa sobre un forro ajustado: espalda lisa ligeramente amplia, y recogida con un cinturón de terciopelo negro; delantero algo suelto liso. La parte superior del talle está adornada por cordoncitos de abalorio simulando piezas hasta el cuello que es de terciopelo plegado.

Corselete de terciopelo rojo enteramente velado por cintas de terciopelo negro dispuestas en rombos. Un bordado crema circunda este corselete. Pequeña barca lisa sigue al cinturón. Manga lisa con dos bullones en lo alto y su borde inferior cortado.

TRAJE DE PASEO

Este es un traje de gran mérito aceptado por las mejores damas de Europa. Consiste en una enagua de paño tórtola adornada con una gran franja de terciopelo del Norte negro, cuyas costuras se ocultan bajo unas tiras de piel de chinchilla. El cuerpo blusa ligeramente holgado es también de terciopelo, cubierta en lo alto del talle y mangas con un bordado de paño perforado. La abrochadura se inclina algo á la izquierda y la vuelta está cubierta con piel de chinchilla. Cuello Médicis forrado de piel. La basca también va orlada de piel, cinturón con tres hebillas.

TRAJE PARA NIÑA DE 10

Á 11 AÑOS.

Este trajecito es de sarga de Escocia; azul y verde, con un cuello de terciopelo verde oscuro con trençilla negra vueltas de raso del mismo color.



Vestido de seda, negro, guarnecido de castor.

DESCRIPCION DE NUESTROS GRABADOS.

SOMBRERO CARLIX.

He aquí na de las más graciosas novedades de la actual temporada en cuestión de sombreros—Es un fieltro blanco de forma redonda, tan sencillo como gentil. Una cinta de seda acordonada, negra cubre todo lo alto de la forma que está cortada por una superficie plana y á la izquierda arranca un airon formado de gigantesca pluma negra, que cae sobre el mismo lado de la falda. Un penacho de follaje mate ó de pluma lisa, surge más hacia adelante coronando de una manera encantadora la forma.

TRAJE DE RECEPCIÓN

El modelo que hoy ofrecemos á nuestras lectoras estan bello, tan rico, tan enteramente nuevo, parece á propósito para realzar los encantos de una joven erguida y que sabe conquistar los corazones. Este traje es especialísimo; de terciopelo negro con aplicaciones de finos y muy elegantes bordados á la Richelieu y colocados según nuestro grabado.

La enagua muy estrecha en las caderas, pero bastante ancha en su base; está circundada por un ancho bordado y en su borde una tira de piel. Gran cuello de hombrecas, cortado á cuadro y ornado en el escote con piel. Una festola cae en el delantero hasta tocar el bordado con el de la cenefa. Blusa de encaje festoneada blanca lo mismo que el bordado.

Cuello Médicis de terciopelo cubierto con bordado. El cuerpo liso de debajo es de raso blanco. Mangas y cinturón de terciopelo.

TALLE DE UN VESTIDO DE FANTASÍA

Este se hace de paño verde ruso. La espalda ligeramente blusa no tiene costura en medio; pequeños laditos; el delantero algo suelto debajo de los brazos; y desde la pinza se redondea abriéndolo sobre un plastrón de raso negro; basca sujeta al cinturón. Bordados de aplicación adornan los delanteros y la basca. Plissé de raso negro sale bajo los delanteros. Cuello de raso cubierto con otro de batista. Manga de sastre adornada también con aplicaciones de bordado y plissé de raso en su borde.

CUERPO PARA VESTIDO DE PASEO

De cachemir gris claro en forma de blusa, sobre un forro ajustado de tafetán gris se coloca un canezú de guipur crudo de cuyo pie sale la blusa que va cortada en la espalda y el delantero, se abre en un lado abotonado por dos patas opuestas y entrecruzadas. Cintas de terciopelo negro adornan la blusa, según las indicaciones de nuestro grabado. Cuello recto de guipur, manga abullonada en lo alto y con hombrillos cuadrados y adornados de cinta. Un encaje cae sobre la mano.



Traje de baile.

TRAJES PARA CALLE.

Falda lisa—roja y blanca—Jaquette de ondulina roja cruzada por onduladas líneas negras;—el Jaquette forma una cortabasquiña en la espalda rodeada con una cinta que festonea las vueltas como un budé de fantasía. Los frentes y cuello de astrakan negro.

El segundo traje de calle es de paño heliotropo, talle blusa remetido muy poco holgado abrochado sobre el lado izquierdo, con botones y alamares y trozado en el centro en forma de pinza dejando ver un pico á manera de chaleco. La vuelta y el cuello están forrados de piel de chinchilla.

Sombrero fieltro gris con plumas tornasol.

VESTIDO DE SEDA NEGRO

Este vestido hecho de seda negra está adornado por bandas de castor castaño claro que simula sobre la enagua estendida, una veste bastante larga. El cuerpo blusa se abre con dos vueltecitas cuadradas, sobre un peto bordado, recojiéndose en la cintura con un listón de seda negro con hebillas esmaltadas. El talle está adornado lo mismo que las vueltas, por tiras sesgadas de seda negra. El borde, cuello y mangas están guarnecidos por tiras de castor.

TRAJES DE PAÑO GRIS.

Tiene la enagua y sobre las costuras laterales una cinta de terciopelo acompañada de una serie de precillas colocadas á distancia de cinco centímetros, otras tres presillas van en el borde. El talle, es ajustado con pico delante y atrás sobre un chaleco de terciopelo gris que á su vez deja ver un plastrón de terciopelo ornado con paño.

El cuello sigue al plastrón y se oculta por detrás bajo el chaleco. Manga entera ligeramente abuyenada en lo alto, y en el bajo presillar. Una profusión de botones de concha quemada completan el traje.



Collet de Astrakán.

Vestido de paño gris. Bolero de cuero y astrakan.

Paletto de terciopelo del Norte negro.

COLLET DE ÁSTRAKÁN

Los delanteros y la espalda ajustados en el talle por una cinta; está guarnecido en su borde superior por un cuello Médicis. Las mangas de astrakán forman una pelerina. El cuello va forrado de raso negro.

Pequeño sombrero de fieltro gris guarnecido de terciopelo tornasol de rojo y verde, plumas matizadas.

BOLERO DE CUERO Y ASTRAKÁN

Este bolero tiene un plastrón de cuero perforado rojo obscuro, que desciende delante y detrás hasta el talle. Una banda estrecha de zibelina, circunda el plastrón que está forrado de seda clara; el ramaje está bordado de perlas y bronce. El exterior del cuello Médicis es de cuero bordado y el interior de astrakán y zibelina. Toque de terciopelo rojo.

PALETOT DE TERCIOPELO DEL NORTE NEGRO.

Este paletot para Sra. de cierta edad tiene siempre la basca semi-larga y cubierta hasta el hombro con cordones y bordados de seda; la cerradura del lado está guarnecida de una banda de skungo—El borde superior termina por un cuello de skungo.

La capota de terciopelo negro guarnecida de encaje y un aigrette.

TRAJE DE BAILE

En nuestros días el baile parece que ha perdido gran parte de su encanto, pues apenas si se piensa en un baile donde las bellas señoras puedan ostentar sus luengas colas ni su calzado blanco. Hoy la juventud se contenta con dar unas cuantas vueltas sin saber si deben ser á la derecha ó á la izquierda, eliminando toda etiqueta y toda ceremonia; y ésta es la causa por lo que pocas veces presentamos á nuestras bellas jóvenes un modelo para toilette de baile. El que damos hoy es tan lindo que podrá reinar en un elegante salón.

Este traje es de raso amarillo oro, el talle estrecho, liso: escotado, con una pequeña manga lisa. Cubre el talle una coraza de encaje negro cuyo delantero cae hasta el borde del vestido y va sujeta por ancho cinturón de raso oro.

El delantero se adorna con bolantes de raso: Las mangas formadas primero por tres volantes de encaje tienen encima un plissé de raso. Completa el adorno un ramo de anémonas sobre los hombros.



Vestido para niño de 7 á 8 años.

Traje para niño de 2 á 3 años

Vestido para niña de 13 á 14 años

TRAJE CON GALONES.

Este vestido de lana rayado de rojo y negro, está adornado con alamares de pasamanería negros, quillas, y un cuello derecho de terciopelo negro, bordado de rojo. Los alamares guarecen el borde inferior del vestido á los lados de las quillas y los delanteros del cuerpo-blusa, el exterior del cuello Médicis. Cinturón de raso rojo atado al lado izquierdo.

verde-agua: con vueltas de picos tanto delante como en la espalda adornadas con galoncillo de abalorio y orladas de encaje muy fino. Botitas acojinadas

Las bodas de Camacho

Refiere un periódico que en Hervás (Cáceres) se ha celebrado una boda, en la que los comensales han despachado lo siguiente:

Tres hermosas terneras, la una de quince arrobas y las otras de trece; siete docenas de pavos, once jamo-

VESTIDO PARA NIÑO DE 7 Á 8 AÑOS.

Es de chebiot azul obscuro y consta de pantalón hasta la rodilla y jaquette abierto, el jaquete va sobre una camisa con gran cuello marino abotonado al jaquette.

TRAJE PARA NIÑO DE 2 Á 3 AÑOS.

Se hace de terciopelo verde obscuro de falda y jaquette abierto sobre un chaleco blanco figurado. Un chaleco interior sujeta la falda y se une al cuello.

VESTIDO PARA NIÑA DE 13 Á 14 AÑOS.

Este es de rosa vieja punteado de negro, bordado con raso liberty rosa viejo y completado con un cinturón amplio de raso. La falda va forrada en percalina.

DOS TRAJES PARA NIÑOS DE 1 Á 2 AÑOS.

1.—Abrigo de franela blanca adornado con piel cordones de seda, manga ancha con puño de piel. Capelina de franela con lazos color de rosa. Polainas acojinadas.
2.—Vestido imperio de cachemir



Traje con galones



Dos trajes para niños de 1 á 2 años

nes, dos arrobas de truchas, la más pequeña de tres cuarterones; setenta docenas de chorizos, ochenta lomos en tripa, seis docenas de barriles de aceitunas, cinco arrobas de salchichón, siete docenas de gallinas y capone, postres, frutas y dulces de todas clases, predominando las natillas y flanes, que ocasionaron un consumo de catorce cientos de huevos.

Hay quien asegura que el vino consumido podría llenar un recipiente de cincuenta y seis metros cúbicos.

LABORES MANUALES.

SERVILLETAS PARA TÉ.

Constantemente nos interesamos por objetos para regalos de familia, y como es muy conveniente unir lo útil á lo bello, nos proponemos que nuestras suscriptoras encuentren lo deseado y para ello tenemos un verdadero placer en transmitirles detalles minuciosos.

Nuestros grabados 1 y 2 representan el todo y el tamaño natural. Puede tomarse un cuadro de género de lino de 30 centímetros con un dobladillo de ojo de 2 centímetros. En el centro lleva un pequeño deshilado; de una hebra, luego otro de baretas y bridas con punto de ojal como lo indica el dibujo. Luego otro deshilado igual al primero y antes del dobladillo unas eses de seda lavable (sea francesa ó americana) color capuchina de dos tonos.

UN LINDO SACO PARA NODRIZAS

Las mamás y también las nodrizas cuidan mucho de tener canastilla ó saco en donde poder cargar la botella, ropa de cambio, el velo; etc., para su adorado bebé.

En nuestros dibujos 3 y 4 damos hoy un sencillo pero muy bonito modelo para saco: este se ejecuta sobre un lienzo á cuadros, ya sea franela, piqué ó cretona, malva y blanco de 90 centímetros de largo por 40 de ancho; los dibujos están dispuestos, como lo indica el diseño número 4 y se hacen sobre 5 líneas de cuadros dejando dos para la jareta. Lo que forma el cuadro bordado es de hilo de malva rojiza, el contorno de seda amarilla á punto de cordón: la flor del centro malva clara, y la sencilla amarilla. Se forma con tafetán malva, marcando con dos pespuntos la jareta corrediza y adornando el borde con un pequeño guipur.

ROPA INTERIOR

CAMISA DE HOMBRE

Esta es una bonita camisa de percal blanco cuya pechera se hace de tejido flexible dispuesta en cinco pliegues huecos hasta el de la botonadura. Cuello disminuido de batista, puños almidonados. Corbata de raso broché.

Otra camisa para caballero se hace de tela fina y la pechera es de lienzo acordonado. Cuello derecho y puños almidonados. Corbata blanca del género mariposa. Cifra de última moda fuera de la pechera.

CHALECO DE FRANELA PARA SEÑOR.

Nuevo y sencillo modelo de abertura cruzada y adornado con bandas de raso cosidas con un gaviado. Cifra bordada.

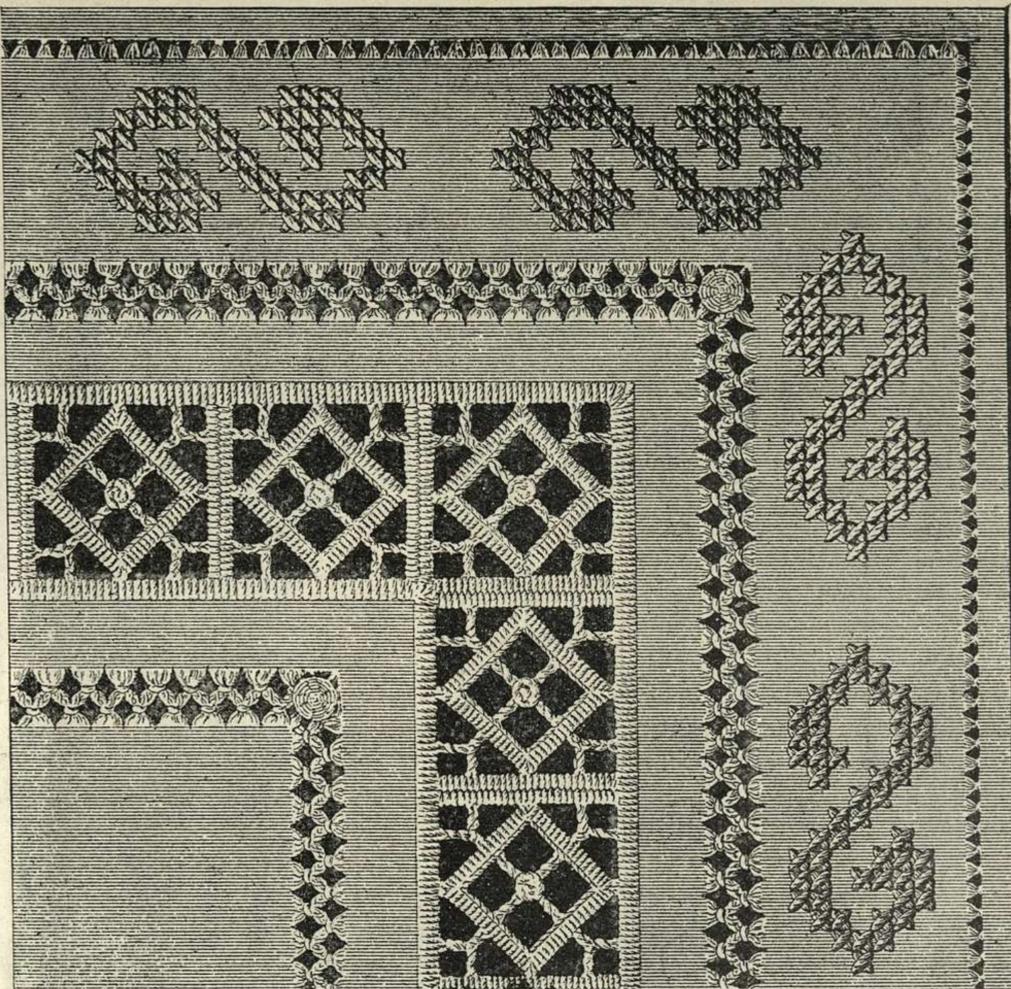


Fig. 2. Detalle de la servilleta para té.

CAMISA DE VESTIR PARA SEÑORA.

1.—Camisa de vestir. Esta lleva al alrededor del escote, un pequeño bordado; luego un abullonadito á pliegues huecos en el delantero que se termina con un entredos bordado. Las mangas llevan también bordado y un lazo color de rosa en el hombro.

CAMISA DE DORMIR PARA SEÑORA.

2.—La camisa cuyo modelo ofrecemos es de batista con un canesú de alforquetas cortado por dos entredos bordados. Cuello de encajes plegados. Chorrera y berta también de encajes. Mangas cerrada por un puño de alforquetas cortadas por entredos, con un volante con encaje.

PANTALÓN DE SEÑORA.

3.—Una especie de puño de alforquetas forma el borde del pantalón, adornado con un entredos por el cual se pasa un listón que se anuda graciosamente: un volante ornado de encaje termina el adorno.

CARNET DEL DOCTOR.

LA OBESIDAD.

Algunas señoras, preguntan cuál es el mejor tratamiento para adelgazar. La gordura las desola y con ella se espanta su coquetería asustadiza.

Sin embargo, es necesario que en esto, como en todo, haya sus distinciones.

Si la finura y la esbeltez convienen á ciertas mujeres y las embellecen, por el contrario otras son bellas y majestuosas debido á su morbidez que las da tan buena presencia.

La obesidad depende, en general, del temperamento.

Por eso los más enérgicos remedios aconsejados para disminuirla, son tan poco eficaces, pues no es posible cambiar el departamento que predispone á engordar y el tratamiento sirve para solo debilitar el organismo, y hace consigo la ruina de la salud.

Por mi parte aconsejo á las personas sanas pero gordas, quedarse tal como están, so pena de alterar, gravemente, las más veces su salud.

No hay más que un sólo régi-

men que sea permitido por que no es en modo alguno nocivo el régimen higiénico.

Por lo mismo, de éste voy á hablaros.

Las personas muy gordas, tienen el sistema muscular ordinariamente muy poco desarrollado.

Se puede desarrollar ese sistema, quitando á la gordura los elementos necesarios, y el ejercicio, bajo todas sus formas, es el medio más á propósito para conseguirlo.

Todos los ejercicios musculares son excelentes: la gimnasia, la natación, el remar; pero el más práctico evidentemente es la marcha, el ejercicio á pié y al aire libre. Es muy fácil, sin gran trastorno en las ocupaciones, dar un gran paseo todas las mañanas. Se comienza temprano y se anda poco los primeros días; después se aumenta cada mañana la duración del paseo.

La causa más común y corriente de la obesidad es en efecto la vida sedentaria. En tal caso, la agitación y el ejercicio son los soberanos remedios que bastarán generalmente á hacer desaparecer la gordura, mejorando al mismo tiempo la salud general.

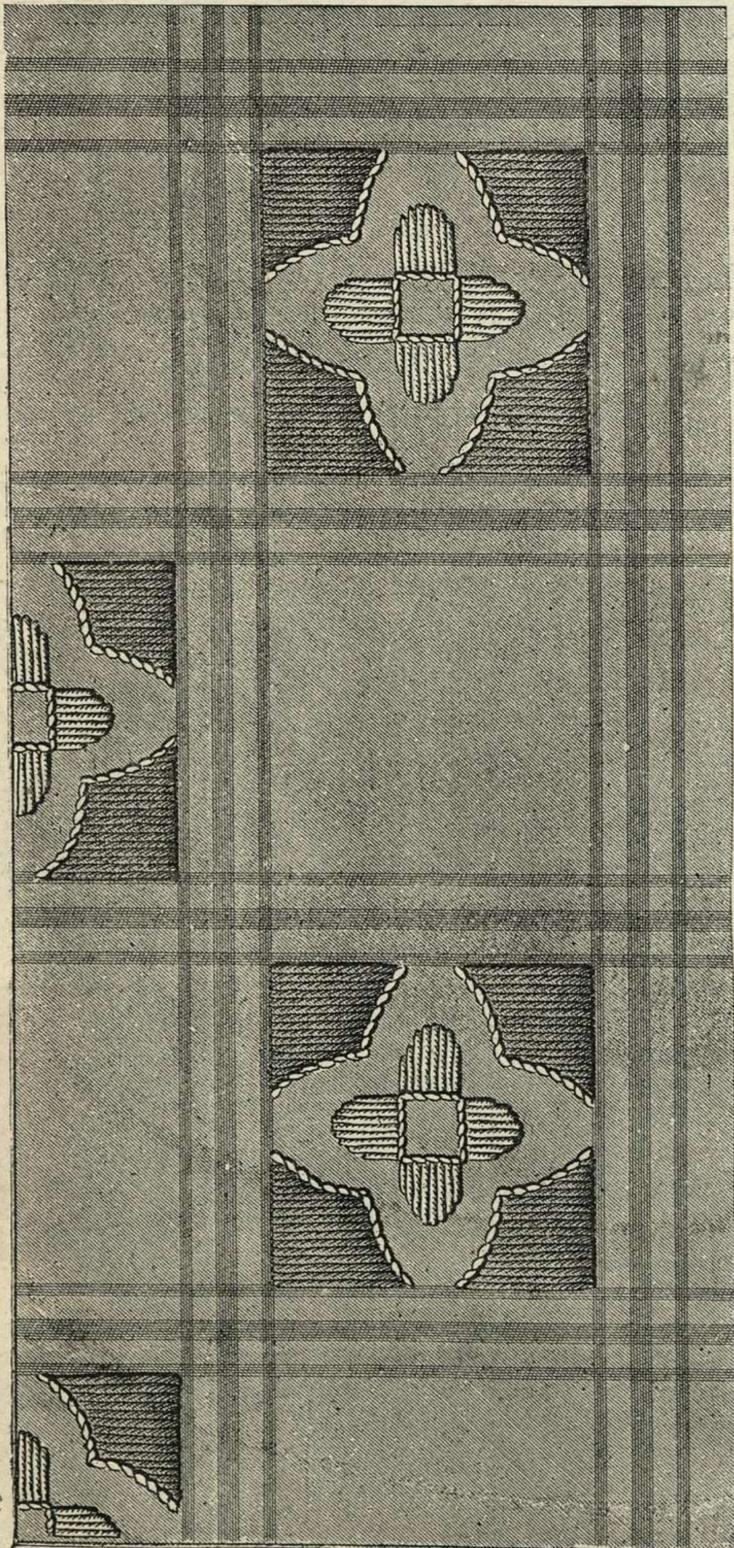


Fig. 4. Detalle para la bolsa de nodriza.

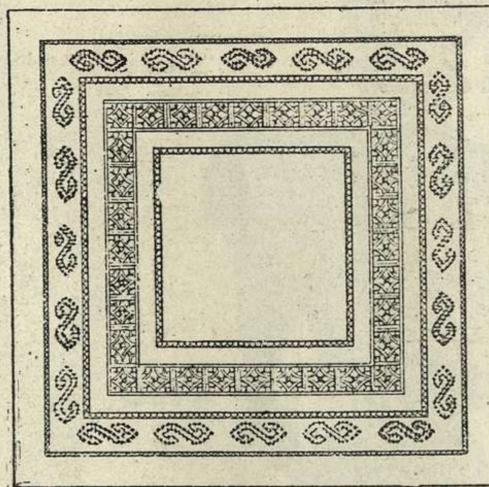


Fig. 1. Servilleta para té



Fig. 3. bolsa de nodriza.

Para ciertas personas convendrá añadir el *massage* que, *bien usado*, podrá prestar grandes servicios; pero para esto será necesario tener un *masseur* competente, el médico de casa, por ejemplo, que después de aconsejarlo, lo practique, si puede y quiere, pues el *massage* mal usado es inútil.

La hidroterapia, las fricciones secas en todo el cuerpo, son algunas veces muy buenas.

Por último, el régimen alimenticio es el que debe ser principalmente vigilado.

Las comidas deben ser regulares y bien espaciadas.

Es necesario, comer pocas grasas, pocas sopas y preferir los caldos; el pan es uno de los principales productores de grasa, especialmente la corteza; vale más comer la miga.

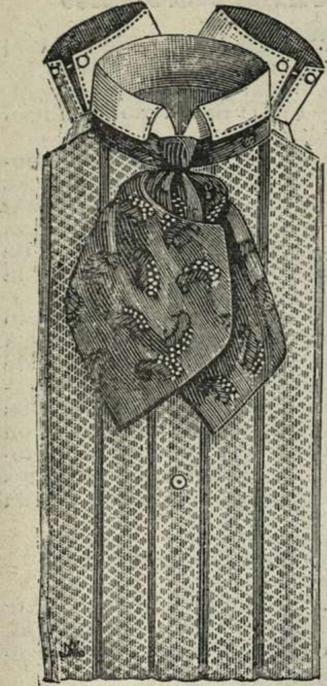
Evitense igualmente el azúcar, los dulces, pasteles, etc. y las legumbres secas como habas, frijoles, lentejas, arroz y las papas.

Por el contrario deben comerse frutas bien maduras, carnes y legumbres verdes.

Las bebidas tienen una influencia manifiesta en el desarrollo de la obesidad, sobre todo, las alcohólicas: no debe beberse vino, ni cerveza, ni licores. Con esto desde luego ganará el estómago y todo el organismo. Tómese agua, pero lo menos posible; también es muy buena la infusión ligera de té sin azúcar ni leche.

El ideal sería no beber agua sino al comer y una taza de té caliente una hora después de la comida; pero es difícil habituarse á este régimen, en cuyo caso bébase lo menos que se pueda.

Los medicamentos son perjudiciales, en particular el abuso del vinagre que muchas personas



Camisa de percal, para hombre

creen soberano remedio contra la obesidad, es completamente ineficaz y al mismo tiempo funesto para el estómago.

He aquí unas ligeras notas; sin embargo, no os ilusioneis. Hay muchas personas que á ningún precio deben intentar enflaquecer. Una enfermedad cualquiera, ciertos temperamentos contra indican absolutamente toda especie de tratamiento, y aun de régimen. Así, antes de intentar nada, consúltese con el médico y solo con su permiso, emprended cualquiera cosa.



Nudo de corbata para señor:

LA NARIZ ROJA.

No es por cierto un accidente extraordinario tener la nariz roja, por más que si sea poquísimo agradable. Yo creo que la higiene puede prevenir este inconveniente cuando es tiempo aún; pero mucho me temo que sea irreparable cuando no se le atiende á tiempo, porque he conocido á un hombre de mundo, muy cuidadoso de su persona, muy sobrio y que se desolaba de tener aquella como señal de excesos que no había cometido.

Según mi debil experiencia, lo rojo de la nariz proviene del estómago inflamado no solamente por la bebida, si que también por la nutrición. Cuando se digiere mal no importa que alimento, se produce cierto desorden en la economía, traducido muy pronto por granos, flujos de sangre á las mejillas, pesadeces en la cabeza malestares que no lo dejan á uno, sin que revistan una verdadera gravedad, hasta el día en que se produce en la salud un trastorno real. Cuando uno se nutre conforme á las necesidades de su temperamento debe sentirse ligero, vivo y despierto, así antes como después de la comida.

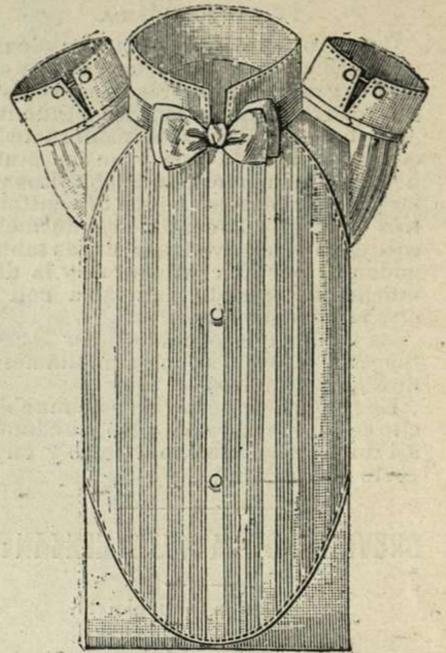
—Ahora bien, qué se debe comer? No hay reglas generales. Hay quien se enferma por haber tomado un vaso de leche, una cucharada de guisantes y en cambio absorberá impunemente, cabrajo, jamón y pan caliente.

Los médicos saben lo que es propicio á cada uno de sus clientes. El régimen es frecuentemente la fuente más simple de numerosas curaciones. Pero es preciso también que el enfermo se estudie y descubra todo lo que le conviene.

En general, toda la gente instruida está de acuerdo en reconocer que nosotros comemos demastado y mal. Sin ser vegetariano puede uno aproximarse á las doctrinas que el vegetarianismo propone. Nuestros padres, no obstante ser un poco más rudos que nosotros no daban casi nunca carne á los niños antes de la edad de quince años. Las bellas marquesas, empolvadas de la época tan coqueta de Luis XV no sabían lo que era el buey y el carnero.

Se cuidaban del puerco, de las salzas oscuras y de las especias. Era la época de las teces de lirio y de rosa! Los hombres por su parte llevaban una vida más activa que la nuestra.

Ahora el confort nos mata. En nuestras casas falta el aire. Los tranvías y los caminos de fierro nos evitan grandes marchas. Casi no andamos..... Así pues, hay que ser sobrio é higiénico cuando no se quiere tener la nariz roja.



Camisa de hombre



Camisa de dormir.

EL DOCTOR.

EL PEINADO POMPADOUR

Si bien es cierto que las mangas son menos amplias y las faldas muy diferentes en el año actual respecto las del anterior, no ha habido en las modas el cambio radical que se verifica á menudo. Existen, sin embargo, muchos detalles mínimos notablemente distintos— el peinado, la manera de llevar las joyas, el adorno del cuello y otras—cien menudencias que completan el atavío de una dama de veras elegante. De todo punto cierto es que hoy la mujer consagra mayor atención que en otro tiempo á causar buena impresión en conjunto, usando siempre lo más decente y primoroso; pero sobre todo, á adornarse el cuello, á hacerse esmeradamente el tocado y á proporcionarse vestidos de muy correcto corte y muy á la medida. Quien visite á una modista distinguida, se podrá formar cabal idea acerca de la solicitud con que procuran las damas que el talle ajuste á maravilla, no obstante que, parecería innecesario tal cuidado, por los adornos que hoy se usan en aquel. La ver-



Chaleco de franela para señor

dad es, sin embargo, que no hay por menor que deba mirarse con descuido, si se aspira á figurar entre las personas elegantes. Daremos golpe siempre que nos ataviemos con escrupulosa atención.

Nunca había estado tan en boga como ahora el rizado *Pompadour*; más como no son muchas las damas ó señoritas de cabello suficientemente tupido para formar con él un perfecto *Pompadour*, por lo general se requiere un postizo para obtener el objeto deseado. Fórmense estos postizos de cabellos cortos muy bien rizados y fuertemente unidos, con algunos bucles de pelo más largo, el cual se echa hacia atrás sobre el postizo. Para poder darle una forma correcta, hay que distribuir el cabello de la coronilla á la oreja, y que hacerlo volver sobre el postizo, cuya longitud debe ser la necesaria, á fin de colocarlo casi por completo en derredor de la cabeza.

En seguida se llevará á la mayor altura de la coronilla el cabello restante y se atará. Ya atado, será menester hacerlo salir de la cinta hasta conseguir que quede de graciosa figura. Es preciso darle ondulaciones, ya sobre alfileres, ya con un hierro caliente. Demasiado duro es este último procedimiento para que pueda estimarse como benéfico al pelo; pero es, en cambio, el que da mejores resultados. Por la noche se arregla el pelo á la mayor altura posible de la cabeza, detrás del *Pompadour*. Existen algunos admirables joyeles, de diamantes y otras piedras preciosas, que embellecen sobre modo el cabello, haciéndolo parecer de gran primor: un anillo de brillantes de tamaño á propósito para circundar el nudo de cabellos, ostenta al frente dos alas de Mercurio; otro luce dos largas plumas de pavo real, de sobresaliente naturalidad; las estrellas de diamantes, medias lunas, coronillas y diademas, tienen aún el auge de otros días, al paso que la rígida trenza y las cintas de raso con garzota ó avestruz, forman parte del tocado de baile



Camisa de vestir, idem de dormir y pantalón para señora

TOCAS DE FLORES.

En Europa está hoy en gran vigor una costumbre encantadora. Las damas llevan á la zarzuela hermosos coronas de flores que remedan una pequeña toca, en la parte superior de la cabeza.

Estas coronas son muy pequeñas y generalmente de rosas vivas y producen un delicioso efecto aplicadas al peinado.

Solo se estilan, como decimos, para ir á la zarzuela.

NO SE DEBE ESCRIBIR ABREVIADO

Muchas gentes activas ó perezosas abrevian las palabras cuando escriben. Esta manera de obrar es reputada como muy anti-elegante y aún contraria á la comodidad, pues que puede en rigor exigir una atención más grande de quien lee esas palabras incompletas.

No se puede obrar con tal confianza sino en tratándose de amigos experimentados, muy bondadosos, muy indulgentes y que *saben* que nuestro tiempo es preciosísimo ó más bien muy breve.

LAS MARGARITAS.

En las noches de Abril, mansas y bellas en tanto que recuerdas ó meditas, ascienden al azul las margaritas y se truecan en pálidas estrellas.

Cuando el alba en las mares infinitas del orto, desparrama sus centellas, descienden á los campos las estrellas y se truecan en blancas margaritas.

Por eso, cuando llena de rubores deshojas margaritas de alabastros, auguran el olvido y los amores; Presienten el futuro: han sido astros! comprenden la pasión: han sido flores!

AMADO NERVO.



ESTANTE PINTADO PARA GUARDAR
PIEZAS DE MÚSICA

Con el objeto de guardar las piezas de música y diarios en un estante según el grabado que presentamos, este se construye de la manera siguiente. Se toman dos pilares de madera de 76 centímetros cada uno y se les pinta imitando la madera de caoba. Los pilares cuyas paredes miden 57 centímetros de largo y 36 centímetros de ancho sostienen ocho divisiones, cuyas tablas miden 36 por 55 centímetros, y la distancia que guarda una tabla con la otra es de $5\frac{3}{4}$ centímetros.

La tabla superior mide 63 por 39 centímetros, y los pies tienen un diámetro de $2\frac{1}{2}$ centímetros.

En la parte superior de este mueblecito se pintan flores al oleo, quedando así un mueble sencillo, vistoso y cuyo costo no es grande.

BREVIARIO DE LA MUJER ELEGANTE

El genio de la elegancia.

La elegancia es un arte que posee á la vez algo de la escultura, por la belleza, la pureza ó la gracia de la línea, y de la pintura por la armonía de los colores, la graduación sabia de los tonos y de los medios tonos, por la composición más ó menos original ó graciosa de una toilette, de una decoración, por lo picante de un detalle, por la feliz concepción de un conjunto.

Ahora, el arte de la pintura y el arte teatral, es decir, el arte de embelesar y de atraer al público, no responde acaso un poco á la magnificencia de los accesorios.

Ved cuanto cuidado pone un pintor en la composición de una tela ó en el colorido de las draperías. Ahora los fondos tienen una gran importancia en los cuadros: son estudiados, analizados con un sabio cuidado de arqueólogo.

Todos los grandes pintores coloristas tienen en sus talleres magníficas telas antiguas ó orientales en que se inspiran.

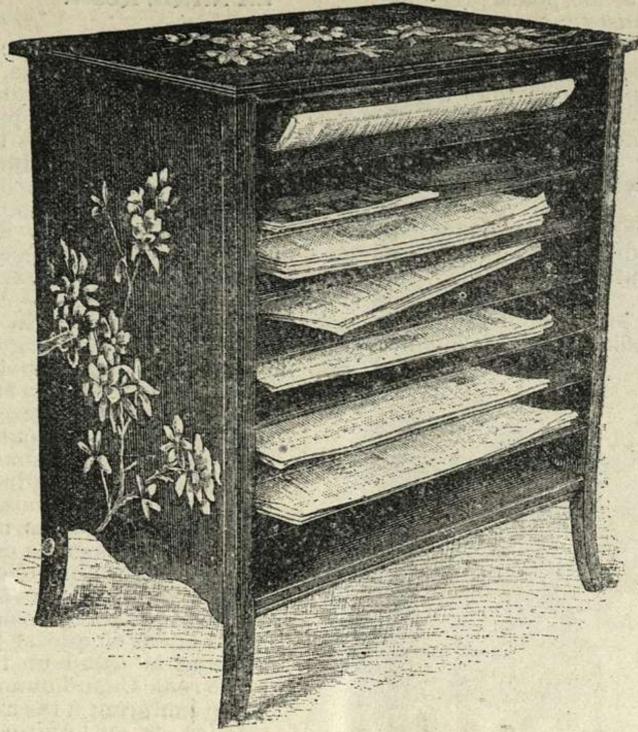
En el teatro el movimiento artístico de la forma y del color está más acentuado aun, ciertas piezas no se sostienen sino por la originalidad ó la verdad de las decoraciones y la magnificencia de los trajes.

Como todas las artes; la elegancia tiene sus artistas de genio y tal ó cual tapicero, tal ó cual costurera, tal ó cual modista, tal ó cual mujer de mundo—estas son más numerosas de lo que se piensa—son verdaderas y grandes artistas por el gusto exquisito que muestran, sea en la composición de una tela, sea en la decoración interior de una casa. Hay numerosas mujeres, mexicanas que con los solos recursos de su buen gusto, sin poseer ni belleza ni fortuna, se cuentan entre las más lindas, las más irresistibles, las más encantadoras y son las verdaderas reinas de la moda. A estas nada tenemos que enseñarles son la elegancia inata. Basta que sus dedos delicados se apoderen de un *ciflon* para que inmediatamente este trozo de tela insignificante se transforme en un adorno exquisito. No se ve algunas veces á simples niñas vestirse y peinarse con un arte del todo inesperado? Y cuantas grandes damas no desearían dirigir ellas mismas á su costurera ó su tapicero! Pero hay así mismo un gran número que tienen necesidad de guía, de consejos. Si son ricas pueden recurrir á esos grandes artistas parisienses que son los primeros del mundo en el arte de componer para la belleza femenina escenarios y cuadros maravillosos.

En la clase media, las mujeres voluntariamente se ocupan por sí mismas del arreglo de su morada. Así vemos á cada momento las cosas más vulgares cuando no son burlescas, sobre todo desde que la manía del *bric á brac* y del *biblot* chino ó oriental, nos ha invadido. Cuantas piezas así decoradas, son horribles hasta la exageración.

No pasa lo mismo con las toilettes, cuyo forma tiende mas bien á depurarse; pero cuan poco graciosas son todavía! Hay así mismo ciertas ópticas tan refractarias á la distinción, á la verdadera elegancia que si para ellas escribieramos perderíamos el tiempo.

Así, sea cual fuere la elocuencia y la lógica de mis demostraciones, no llegará jamás á salir tul burguesa de su salón cuadrado; regular, solemne, estilo Luis XIV y Luis XII: un canapé, seis sillones, seis sillas, todo cubierto de la misma tela: terciopelo de ultrrecht ó terciopelo de Génova, brocado ó damas de lana según la fortuna de cada una.



Estante pintado para guardar piezas de música

El buen gusto es el buen sentido, ha escrito Mme. de Maintenon y nosotros nos sentiríamos tentados á decir como un escritor célebre: Si el *esprit* corre por las calles, nada es más raro que el buen sentido. Ahora bien, la originalidad en la toilette, lo picante, lo chic, lo espiritual, si quereis, lo encontramos á cada paso, pero la originalidad de buen gusto es lo que hay mas raro.

GOLAS Y GRINONES.

Hubo una época en que las golas y grinones se consideraron propios sólo de los vestidos de niña; más en la presente estación los han adoptado con positivo afán las señoras de edad provecha, y hoy es una excepción el vestido que no tiene unas ú otros.

Hay en la actualidad para los vestidos de noche un grinón á propósito para transformar un traje de baile de hechura común en traje de banquete. Puede hacerse un bonito grinón de raso azul pálido, adornado de blonda azul, se ajusta á la parte alta de la garganta por medio de un cuello de corbata, con encajes en la parte posterior. Las mangas son bastante largas para alcanzar hasta las manos, y terminan en vueltas de encaje. No se les pone forro. Se usan mucho para los grinones el tul, los lienzos de color, la seda *Liberty* y la muselina de seda.

Por regla general, las golas de los vestidos de paño son de colores y material que hacen contraste con aquellos. Con el paño negro se acomodan muy bien las golas de tafetán fino sombreado. Al vestido azul negro le cae muy bien una gola de brillante color de llama, con cuello de corbata y rosetas de tafetán en la parte posterior del cuello. Al vestido azul obscuro le acomoda una gola de tafetán azul sombreado y lo hermosa admirablemente; su objeto es, según parece, hacerla entallar mejor y dar á los hombros toda la amplitud posible. Como se vería muy mal un talle con gola obscura circular, conviene hacerla de paño liso de color castaño. Se separa enteramente de los hombros y termina en una doble vuelta; pero la gola de terciopelo castaño obscuro da un color más pronunciado al frente que sirve de guarda al vestido.

De un estilo semejante es el talle de un vestido rojo obscuro. La gola no es de color contrastante; pero el alto cuello y los angostos hombrillos son de diferente color, y la forma se hace resaltar por medio del esmerado ajuste de la gola, que es absolutamente lisa; los frentes del talle van llenos, y con vueltas circulares guarnecidas de piel de *mince*.

Los talles de seda llevan cuellos de ancha gola cortados en puntos y guarnecidos con vueltas de encajes; son lisos en los hombros, y producen el mismo efecto de la gola. Se usan todos los colores y están aún en privanza los tafetanes sombreados. Si las golas acaban en vueltas de encajes, imitan entonces mucho mejor las usadas por los niños; mas precisa admitir que tal moda es bella y conveniente, y que una gola de raso adornada con encajes, es un lucido aditamento casi para todos los vestidos. El paño y las sedas muy gruesas son con frecuencia demasiado ásperos para la cara y entonces esos accesorios de seda y encaje prestan los mayores servicios.

Basquiñas de seda.

El problema relativo á la manera de conseguir que las pesadas faldas de paño caigan bien, versa en la presente estación sobre las basquiñas de seda que han de llevarse debajo de aquéllas, y estas mismas basquiñas de seda son las más voluminosas por su tamaño. De la cintura á las rodillas, son mucho más angostas que las faldas de vestido común aunque de suficiente anchura por el frente. Algunas veces se les ponen cuadrados en el ancho del frente, con el objeto de impedir que las rodillas las destruyan. En la rodilla ó un poco abajo es donde deben empezar los flecos y dobleces. Las faldas más historiadas tienen un ancho fleco sobre el cual están cosidos algunos dobleces de la seda, y que en realidad funciona como una especie de extensor.

Otra forma, aunque no nueva, tiene el ancho fleco terminado en varias hileras de cordones, una guarnición y una vuelta al borde de ella. Se pone una varilla de acero al través de la guarnición, y otra al través del ribete de la falda, la cual se forra con batista y se sujeta con terciopelo.

La objeción principal en contra de las faldas de seda, consiste en que son muy delgadas para el invierno, desaparece forrándolas con paño de *albatroz*, el cual es caliente y, sin embargo, tan ligero, que ni es basto ni causa estorbo.

Un banquete original.

Hace poco se celebró en Londres un banquete organizado por cien señoras inglesas que gozan de reputación envidiable en el campo de las bellas artes, de la literatura, de la ciencia y de otras ramas de la actividad intelectual humana, cada una de las cuales tenía el derecho de invitar á la fiesta á un compatriota no menos ilustre que ellas. El invitado podía ser el propio marido, pero á condición de que estuviese adornado de méritos propios que lo hicieran digno de figurar en aquel escogido concurso. La organización del banquete corrió á cargo de un comité compuesto de quince damas, las cuales llenaron tan á la perfección su cometido, que con ello demostraron cumplidamente cuán equivocados están los que creen incompatibles las aptitudes de una literata ó artista de fama con las de una buena ama de casa. De este comité formaban parte, entre otras: mistress F. A. Steel, notable escritora que ha alcanzado gran notoriedad con una novela histórica de asunto indio y que fué la iniciadora del banquete; la célebre trágica miss Ellen Terry, lady Jeune, lady Dorotea Naill, miss Clara Montalva, la doctora en Medicina mistress Garret Anderson, la doctora en Jurisprudencia mistress Juana Harrison, mistress Fawcett y miss Flora Shaw. Entre las cien comensales contábanse: lady Randolph Churchill, Mad. Paul Bourget, mistress Craigie, más conocida por su seudónimo literario John Oliver Hobbes, la Condesa Teodora Gleichen, miss Kingsley, lady Enry Somerset, mistress Stanley, mistres Alma Tadema, mistress Humpry Ward y otras damas no menos distinguidas. Entre los hombres invitados había poetas, escritores, pintores, escultores, músicos, directores de teatros, astrónomos, filósofos, médicos, estadistas, políticos, eclesiásticos, juriscónsultos, viajeros exploradores, críticos, periodistas y editores; también tenían allí su representación el ejército, la marina y las colonias. A pesar de hallarse reunidas tantas celebridades, no hubo más que dos brindis, uno á la reina y otro á los invitados del sexo feo pronunciados por mistress Flora Annie Stell y lady Somerset respectivamente.

Las damas inglesas organizadoras de este banquete al hacer partícipes del mismo á los representantes del sexo fuerte, han dado una prueba de buen sentido y han demostrado ser menos exclusivistas que los hombres, á quienes no parece sino que en esta clase de fiestas les estorban las mujeres ilus-

tradas, temerosos quizá de la competencia que puedan hacerles, si les dan alas, como vulgarmente se dice.

CONSULTAS DEL MEDICO

A MARGARITA.—Mucho ejercicio al aire libre, descanso de los trabajos intelectuales, evitar los alimentos estimulantes, y evitar ante todo el abuso de los narcóticos.

A UNA CURIOSA.—El bromuro de potasio que es el más empleado, se usa ordinariamente á la dosis de *uno hasta cuatro gramos* cada día; la hora más propicia para administrarlo es la de acostarse, buen tiempo despues de la cena.

A ARTEMISA.—En el sentido estricto de la palabra no puede decirse que los baños tibios debiliten; todo depende de la temperatura del agua y de la duración del baño. Las personas delicadas y neuróticas harán bien en usarlos con mucha prudencia, y para las irritaciones de la piel agregarles doscientos gramos de bicarbonato de soda á cada uno.

CORRESPONDENCIA

Maria N. P.—Tan de moda están hoy los vestidos de color gris, que hará Ud. muy bien en procurarse uno, si posible es de *poplin* ó cachemira.

Es muy elegante y decente un cuello de capa rojo.

M. L.—La cachemira es el material más hermoso que puede Ud. escoger; y, para su intento, mucho mejor que cualquiera otra tela en esta época del año, hágase Ud. una falda circular adornada con tres ó cuatro *ruchings* de tafetán blanco, puestos en líneas onduladas al rededor del frente. Haga Ud. el talle con tiras alternadas de encaje *point d'esprit* y cachemira plegada. Las mangas recogidas ó arremangadas, de cachemira y con ebanillos en el remate, y collar de tafetán con escote de encaje. Cinto de seda de tafetán blanco, con hileras de *ruching* en las extremidades.

Sara B.—La trenza oscura es el mejor adorno, en todos casos, para un vestido de sarga. La falda lisa y acuchillada es la que da líneas más largas que cualquiera otra, y se usa todavía. Vea Ud. las ilustraciones de nuestro último número.

Margarita.—Es muy poco apropiado para el invierno el traje azul con cubierta de paño; sería mejor prescindir de él por ahora, y no volverlo á usar sino en la próxima primavera. Durante todo el invierno será bien recibido el *waist*; pero puede vd. reemplazarlo con uno de seda más espesa ó de terciopelo.

VARIEDADES

JUEGOS PARA NINOS

Coro campestre.—Las niñas y los niños se sentarán en rueda, alternados. El que dirige el juego entra á la rueda y da á cada chiquitín el nombre de una ave; por ejemplo: cuervo, paloma, cucillo, gallina, pavo, etc. Cuando ya todos tienen nombre, el director dice algo en secreto á cada uno. Lo que le dice es un movimiento ó sonido ó una y otra cosa que quiere que produzca el aconsejado. Al corriente ya todos de lo que deben hacer, se para el director en el centro de la rueda y dice en voz alta: *uno, dos, tres*. A la voz *tres* se levantan todos y se ponen á correr alrededor de las sillas desocupadas, moviendo los brazos á manera de alas y graznando, cantando como gallo, etc., según lo que se le ha mandado á cada uno.

Nueve.—Todos los niños deben sentarse para este juego de igual modo que para el anterior. Se elige un niño y se le da un pañuelo para que lo arroje á alguno de los jugadores, y antes que aquél acabe de contar nueve en voz alta, el chiquilistrillo á quien le ha arrojado el pañuelo debe mencionar algo cuyo nombre empiece con la letra *D*, como por ejemplo: dinero, duende, dátil, etc. Si se equivoca, pasa á ocupar el lugar del que le ha hecho caer en la trampa, y se encarga de arrojar el pañuelo. No se permiten repeticiones.

Caza de manzanas.—Pónense manzanas en diferentes partes del cuarto; corren á un tiempo todos los chiquelos á cogerlas, y el que junta más, se queda con ellas en recompensa de su ligereza.

En lugar de manzanas se pueden poner sabrosos *sandwiches* de lengua ó jamón, pastelitos, dulces, nueces, etc., etc., que irán especialmente adornados cuando se festeja el cumpleaños de alguno de los rorritos que toman parte en el juego